

# **El viaje a Escritura**

Y allí,  
Montevideo o nunca  
es lo mismo.

Jorge Medina Vidal

## I

El río que vendría a ser la vida tiene varios afluentes, cuentan los ancianos que uno de ellos se llamaba Memoria y en una época incierta, sin que nadie conozca la razón del cambio comenzaron a llamarlo Amnesia. En un recodo del afluente así transfigurado hay una isla sólo visible estando sobre la corriente o siendo el río. Esa isla se llama Escritura.

Desde hace cierto tiempo me levanto bien temprano pero recién hoy inicio el viaje a la isla esa queriendo olvidar, luchando contra el recuerdo rondando, controlando el temor a perder la cordura mientras me ocurre considerar la escritura manifestación sagrada de la memoria. Estoy de vacaciones con mi familia y lo primero que pretendo quimerizar es mi afán por indagar las motivaciones de esa pulsión inopinada. Vienen de dar las seis de la mañana, pasé una noche de reposo sin llegar a dormirme del todo por la ansiedad de la partida, nada atribuible al insomnio ni a una angustia pasajera por sucedidos de la víspera. Lo supongo un malestar sin motivo fisiológico, gozo de buena salud y me toma por sorpresa esta crisis de identidad con síntomas incisivos.

En la casa alquilada algunas semanas de verano y por séptima temporada consecutiva los dormitorios están en la

planta alta. Hace veinte minutos bajé la escalera sin necesidad de encender las luces, una claridad incipiente desentumecía la oscuridad del estar y solidaria con la luz de una farola oculta entre la vegetación del jardín. A un costado en atalaya de cristales –espacio que pretende formar parte del afuera y el adentro- hay una saliente que sería excesivo llamar habitación; es un retiro, cuarto de costura y meditación, allí tomamos el té de la tarde, desde ahí pienso. Hasta las ocho estaré tranquilo sin que nada me distraiga, bajé con la idea de meditar algo que me permita dormir una hora más y considerar las ganas que me vinieron de escribir.

No hoy –se trata de una crisis conocida- sino dentro de unas semanas, cuando regresemos a nuestra casa en la ciudad y secundando el ritmo de los compromisos profesionales. Durante los próximos días será una actividad inocente y secreta la de pensar en Escritura, un estado febril que invade mi cuerpo, el tiempo de rodearlo y convocarlo para saber sobre mí mismo, eso incomprensible de esperarla y consentirla: escribir para saber que soy dos pretendiendo ser uno, si ello fuera posible y antes de convertirme en el otro después del punto final. Ceniza caliente cuando queme los documentos heredados, espera que me prescribo como sedante conteniendo las mismas moléculas del mal que me aqueja.

Me propuse seguir con la vida normal y todo debería continuar igual que antes. De hecho es igual, exceptuando que hace una hora sentí una punzada en la mano, dolor

avisando que escribir me sería de utilidad para olvidar, comprender la deserción del sueño y evitar que los pensamientos recurrentes se acumulen en mi cabeza. Desde aquí observo la bruma disiparse acuciada por un viento conocido y la consistencia del roquedal costero, llamada por el mar golpeando que deja recuerdos en la playa del lado contrario. Suelo pasar horas mirando la inconstancia del mar vinculándome a una fantasía de vida serena, en cuanto considero tentar el viaje a Escritura el mar resulta diferente. Lo contemplo salir del sueño como si Poseidón fuera más que una convención mitológica, hasta recuperar tonalidades dejadas en custodia por criaturas marinas, verdes bancos de algas tóxicas, tornasoles del cruce de mareas, salinidad fosforescente que define esta zona de costa.

Tomada mi decisión la entidad del deseo se asemeja a un camarada de larga data, alguien que al momento de escribir me acercara tres recuerdos dignos de olvidar, el dato incierto, un nombre destinado a desaparecer, información sustraída entre arrecifes fijados en corales de profundidad. Los ritos materiales preliminares al viaje fueron triviales; contrabandeado en la compra deslicé un cuaderno tapa roja espiral y página cuadriculada, misal sin borrones y suficiente para aguardar la línea primera todavía difusa. El objeto y la situación a la espera me incita e intimida, tampoco tengo idea de cuanto tiempo pueda extenderse nuestra relación, si será suficiente o habrá otro y puede que un tercer cuaderno. Una segunda palanca del plan es responsabilidad de mis pacientes,

la señora Nariño para navidad me regaló un bolígrafo Pelikan en tonos verde oscuro, agradecida porque disminuí los dolores ocasionados por una úlcera. Del café se encarga Krups mediante un sistema de relojes, dosificación de agua y regulador automático. El amuleto de transubstanciación consiste en que siempre tenga a mano café, lo necesito para mi meditación preliminar a la partida.

Asumo encarnar el capitán que observa el horizonte y sabe que el próximo puerto está más distante de lo estimado la víspera. Me consta que soy joven para pensar en redactar memorias y mi vida tampoco presenta episodios tales que pudieran justificar la iniciativa. Carezco de la experiencia aventurera y del deseo para narrar historias edificantes de médico rural, personajes heroicos llegando a tiempo o tarde a la expiración de pacientes, parto complicado, amputación improvisada después de un accidente de trabajo. Lo que allá y cuando vuelva pueda escribir será una aclaración erradicando malentendidos con mi memoria, tumores imaginados que deben ser extirpados antes de la expansión irreversible. Hasta estos últimos tiempos consideré la escritura desde la lectura, trataba con libros teniendo a los autores como nombres del complot planetario. Integrantes de sociedades secretas que, por motivos misteriosos ligados a la codicia y egolatría insisten en duplicar la confusión de lo real, siendo archisabido que las evidencias dignas de ser recordadas y dejadas por escrito ya fueron publicadas. La experiencia me demostró que estaba equivocado y si había

deducido un error estaba decidido a persistir en él. Omitiendo recetas destinadas a dependientes de farmacia y esporádicas cartas a los amigos, informes para publicaciones de mi especialidad que redacto directo en la computadora, considero la escritura manuscrita práctica antigua, remanente de un mundo desaparecido y pertenezco al planeta que tiende a la disolución.

Con la ayuda del pensamiento que avanza a cadencia pareja hacia el proyecto, preparando antebrazo, mano y dedos me llega la manualidad de años de educación, llenando cuadernos de notas que se referían a parábolas de Rodó, cosmogonías del pensamiento especulativo que me rechazaron y abdicaron ante el llamado de prácticas del cuerpo humano cuando apesta. Dios y los dioses escriben en rojo sangre los designios de la existencia, una voz o algo opuesto me decidió por la enciclopedia blanda prescindente de otra prosodia que aquella induciendo el final de la muerte. Abandoné los artículos costumbristas de Larra cuando se suicidó delante del espejo por razones que consideró pertinentes; comencé después del estampido, cadáver caliente vestido, con la autopsia tal como lo ordenaba la ficha de ingreso a la morgue madrileña, bajo el rótulo mezquino de cagatintas romántico y predestinado. Desde entonces -tropezón decisivo con mi vocación- me desplazo redactando en pisos intermedios y ascensores reservados a camillas. Lejos de tentaciones prácticas, aplicando disciplina farmacológica, preceptiva en la cual la reflexión entorpecería el entendimiento de la orden que debe

llegar clara y precisa para la lectura del farmacéutico de cualquier barrio, concisa escritura de formulación, posología, efectos secundarios, tiempo y cadencia del tratamiento, fecha de caducidad.

Una vez contraída la decisión, me interrogo si en las mañanas previas al viaje podré ordenar la sucesión de hechos al origen de la patología detectada. Haber comenzado a meditar me tranquiliza, siendo el efecto placebo de cucharada inicial, primera grajea e inyección. Siento los efectos positivos en el organismo y comprendo a los enfermos de la mejoría precipitada, miro el reloj: transcurrieron veinte minutos y estoy en la misma línea de pensamiento, esfuerzo de concentración agradable y prueba de resistencia. El silencio se impone en la casa que me lo hace saber, Mister James curioseaba en las cercanías intrigado por mi nueva costumbre sin agitación y vuelve a dormitar en su rincón preferido. La claridad del jardín se intensifica segundo a segundo y está al acecho de mi parte de sombras; sería feliz si pudiera fijar para la escena un tono exacto de las penumbras que se suceden, dejarla inmóvil y continuar el discurrir sin preocuparme del tiempo, concentrado en cada frase con sentido completo.

Sólo la noche cerrada tiene apariencia de instante inamovible mientras ascienden modificaciones a la altura de los planetas y el mutismo de las constelaciones. La luz del amanecer me acorrala recordándome que pese a mi novelería la vida continúa, el día empuja argumentos reactivando verbos usados para el segundo sueño. La gramática diurna



obliga a que ocurran episodios perturbando la concentración aconsejable, desbarata la sensación de tierra inamovible que supone la noche en los intersticios opacos, aconsejándome que debo pensar como si lo anterior fuera contado por el otro.

Hace una semana llegamos a esta casa de veraneo, vivimos en las afueras de Pontevedra y me agrada una vez al año pasar una temporada durmiendo cerca del océano. Disciplina, disciplina, repito testimonios conocidos para cuando relea el cuaderno a venir dentro de un año y lo leído sea más verdad que lo vivido y olvidado.

La relación entre vivencia y escritura la puedo localizar en el último año; algunos problemas con los niños en la preadolescencia, el traslado al pasado, secuelas de meses de trabajo al borde del agotamiento... sumando responsabilidad del hospital, consulta particular en un gabinete como asociado y participación en coloquios para mantenerme actualizado faltó tiempo para pensar lo sucedido mientras ocurría, evaluarlo tal como merece. Era imprescindible hacerlo para seguir adelante, por eso me hallo en esta situación. El tiempo de vacaciones –lo supe desde el primer día- perdería la calidad de descanso de años anteriores si bien las circunstancias eran idénticas.

La casa, creo haberlo mencionado antes es la misma de las últimas temporadas, en Puerto de Corrubedo se nos reconoce como visitantes fieles de la región. Evoqué las circunstancias, debo agregar que lo modificado en mi rutina de gastroenterólogo fue la experiencia del regreso, el retorno a

los orígenes y lo que del otro lado del mar sucedió, en ese viaje se halla la causa del madrugón actual y razón del soliloquio preludiando la escritura. Si lo del nombre me parece accesorio, puedo replicar que nací en Montevideo en el año 1952 y considerando lo sucedido, la información supone una irresponsabilidad frente a la historia. En un pasado más cercano de lo que pueda suponerse los datos de filiación eran ciertos; con el tiempo transcurrido, papeles legales, la medicina en las manos y espalda hace años y la descendencia animada me presento como médico español, gallego cuando los otros insinúan sutilezas geográficas de autonomías. En los tiempos que corren haber nacido bajo la Cruz del Sur y luego de lo sucedido provoca un estigma de la memoria, como si sus motivos fueran hijos de una vieja alcohólica paridos por la pobreza que es mejor olvidar. Durante años perdí la costumbre de considerar eso como problema, me harté de respuestas gratas a colegas progresistas y la vida hubiera continuado tal cual de no haber emprendido el retorno. La excepcionalidad de filiación para médicos que se dicen europeos, incomprensible para nuevas generaciones especializadas en manipulación genética y trasplante era moneda corriente.

Acaso todo había comenzado aquí, cuando insistía la guerra sin final y los jóvenes que serían mis padres decidieron subirse a un barco buscando la orilla imaginada del océano. Eran primos lejanos, mi madre estaba embarazada y su padre fue fusilado cuando ella gateaba en la plaza del pueblo por un

pelotón de vecinos. Años después reaccionó y huyeron hacia cualquier otro lugar, el destino era sin importancia, nada podía ser peor que lo padecido. A los dos meses de desembarcar con lo puesto en el puerto del sur nació en el hospital del casco colonial de la ciudad. Recuerdo con precisión de aromas el almacén de mis padres y la distribución de aulas en la escuela primaria, una infancia cuando pescaba con aparejo en la escollera fantaseando con barcos de carga y armo la ciudad en silueta de edificios recortados.

Es el primer aluvión de imágenes para fomentar la continuidad del discurrir, seguro que cuando me aplique a recapitular esas redundancias con intención de olvidarlas surgirán detalles para rescatarme. Hijo único sin decisión, durante años creí que fue por razones de la naturaleza, ahora supongo que de esa manera mis padres se fijaban en peripecias de la osadía juvenil, decidieron la irreconciliable situación abierta entre pasión amorosa y guerra interminable. Trabajaron fuerte para sacar adelante el negocio; en la intimidad decían que los criollos eran poco inclinados al esfuerzo y se sentían extranjeros al repetir ese lugar común, como cuando se convencían que el secreto para hacer fortuna en aquellas tierras consistía en trabajar unas horas añadidas al día. Había bastante más que esa definición de la diferencia por el cansancio y jamás pude convencerlos de lo contrario. Es extraño esto de la memoria discontinua, mis diecisiete años vividos en Montevideo resultan un montaje de escenas densas carentes de continuidad y dispensadas de sistema

narrativo. Vida transitoria en una ciudad inexistente sin llegar a ser fantástica, fue período de preparación, un aprendizaje para la vida verdadera y fuera del sueño comenzado cuando regresamos a esta tierra. Me distraigo del recuerdo, el panorama del mar cercano es absoluto y acapara el paisaje, la luz ingresa unánime disipando la niebla, cambio necesario para reconocer la costa montevideana que diviso en la memoria.

La oigo: Carmen se levantó para ir al baño y Mister James pide que le abra la puerta del jardín, el café se enfrió en la taza. El recuerdo deberá ser postergado hasta el próximo amanecer, oscilando entre arrecifes orgánicos evitando el naufragio antes de zarpar; sin discernir recuerdos y mi vida en Montevideo de celadas en esta región amenazante en la cual me interno, propensa a espectros que se manifiestan mediante signos evasivos.

## II

En comienzo inconcluso ayer me quedé con deseos de continuar con las imágenes, hubiera sido forzar la máquina desde el primer día y debo considerar el movimiento de la casa. La vida interior paralela sucede integrada al cotidiano, es lo primero tangible luego del sueño. De haberlo pedido la familia me habría dejado trabajar, ellos están habituados a los tiempos, manías de cada integrante y decidí para esta causa la posología progresiva. Estuve cerca ayer de aceptar la tentación del cuaderno, dejar de pensar en las palabras y poner manos a la escritura, sumar oraciones hasta la fatiga, llegar al corazón del asunto que me incita a escribir, sin comprender cómo hice para acceder al centro sin optar por ningún trayecto preferencial. Intuitivo, aplazando el rodeo de la tinta y despacio, aplicándome a una cadencia rondando amaneceres puedo advertir espectros fugaces cuando se me cruzan sin la eventualidad de escribir y estando por ello en mí. Detalles condicionando desde su escondite e ilocalizables al radar del recuerdo, excesivos incidentes de mi vida actual en circunstancia crítica.

Más que la coherencia temo perder la capacidad de olvidar, sofrenar la continuidad del trabajo, esto es "robarle una hora al sueño" tiene aspectos negativos y positivos, creo haber evaluado la situación y la meditación se impone como

aconsejable. Me preocupa pues me lleva a pensar distinto, siento el contacto con una instancia gaseosa entre pensamiento y palabra por escribirse; como si la fijación de lo que dejo fuera escritura invisible y sólo aparecerá si reacciona por un agente externo, zumo de limón amarillo, sudor de una persona específica, auténticas lágrimas de cocodrilo. La indefinición sobre la forma del soporte me incita a pensar diferente, descarto imágenes espantadas por requisitos de orden y secuencia sintáctica, imágenes carentes de audio, canales simultáneos sin montar, páginas aguardando la corrección final. Si los recuerdos insisten en llegar caóticos se impone subordinarlos a la estructura virtual que los vincula, necesariamente a una ilusión de relato que los mantenga distantes y pueda imaginar los intersticios.

Temores de principiante interrogándose sobre aspectos de la existencia –similares a los vividos cuando por primera vez saqué el hígado de un cadáver- entendí que de ese órgano atrofiado estaba todo dicho, siendo yo el primero que lo observaba desde el embrión en la lección de anatomía. Aquella vez se trataba de un órgano muerto, esta manera de pensar en escribir cuando finalicen las vacaciones tiene latencia de vida, gestación en proceso de un ser anormal. Comienzo a sentirlo, me agrada acostumbrarme, consigo asombrarme la pertinencia y su puesta en marcha al momento de pensar en escribir. Es vivir en la proximidad de la impaciencia, zona de un tiempo que sigue sin llegar al que debo acceder renunciando a asirlo en el presente. Prefiero

redactar dentro de algunas semanas cuando el lenguaje esté anestesiado y sean más urgentes las cicatrices que el dolor. En esta preliminar definida por el tanteo, cada frase convocada me recuerda que las heridas siguen abiertas y algo favorable me advierte que ande con cuidado.

El sistema por donde fluye lo inmaterial desborda el juego de descargas eléctricas y minúsculas tempestades en el cerebro, similar al sistema sanguíneo sin el prefijado ida y vuelta al corazón. En la tarea el corazón es inexistencia, puede que en uno de los próximos amaneceres logre transplantarlo como si de una planta exótica se tratara. Las palabras suspendidas se buscan hasta hallar un cause original, procuran una armonía descubriendo la puntuación, se deciden por un tiempo verbal y rondan en mi mente redundancias inevitables. Acepto tales preocupaciones y les resto importancia; lo que para un poeta resulta catastrófico ante un científico es la fuerza de los hechos, lo fáctico por encima de todo, el hombre de ciencia que me habita descubrió que los madrugones y nubes presagiando la escritura pueden combinarse sin estridencia. Buscando la memoria es que ordeno mentalmente, dirigiendo el movimiento a venir de la mano y la reacción del cuerpo anticipándose a la tensión de la palabra escrita, crean otra certitud que me autoriza a circular activando mi memoria y su enfermedad. Advierto la invención adecuando el pasado saliendo del centro y a la búsqueda de la versión correcta, tengo por delante una travesía peligrosa anunciada por un oleaje sin fin. Así verían

los antiguos navegantes el mar que observo mientras deduzco la orientación de la isla Escritura.

Logré administrar la tendencia a recapacitar, con ese poder sobrevino el bienestar anímico de quien inicia el tratamiento para erradicar una dolencia contagiosa. Mis símiles resultan de consultorio médico; considerando las características del plan debí leer biografías de personajes célebres y es tarde para subsanar esa deficiencia. Debo admitir la paciencia del tratamiento de píldoras tomadas en ayunas, la rutina comienza, los efectos son imperceptibles, suceden y el cuerpo lo sabe. El cuerpo mío tiene inoculado un agente externo que impide su destrucción; esa reiteración si bien logra sanarlo modifica hábitos y topologías internas, cambiar el paisaje con el sueño e internarse en el laberinto de la memoria dejando algo escrito es un cambio con efectos secundarios.

Esta noche pude descansar, ayer pasé con mi familia un día agradable, mi humor mejoró y lo atribuyo a la meditación matinal que modifica la textura del recuerdo. Los hechos que la sostienen los revisaré al abrir el cuaderno, cuando logre adentrarme en mi aventura que podrá ser leída luego que la redacte. Lo vivido estos días es filtro y control evitando la escritura automática redundante; en el caso de las motivaciones, más sensato que hallar la escritura es recuperar el imperativo de meditar sobre mis cosas. Puede tratarse de una carencia, prefiero distinguir los gestos consecuentes y pienso en escribir para guardar la calma, darle



ritmo a mi actividad mental y organizar recuerdos antes de extraviarlos en los accidentes tipográficos de la isla Escritura.

### III

Promediaba la mañana ayer cuando salimos. Carmen, los tres niños y yo fuimos hasta el puerto de pequeñas embarcaciones en el recodo de la ría; allí nos esperaba un buen amigo que tiene un velero, embarcamos y lo pasamos estupendo. Es casado y tiene dos hijos, almorzamos ambas familias en un parador que abrieron la temporada pasada, el vino regional resultó de primera, insistí averiguando cepas, años y bodegas. Pensar en escribir alteraba las actitudes banales, expliqué mi buen humor "porque comenzaba a desenchufar" cuando se trataba de lo contrario.

Amo esta tierra, lo inasible del paisaje, su fuerza de creación inacabada y la geografía rústica de roquedales fijados entre erupciones violentas. Lugares apropiados a dioses obligados al exilio de las leyendas, dejando trunca la tarea de ordenar la orografía y darle a la costa el declive de playas inmensas. Tiene lo visto algo de cuento narrado por la mitad y petrificado de pronto, transformado en una idea de islote que durante la noche se desplaza mar adentro.

Después de la excursión que duró todo el día, luego del reacomodo de la casa me dormí temprano, puede que fuera fatiga acumulada, tranquilidad de espíritu y tregua, Sin despertar en toda la noche soñé lo que debería evocar esta mañana pensando en la travesía antes de acostar en la región

sur de Escritura. Mi padre me dijo que los médicos siempre se necesitan y nunca les falta trabajo, lo aprendió viendo morir amigos desangrados por el tajo de la cosechadora, cangrenados por falta de sulfamidas, reventar muchachitas porque la comadrona llegó tarde al parto o se le fue la aguja en otra maniobra. Era un hombre bueno, tranquilo y acosado por recuerdos que se guardó sin compartir. Nunca impuso nada contra mi voluntad, diciéndome que en caso de que yo rechazaba estudiar, la cabeza no me diera, de tanto andar con los niños del barrio había perdido el sentido del esfuerzo podría dejarme el almacén en el futuro y ellos estarían contentos. Si me decidía a realizar estudios que lo manifestara pronto pues deberían trabajar el doble; entonces yo despacharía en el comercio los sábados y días feriados, nada me preguntaría sobre la marcha de mis exámenes hasta que tuviera el diploma. Su condición para la financiación era médico o nada, sobran abogados y escribanos, los médicos al trabar intereses con la vida en crisis siempre tienen trabajo.

La vocación era sin importancia en el pacto y a veces el sentido práctico tiene la lucidez anticipada que lleva a efectos positivos. Mi infancia tampoco estaba abierta a lujos de la opción, la condición social, nuestra novela familiar y la carencia de talentos prematuros aconsejaban la opinión de mi padre. Jamás fui la generación del deseo y libertad entre flores, con trabajada facilidad superé la educación primaria, una proeza en mi árbol genealógico, el liceo lo sobrellevé con el interés de la curiosidad y si bien me interesaba la historia -

la Romana de preferencia- llegado el momento de las definiciones me inscribí sin conflictos en preparatorios de medicina. Se llamaba preparatorios a dos años de formación intermedia entre el secundario y el ingreso a la universidad; en ese bienio se sobrecargó la cuota de disciplinas científicas, sin que fuera impedimento para que asistiera a cursos en la Facultad de Humanidades, que podían significar frustración y educación del libertinaje del saber a la vez. Allí crucé mujeres fatales y guerrilleros inconclusos, futuros asesores legales de multinacionales y poetas convencidos de la Iluminación, cerebros perdidos por el alcohol y la Lógica Simbólica, nostálgicos del país que nunca seríamos, convencidos del unido futuro americano sin latifundio y hasta muchachas que morirían baleadas.

Seguí para vísceras críticas tratadas con analgésicos, haciendo un balance de los años pasados puedo afirmar que es lo mejor que pudo sucederme, de lo contrario me hubiera perdido en una escaramuza de la que comprendía poco y me hubiera arrastrado. Aunque impura y perpleja en su momento estoy satisfecho con la decisión, dudo que hubiera sido capaz de hacer otra cosa de provecho con mi vida. Nada tengo que reprochar a la conversación aquella con mi padre donde se decidió algo más que mi destino laboral, al parecer mi futuro; lo del destino se jugaba en terrenos que desbordaban los gabinetes médicos.

Contradiendo una conciencia de la muerte, a la que me acostumbro con ayuda de pacientes perseverantes en una

enfermedad, tengo años suficientes para presentir el peso de lo eterno así como su falta de trascendencia. La vida me parece breve, al esfuerzo del vivir hay que agregarle algún sentido y el peligro es inmenso, la familia y el paisaje colman mis aspiraciones a un orden estable, la esperanza de un mundo inamovible. Tengo en mi haber una tierra de leyendas y otra de pasado reciente, hablo una lengua suficiente en su supervivencia, respiro un aire de fuerzas invisibles. Soy gastroenterólogo de consulta obligada en Pontevedra y vivo en una casa de piedra gris construida en una parcela donde pacen dos vacas y un asno, se reproducen unos conejos, las vides se las amañan para producir un vino casero no demasiado malo y unos litros de orujo de carácter para pasar el invierno. Mis hijos crecen sin inconvenientes mayores, sé que envejeceré con Carmen, enterré a mi padre junto al sanatorio donde nació al comienzo del siglo pasado y mi madre es una abuela irreprochable, moriré aquí porque así debe ser.

Contemplo los años vividos en Montevideo como una tregua, algunas funciones aisladas de circo ambulante; alto impuesto en el viaje de mis padres que me incluye y con fugas de mi vida de gallego mestizo. Cuando hablo de estas cosas con mi madre ella me escucha, sin permitirse llorar de melancolía igual se le escapan lágrimas lentísimas que ocultan secretos y luego, sin dar explicaciones, me cuenta las últimas travesuras de Eulogio. "Ese rapaz es un diablillo, me recuerda tanto a ti cuando tenías su edad que ni puedes imaginarte.

Lástima que tu padre no esté aquí para verlo" dice. Confrontado a esa dilación del diálogo materno, frente al silencio de la historia familiar asociada al mandato del hambre, donde cada cuadro está ordenado como en mesones durante la mañana, pienso que los años montevidEOS al inicio del deseo de embarcarme fueron el reacomodo del todo por hacer. Es sencillo contemplar el pasado ayudado por la distancia, alejado del combate del tiempo operando y a salvo de las escaramuzas.

Lo complicado fue permanecer en silencio durante años, rumiando sin tener alguien a quien contarle anécdotas sencillas sin moraleja y entendiera los códigos implicados. De violencia turbia y sostenida con materiales simples, sin excitación de exotismos ni aventura continua, el tiempo en versión menos antropomorfa y la distancia le dieron a mi meditación coloración de sucesos excepcionales. Todo podía permanecer en reflexiones y una fuerza me ordena que esto tiene sentido, si en las próximas semanas avisto la costa de Escritura, único medio de llegar a la bahía del olvido y vivir así en paz el tiempo de vida que me queda. Esa masa inocua de lo inexistente, visible sólo en la configuración de mi recuerdo se tiñó de tonos sombríos con la intromisión de una historia a desconfiar sobre su armado. Empezando por mí, que la recuento así y protegiéndome en la seguridad de pensamiento, tras la palabra escrita donde puede ocurrir el descuido de la verosimilitud.



## IV

Volvimos a Galicia en 1970, el año perdido; fui yo que vine, mis padres regresaban después de tantos años. El deseo era similar y las causas distintas, mi padre decidió para ellos el retorno con sentido práctico y brutalidad pensando en el reencuentro. Había afectividad en sus maneras, desde muchacho aprendió que ante ciertas situaciones, aunque las consecuencias se intuyan adversas debe asumirse una decisión radical. Hacía tiempo que el país de adopción – siempre me resultó extraña esta denominación- había caído en una crisis repercutiendo en la administración del almacén.

Padre no necesitó el asesoramiento de expertos en finanzas, tampoco un informe contable y menos interpretar rumores de la política económica. Un mes cualquiera al cerrar la relación entre entradas y ganancias, cuando el balance lo sorprendió sucedió la epifanía, entendió lo que se estaba preparando. Los indicios estaban en las lentejas, el aceite suelto y el azúcar impalpable para los pasteles, supo que se trataba de algo más que otro mal mes, un descuido en su estrategia comercial ante los mayoristas. El efecto resultó nítido por desconcertante, el capítulo Uruguay estaba finalizado y era tiempo de regresar. Había efectivo con que pagar pasajes en un solo sentido y capital ahorrado para comprar una papelería en Pontevedra (desde el principio fue papelería y estaba



decidido desde antes), cuya atención es menos sacrificada que arrear bolsas y tanques de kerosén. Por ese tiempo mi madre heredó una parcela de tierra familiar que vendió a primos establecidos en el predio; con lo así recuperado más lo girado desde Uruguay, estaba solucionado lo concerniente a la instalación, incluyendo la vivienda a pocos kilómetros del comercio y ya en las afueras de la ciudad.

Cada paso necesario llegaba inexorable, cartas, baúles, almuerzos con paisanos quedando en el sur sin retorno. Se cerraron los números hasta llegar a cero, se saludó a vecinos en los últimos tres días y se esperó la hora de subir al barco con la proa orientada al sentido contrario, prefirieron el mar para guardar la simetría de la expedición que llegaba a su fin. Marco Aurelio o algún otro barco parecido zarpó del muelle un día de noviembre; el aire era húmedo y el clima pesado, caluroso, parecía que en cualquier momento podría desatarse un temporal. Algunos amigos vinieron al puerto a despedirme queriendo entender, quedarme o seguirlos yo vivía algo que mis padres habían decidido y me arrastraba. Había en la situación obediencia y destino, estaba deprimido y eufórico, alegre y triste avanzando sin escatimar promesas de regreso siendo evidente que "mi vida estaba aquí". En pocas horas aprendí que Montevideo es encantadora para llegar y pésimo puerto para partir.

Vestía para la ocasión pantalón vaquero Lee de los primeros que llegaron de contrabando a la región, camisa de manga corta a franjas blancas y azules, mocasines porteños. Desde

la primera hora acomodé en el camarote mis cosas, con Gustavo que me había acompañado recorríamos la cubierta llena de bultos, indicaciones y escenas de despedida en cada sector. Cuando la partida se aceleró como si comenzara el turno de una usina textil él me dijo "chau gallego" y después "no te pierdas" sin excesiva convicción. Me regaló una foto de Atahualpa Yupanqui para mitigar mis excesos melódicos eléctricos y un ejemplar de "Los fuegos de San Telmo" de José Pedro Díaz, que fue nuestro profesor de literatura y que hablaba de viajes, dedicado para la ocasión.

Hace una vida de aquel mediodía en cubierta, lo recuerdo como si estuviera mirando la escena por los ventanales y en lugar de levantarse el sol en el mundo viera desprenderse la escalerilla del Marco Aurelio u otro navío parecido y entre los pasajeros a un muchacho: está tranquilo, se ríe nervioso y grita como cientos más. Las siete palabras son imposibles de distinguir, en ese momento suenan las sirenas del vapor, se escucha una primera bocina y el muchacho cesa de gritar. Mueve cabeza y manos para seguir hablando con gestos, se escucha un segundo silbato prolongado informando lo inminente. Los padres parecen estar esperándolo, él agita las manos sobre la baranda haciendo fuerza para impedir que el barco se separe del muelle. A la tercera sirena de las que cuentan historias en altísima frecuencia, el pasajero está desorientado, tal vez arrepentido como si hubiera olvidado la razón de estar a bordo. Cuando se apaga el eco de la cuarta

sirena, comprende que abandona la patria y nunca habrá nada del regreso prometido.

El cuadro podría justificarse con el argumento de la emoción relativa a esos momentos, siendo novato en sentimientos comienza a llorar abrazado al padre con emoción que puede tener explicaciones antagónicas. Soy un tonto administrando el desdoblamiento y se me anuda la garganta recordando el llanto cuando zarpamos. Lo entiendo y me avergüenza, delante tengo los ventanales, si me proyecto una escena ella no ocurre en el vidrio sino en mi pensamiento. Lo digo porque afuera hay un jardincillo donde vienen pequeños animales nocturnos y luego una pendiente que muere en el mar océano, la casa está en silencio, en mi memoria suenan sirenas interponiéndose en la evocación. Tal vez allí comenzó el viaje a Escritura y es ahora que escapo del encanto de la Meiga que me tiene en su cueva, quizá recién alguno de los dioses me dio el antídoto para guardar el recuerdo y virilidad suficiente para seguir adelante.

En el muelle de adoquines tocados por la levísima película del océano, Gustavo enronquece gritando las siete palabras que se pierden en la inmensidad. El caos de las últimas palabras de los otros, que asocio al agua saliendo del barco en la purga preparatoria y que cae a los costados, se funden con motores pujando por despegar hacia mar adentro cientos de toneladas de hierro y humanidad. Transcurridos unos minutos nunca supuse así a mi ciudad alejándome por la bahía; llenando la línea del horizonte con la continuidad

empequeñecida de perfiles conocidos a cada segundo, se transforma en maqueta de juguete, pieza forjada del mecano de la memoria.

Es curioso que en esta meditación escuche lejanas sirenas, será un pesquero buscando al alba enfilas por la ría con redes recogidas y peces en el depósito. Si rompo esta posición dejaré de pensar en estas circunstancias y volveré al pan tostado, la salida del día, mermeladas regionales. Necesito abrir la puerta, comprobar que los pájaros de ayer siguen estando en el jardín y el bosquecillo vecino, si lo hago me quedaré sin saber qué gritaba mi amigo desde el muelle. Esas palabras están retenidas en el caja de zapatos que pude rescatar del naufragio de la memoria; quizá Gustavo lo hizo ex profeso eso frustrado del mensaje incomprensible. Dejándome la vida por delante para conocerlas en su significado misterioso durante estos amaneceres, que yo mismo me receté sin consultar ningún especialista de los males del alma.

## V

Es inoportuno volver sobre modelos y coartadas de crisis estando en juego la persistencia de lo vivido; puedo llamarlo el año embalsamado, creí haberlo perdido y resultó el tiempo necesario para pasar de una etapa a otra. Con mínimo compromiso logré superar pruebas de bachillerato, accedí a la Facultad de Medicina y en esos meses consolidé las mejores amistades.

El tránsito de la noche al día duplicó los sentimientos, ante esta actividad excepcional debo suspender el que soy y desdoblarme en el que fui años atrás. Una parte mía asimiló el aspecto ambiguo del mundo y me sonrío: admite que considere con indulgencia por una temporada las inquietudes del muchacho que fui. Existe, junto, mezclada, en paralelo, la zona que se resiste a morir compadeciéndose por el que soy y se alegra porque alguna vez en el pasado actuara diferente, convencido de que lo único inamovible era el deseo del cambio. Cambio y justicia para todos eran inminentes, faltaba el empujoncito del sacrificio, la espera activa y arriesgada para que el eje de la civilización resultara forzado. Sensación activa de ser sobreviviente y preguntarse por qué yo precisamente; causa remordimiento retrospectivo denominar militancia a las escaramuzas de una historia enorme para incidir con eficacia en ella.

Ellos tenían la fuerza de retorno devastadora que evalué erróneamente en su extensión, alteraba el contorno de la vida individual, su dibujo dispuesto a transformarse en perfiles momificados. Llegué a desplazarme sin alejarme de la frontera, tenía una participación sindical lo bastante pública para ser identificado por camaradas, infiltrados y autoridades; más de una vez me siguieron, lo hicieron saber y del mismo modo que no era un elemento valioso. Lo que daría a ese gesto voluntarista un aire de coraje era distinto, sabían que podían internarme en cualquier momento, sacarme del circuito a entera voluntad y me dejaban transitar para que me pensara libre de sospecha, hasta contactar compañeros propensos al compromiso mayor. Esa superioridad en la vigilancia lindaba el desprecio y me ponía mal, la humillación funcionaba como si el final estuviera dispuesto de antemano, el resultado conocido por los apostadores y alguien decidió prolongar el tratamiento hasta extirpar a fondo; divertirse otro poco, seguir así hasta la llegada de órdenes que decidieran lo contrario. Me creía militante astuto siendo apenas perdiguero señalando piezas que otros acosarían, igual me templaba la atmósfera, algunos insultos en las asambleas que con ironía y fervor áspero nos dirigíamos quienes pertenecíamos al mismo bando.

Con el paso de los meses mi situación se hizo insostenible, de haberme quedado en el país pude haber ingresado a instancias superiores de la lucha y puede que no, que hubiera muerto, caído preso en una ratonera, hallado un destino

inimaginable y lejos o desaparecido, epopeya distinta a la evolución sedante del proceso político y personal. La ruta posterior de mi vida demuestra lo contrario y las circunstancias son irrepetibles; nunca sabré a cuáles de ellas corresponde la verdad, ni desconfié que hubiera relación entre mi actuación militante y la decisión de mis padres de regresar a Galicia, ellos sabían más de lo que yo suponía. Llegado el momento sobró curiosidad y faltó intrepidez para quedarme, como si el sentido hubiera permanecido a la deriva; puede que la premisa de construir un mundo nuevo sobre las ruinas de la decadencia fue eclipsada por luminarias emanadas del movimiento español. Esa salida del caos con misal asistiendo al final de la pesadilla en un lecho de anciano, el entusiasmo de revistas acercando la simultaneidad de causas más tangibles e igual de loables que la revolución latinoamericana. Hasta llegué a creermelo que podía contribuir a la salida del franquismo, que se volvió mi causa prioritaria, en la que me metí con osadía de extranjero y ello también pasó.

Es la hora ideal para esas evocaciones y adoptar la versión sin reproches, venir fue lo mejor que pudo ocurrirme y enterarme de lo sucedido con amigos de entonces es una materia sin expediente ni tribunal. Algo de ese torbellino fue buscado con mi retorno a Montevideo, la vida es hechos a los que se suma el espectro de frustraciones. A quienes llamo mis amigos dejé de verlos hace veinte años y el que soy era inconcebible en el que allá vivía. Otra vida hizo que Carmen se convirtiera en mi esposa, Rosalía, Emiliano y Eulogio se

llaman nuestros hijos. Mis amigos son el anestesista Onofre, Martín el viejo que morirá republicano a pesar del gobierno socialista; pueden sumarse un galerista y dos colegas, algunos padres de los compañeros de mis hijos y la familia de mi mujer con quienes solemos reunirnos los días de fiesta, mi madre me parece uruguaya. Faltan de la primera línea por plazas y destinaciones los compañeros de los años vividos en Santiago de Compostela, donde aprendí a convivir con las apariencias. Los informes de la realidad consignan que esos seres invisibles son mis amistades y quienes permanecieron en Montevideo espectros que me visitan cuando los asuntos urgen.

En horas cuando la niebla de Finisterre confunde el sentido del presente, vienen a la cabeza voces de gente insustancial que me habla sentada a mi lado, me parece verlos instalados en el living sin atreverse a interrumpirme. Si olvido evocarlos desaparecerán en el acto, los reconozco y no me atrevo a llamarlos por su nombre, ellos lo saben. Allá y frente a la Facultad de Medicina, en General Flores y Yatay había el café y bar Alcalá, nunca supe si el propietario que lo bautizó era un nostálgico de la España de las tres religiones o alguien que tenía orgullo por haber trasladado al nuevo mundo el nacimiento de la novela. Hoy me resulta incomprensible que para los uruguayos la guerra del 36 continúe siendo un episodio tan próximo de la emoción y sigan recitando poetas arrasados con fervor por esa tragedia persistente. En nuestro Alcalá nos reuníamos a tomar café y caña, contarnos planes



para el futuro que era el tiempo que conjugábamos de preferencia, eligiendo verbos y olvidando personajes.

Durante el viaje de regreso me faltó temeridad para retornar al chaflán del Alcalá y conocer la segunda parte de la aventura, mi regreso quería tener las pausas del enfermo cuando comienza a andar después de una operación; exceptuando el atajo de la caja de zapatos, desde el comienzo tuve la impresión de estar escapando. De atenerme a mis presentimientos los recuerdos entenderán omisiones, permitirán que los trate como materia dócil una vez convocados. En cuanto rememoro nombres los amigos de carne y hueso se vuelven personajes de ficción, parece que nunca fueron otra cosa que representación.

Cuando quiero avanzar en el viaje los recuerdos me retienen como lastre del cual debo desembarazarme, en cada intento de acortar la distancia con Escritura necesito comprender el sentido de la huella precedente. Nada hay de fabulación y todo está hecho de mí misma espesura, los recuerdos son materia de mi cuerpo que piensa en escribir, tengo dificultad para abstraerme. De pronto se cruzan el dolor de muelas de la niña y la llamada de mi madre antes de cenar para saber si estamos bien.

## **VI**

Vine a Galicia con los papeles en regla y legalizados; fue latoso y sencillo revalidar el bachillerato de medicina general: La meticulosidad administrativa facilitó mi incursión en los anfiteatros de Santiago de Compostela, el acomodo en los años de aprendizaje y el ingreso a una cadencia de hechos. Vida nueva donde todo resultaba sorpresa y confirmación, precariedad y alejamiento, sin buscarlo se incrustaron afinidades, nuevos hábitos, otra historia, amores cautivantes. El sistema entró en crisis y la identidad se desdibujaba, las noticias provenientes del pasado asociado a la infancia se hicieron intermitentes, eran luces débiles de los últimos faros habitados. La correspondencia se distanció hasta que pude formar la mano de las últimas cartas donde están las fechas de la separación, respuesta nunca intentada, evaporación de la violencia latinoamericana por canciones de la movida madrileña, el libertinaje embriagador y aquello fue un sueño de intensidad.

Animal exótico trasladado a otra tierra con problemas de aclimatación, se me cayó la piel curtida reemplazada por un cuero práctico para todos los días. Esa segunda parte es sin interés, lo relevante fue lo sucedido hasta volver con mis padres, el incidente del regreso a Montevideo, los difuntos saben que nunca hay un último viaje y el ciclo recomienza. Había las plazas de Santiago detrás de las iglesias con la lluvia lateral en noches de invierno calando hasta los huesos, pesaba la serenidad acercando historias pobladas de

aparecidos y lugares que son sin estar. Eso era para mí la idea de Montevideo, imágenes que nunca refieren a un lugar fijo entre la presencia dictatorial de lo reconocible, mientras cualquier circunstancia española descubría algo: escena evocadora, objeto parecido ya visto, el paisaje emulando la situación similar sin que llegara a identificarlas, yo sabía que era el certero ataque de la coqueta.

Me agrada esta indecisión horaria cuando la claridad dibuja formas sin existencia anterior y me permito dudar sobre si la ciudad que encontraré en la evocación antes de Escritura era la mía. Meditando en esa luz se produce en el intento de memorización la operación contraria, la zona de mi conciencia que insiste en imposibles se deja arrastrar por la leyenda rioplatense. Al contrario, sobreviven en densidad real mientras algo fantasmal me envuelve; mi vida de los últimos años es tangible por la memoria de lo sucedido hoy, lo ocurrido ayer desde que dejé de pensar en esto hasta el despertar para venir al mirador. Cada gesto del cuerpo y sucedido en relación con la espesura del mundo son síntomas, diciendo que cargo una vida discreta y ordenada, feliz por descarte del riesgo si ello puede pensarse coexistiendo. La falta de sustancia, siendo el traslado responsable alteró la primacía de lo tangible y aleatorio sobre lo sospechado, lo vivido e imaginado sobre lo invisible. Después del pasar entre fantasmas de muertos y vivos me repito que llegando a Escritura recobrarán consistencia de ectoplasma, la materialidad que corrompe.

En estas dos horas del amanecer mientras duren las vacaciones, cohabitaré con ellos para lograr algo de provecho, es mi última oportunidad de entender lo ocurrido, luego seré sombra de la terquedad del olvido. La voluntad flaqueará pues rechaza y pueden llegar a ser insoportables dos vidas en cotejo. Pretendo rescatar lo disuelto con los días contados en tanto pienso condicionado por el viaje a Escritura y cercado por esa verdad tangente al olvido. Retorno al que ayer no más miraba a través de ventanales diciendo adiós al amigo en el muelle desde cubierta; al que reconocí por el olor de colonia Old Spice de cuando buscábamos el Alcalá en un agosto otro muy frío, en las mesas que están cerca del horno de leña.

El yo de Santiago es un insolente de tuna estudiantil para aturdir una infancia desajustada, tiene algo de picaresca indiana y la fe proveniente del temor, agilidad felina del hambre de cantinas universitarias, sabiduría de días de encierro preparándome mentalmente sobre arcanos del cuerpo humano. Con afán de teólogo tentado por la droga que se fuma, buscando pruebas del milagro en achuras, como si la tradición familiar me destinara una función en el Santo Oficio con especialidad colonial. Conciencia del segundo conocimiento del secreto y un tercero previo a la iniciación en la sabiduría de brujos postergados, algo misterioso me desvía impulsándome a volcarme sobre ese de los años en Santiago, sería folletín de aprendizaje con detalles de erotismo normal sin muchos cambios de ama. Me inhibe y parece que posterga la otra versión, como en la historia del Deán la vida en

Santiago pudo ser una ilusión, acceso a otra condición peor que luego se revela como falta. La distancia es entre lo que se cree y lo real, la conciencia de la verdad una vez terminado el sueño.

Sería un intento vano repetir esa trampa, en pocos minutos el clima brujo se disipa, la noche de los supuestos abandona el día de lo aparente, el bachiller soñado en noches de Santiago se vuelve gastroenterólogo en reposo cuando cierra el postigo del pensamiento; como si lo pensado lo hubiera dejado escrito en el cuaderno mágico donde leyó modificaciones, texto cuya virtud mayor es la de no estar redactadas todavía. Esa historia tiene la cadencia de la escritura si es que llego, si me decido a empezar y hallo fuerza para ganar el otro lado de la isla. No queda ninguno de los fantasmas frecuentables en el living a quien consultar, sin que me percatara mi hijo menor está a mi lado en pijama, me mira como si me estuviera soñando y medio dormido.

Creo que recién llegó y se pasa los nudillos de la mano derecha por los ojos como después de un mal sueño; dudo si los vio antes de que se marcharan, el pequeño es especial y me dio lecciones de percepción durante el último viaje. Las esferas de cristal de la maquinaria ilusoria dieron la vuelta completa y la luz devuelve a cada cosa la fantasía de un color correspondiente. La frontera de colores avanza por la habitación atrapando objetos dispuestos sobre la mesa, la sombra se desplaza recuerdo a recuerdo por archivos de la memoria, como si el viaje a Escritura recelara la luz diurna.

Lo que corresponde es devolver el niño al dormitorio, preguntarme la razón de su presencia como si la vida, él o la razón descuidada me enviaran un grumete sin experiencia advirtiéndome lo temerario del intento.

## VII

Tuvo que ser después del incidente de ayer, hoy seguí durmiendo y olvidé levantarme para insistir en la disciplina; podría explicarse porque es domingo, me duele la cabeza, tengo resaca y un gusto en la boca como si hubiera vuelto a fumar. Anoche recibimos amigos que estaban de paso, bebí vino, tomé dosis que prohíbo a mis pacientes, nada excepcional para la cena, pero sumado a los aperitivos y digestivos es una medida que a mi edad se paga cash a la mañana siguiente. Distráído el cuerpo meditaré menos sin control ni certeza de estar despierto, unos minutos apenas y volveré a la cama luego de los analgésicos a descansar una hora. Cuando despierte una segunda vez quizá lo que supongo pensar se haya borrado del pensamiento.

Sería agradable admitir esta anomalía como parte del hábito y suponer un objetivo, que las interrupciones cumplen una función como si me viera ayudado por el vino a meditar sobre la meditación. Han pasado pocos días desde el comienzo, las asumo como dos horas durante las cuales no se me ocurre nada provechoso que hacer, excepto indagar trazas del que fui, que sin morir del todo dejó de ser y se sostiene sólo por esta trama. Me atemoriza que pueda evocar un diario de los que dan cuenta de un único día que se repite, seguro que

podré continuar si consigo hacerla coexistir con la mecánica del movimiento real.

Hoy es distinto, el gesto tiene algo de obligación, me levanté casi sonámbulo e imagino que tracé unas líneas dando cuenta del fracaso. Considero regresar al dormitorio a recomenzar el ciclo, quiero mantener la lucidez aceptando la coexistencia de dos personas, punto común entre los yo convocados es que compartimos el páncreas y una travesía en barco: uno insiste en rondar ruinas de lo que una vez fuera Montevideo y el otro toma notas de escribiente solidario. El desdoblamiento tiende a demostrar que somos gemelos en coexistencia y espiándonos sin que ninguno haya renunciado. Durante años mientras avanza el día, somos desconocidos, nos ignoramos sin tener noticia el uno del otro. En esta tregua de pensar en escribir es cuando nos permitimos confianzas por la confusión del amanecer; por el momento parecen reconocerse, creí que el retorno podría reconciliarlos sin desconfianza a cada uno sobre la negada existencia del otro. Parece que necesité del vino para tener en cuenta que fui a Montevideo hace unos meses.

Luego evocaré condiciones y razones del viaje, apunto que pasó medio año desde mi regreso y cuatro días desde el amanecer cuando empezó el proyecto de viajar a Escritura. Ello puede explicarse, pensé que las secuelas podría administrarlas como si fueran de un viaje profesional a San Sebastián. Hasta me decepcionó la apatía ante lo visto durante la estadía, aguardaba un sacudón de otra especie del



acaecido; fui equipado para un recorrido sentimental con trampas emotivas y di con ausencias, desencuentros sin casualidad, me sentí implicado en malentendidos demasiado sutiles para ser atribuidos al azar y la concentración de una mala racha. El tiempo había pasado, Montevideo continuaba igual que las ciudades imaginarias, era menos verdad que el espejismo de los desiertos mexicanos donde florece la alucinación. Predispuesto así sucedió el evento de la caja de zapatos; no fue otro incidente más, era como si el resto incluyendo mi retiro, los años en Santiago y mi nueva vida hubieran tenido el sentido de dar con esas trazas. Mi cabeza fue arrastrada al torbellino de lo inconcebible, caos imposible de compartir con quien no estuviera iniciado al secreto. Me asaltaban dudas al límite de aceptar ser considerado un demente de nostalgias mal digeridas como el vino de anoche.

Esperé las vacaciones para poner en claro la situación y necesitaba soledad, la crisis era insuficiente para justificar un retiro durante el momento del año en que la familia está reunida disponiendo de tiempo. Opté por la discreción del salteador de caminos que cada día le hurta una hora al sueño y otra a la vida familiar. Necesitado de otra fuente de certitudes para compensar el abismo abierto por el papeleo y los documentos de la caja de zapatos; esa fuente es inexistente, la construyo a ratos y mal. Lo hago como puedo inventando una segunda voz en contrapunto y que sea un sistema de defensa en caso de urgencia. Capaz de contrarrestar la salmodia que fuera escrita al parecer durante

otra pesadilla, soy dependiente de esa escritura del azar y la supongo condicionada por lo que me precede. La pregunta es saber si sucedió lo sabido tal como está consignado en la caja de zapatos, y si ello ocurrió: ¿en qué ciudad estuve el febrero pasado? Me defiendo recordando que soy hombre de ciencia informado sobre los avances de mi especialización, repito la imposición de abstenerme de lecturas que descartando su contenido por inverosímil poseen coherencia interna, lógica de sistema cerrado que excluye la duda.

La situación debería dejar de preocuparme, estoy lejos de allá, nunca pienso regresar y está decidido. De quererlo puedo destruir el documento dejándolo caer en el fuego, releerlo sin involucrarme si pudiera olvidar su condición de signos inquietantes. Lo haría si el texto estuviera impreso y la multiplicación le restara la condición de objeto único. Lo insustituible de la cadencia caligráfica, el desajuste entre inocencia del soporte y lo insoportable de lo contado, fragilidad del objeto en cuestión, verdad verificable por mi testimonio de la casi totalidad de hechos reseñados, me hacen sospechar que el final más que una metáfora es temor exorcizando la salida de una novela imaginativa. Si se tratara de una mentira admitiría la evidencia de mi ida a Montevideo y la versión sobre las muertes; considerando que la muerte responde a razones innombrables, en febrero viví encuentros excesivos para mi entendimiento.

Voy a tomar dos aspirinas, volveré al dormitorio a tratar de recuperar el sueño y luego ya veremos.

## VIII

Desde la semana pasada cada peripecia cae fuera de lo común, es más complejo de lo que creía desprenderse del cruce del tiempo del yo contiguo con el otro. Al comienzo supuse que bastaba con cerrar la libreta imaginada, suficiente para desentenderme de la defensa que construyo cada mañana siendo muralla que terminará por aprisionarme. Empiezo con la voluntad de concentrarme en el pensamiento, la impericia me dispersa y otras imágenes infiltran las barreras que me impongo. Lo digo por lo sucedido ayer.

Luego de despertarme por segunda vez sin dolor de cabeza, comprobando haber meditado algunas secuencias, ocurrió algo que necesito repasar y relacionado con el interludio del sueño recobrado. Lo pensaba antes: cada asunto potencia un sentido oculto incitando a otra interpretación de los eventos, son lecturas tendenciosas de hechos banales y parecen depender de eso que ando rumiando sin terminar de digerir. La realidad se disipa y los contornos ceden, cada cosa pretende decir lo opuesto y proliferan señales indicando el paso de la ilusión a la verdad.

El viaje será la distancia entre lo pensado y lo dejado por escrito, creía deber concentrarme sobre un recuerdo infantil de atenerme al orden temporal y lo asistí entonces al habitante de Montevideo. Era previsible, respondía a la

necesidad de darle al guerrero las armas de su memoria, marchar al encuentro de espectros es tarea agotadora que debo posponer. Bebo café, dos tazas. Busco concentrarme acariciando la idea para hoy que se aleja y regresa como si estuviera escrita perteneciendo a una época pretérita. Algo sucedió ayer rondando el mediodía y siendo insistente, debe estar relacionada a la elucubración de los amaneceres.

Después de la hora de descanso me levaté, con Carmen ordenamos la casa mientras los niños dormían. Salimos a la terraza, nuestro lugar preferido donde conversar y contemplar un paisaje diferente cada vez. La terraza es la parte trasera de la casa, sin ser enorme se hace observatorio privilegiado desde donde vemos rincones vedados a otras casas de la zona. Los acantilados junto al mar y el recodo por donde enfilan barcos pesqueros hacia embarcaderos de una ría cercana, un puerto donde voy algunas mañanas a comprar pescado y mariscos. En la terraza hay un toldo a listas amarillas y blancas, corredizo sobre un sistema de alambres y pequeñas poleas, nos protege del sol y se mece cuando levanta viento. Igual que la vela de un antiguo navío, el movimiento nunca se detiene y llega de todas direcciones. La ubicación de la casa en el hueco de una ladera, al final de una urbanización, bien concebida, codiciada por extranjeros – ingleses y alemanes en su mayoría- protege nuestro hogar de verano.

Disfrutamos la luz justa casi todas las horas del día, resguarda la saliente donde está mi cuarto de trabajo. Es raro

esto de pensar como si alguien que no me conociera pudiera leer mi pensamiento, este contarme cosas que se supone sé y necesito repetir para continuar el viaje a Escritura. Desayunábamos y miraba la puerta que comunica la terraza con mi refugio, me pareció frágil el eje del pasaje de una vida a otra.

Somos felices, evité contarle a Carmen el encuentro con lo que fuera mi vida en Montevideo, es algo que le sucedió al otro si es que sucedió. Ella nunca visitó Montevideo y en febrero prefirió quedarse cuidando de los hijos mayores. Eulogio fue el único en demostrar curiosidad por el pasado del padre, a su parecer de niño que yo hubiera nacido tan abajo del mundo tenía ribetes de aventura, como si fuera pirata del mar de la China. Figurándose que Montevideo era muelle apropiado para recibir desaguizados de Corto Maltés y otros aventureros incansables. Hasta allá fuimos los dos y sólo una vez me hizo un comentario relacionado a la ciudad, habiendo captado algo distinto similar a las secuelas de un terremoto.

Carmen me comentó que el niño regresó cambiado, lo hizo para que yo supiera que ella sabía lo sucedido y opté por callar. Creo no mostrar síntomas delatores de la puesta a punto en la confrontación que estoy viviendo, en cuanto a las razones que motivan los madrugones pueden ser explicables. Hace mucho que me levanto temprano y el cuaderno fetiche lo guardo en el cajón del escritorio, lo escondo entre revistas de medicina y facturas a pesar de que nadie revuelve mis papeles. Por mi profesión siempre tengo informes para leer,

una memoria a redactar, estoy obligado a tomar notas para la planificación del año próximo y estudiar. Ponerme al día sobre avances de mi especialidad; en el último congreso de Madrid se presentaron un centenar de ponencias y para saber si surge algo interesante hay que ojearlas por lo menos. Volviendo la cabeza puedo ver la terraza de la casa donde ayer desayunábamos, los asientos donde estábamos bebiendo café y zumo de frutas exóticas que tanto les gusta a los críos. Recuerdo que contábamos pormenores de la cena y hacíamos planes para llegarnos uno de estos días hasta un asador castellano que venía de reabrir y del que se comentan maravillas.

Los amaneceres de trabajo solitario es un hábito que integra la rutina familiar, posibilita la clandestinidad de la meditación, infidelidad justificada por el placer nuevo y raro que incluye la complicidad del entorno. Lo hago durante las oscilaciones entre la actividad de una casa funcionando sin interrupciones, grifos que se obturan, tapones y fusibles que saltan, mesas que se destartalan, con la coordinación de salidas a casa de amigos y proyectos de pasear por ahí. Es para eso que estamos de vacaciones. Cada año me reservo un día para ir con Valentín, viejo camarada de juventud y que alquila casa a unos pocos kilómetros de aquí, hasta el centro de Santiago a peregrinar lugares de la etapa estudiantil. Con guía de caminantes memorizada que adereza lo sagrado y lo profano cada vez procuramos variar el trayecto de la tradición, algunos sitios resultan recurrentes y lo aceptamos con

humildad. Valentín, que conoce mi vida, sugirió que Montevideo es el nombre de una posada en el camino de Santiago, albergue perdido entre valles y montañas, referido al margen en crónicas apócrifas de heréticos carbonizados con encendida fe. Lugar que nadie encuentra intencionadamente pues los peregrinos la evitan sabedores del contrapoder mágico que desprende, a excepción de algunos elegidos, almas iluminadas por un destino superior que ninguna hechicería regional puede alterar.

Siempre me divertía la versión de mi amigo cuando se ponía nostálgico con incertidumbre de exegeta jesuita, rebatiendo mis dudas de antes y argumentando con retórica implacable. Era, decía, una posada modestísima regentado por misioneros miserables de una Orden masacrada en el Renacimiento, hombres píos que hicieron votos de silencio luego de haber llegado, ellos sí a El Dorado Interior. Serían los primeros sorprendidos de que algún peregrino, un neófito y torpe extraviado por salir de los senderos tradicionales señalado, golpeará las palmas a la entrada de una construcción con paciencia de escasa hospitalidad y pidiera pasar al abrigo tan inestable una noche de reposo. Ellos se guardan la palabra y obsequian una sopa de ajos rústicos a la que agregan, dice Valentín, una maceración de raíces y plantas del Pirineo. La fórmula es más secreta que la utilizada por los monjes de la Chartreuse y cuyos efecto levemente alucinógeno, puede el milagro transitorio de transformar el claustro derruido de una viejísima construcción con apariencia

de iglesia románica, en parques estupendos y avenidas de una ciudad inexistente. Cuando por teléfono le comenté a Valentín mi decisión de regresar a Montevideo me aconsejó que me cuidara de las alucinaciones; si a la vuelta se prueba el cocido, la sopa de ajos, una distorsión agradable puede transformarse en brebaje maléfico.

Me quedan por delante unos días de vacaciones, este año sólo volveré a Santiago si logro terminar con el proyecto de madurar lo que pienso pasar por escrito en un futuro próximo. Terminamos de desayunar. Carmen comenzó a leer una revista, mi mujer es hermosa y para otro que no fuese yo mi preocupación por lo sucedido es una tontería, en especial la secuela de proyectar escribirlo. El sentido común aconseja que debería estar con ella durmiendo esperando para despertarnos juntos.

Antes de la escritura hay una lectura, pretendo que esta evidencia justifique la postergación momentánea, sería más inconveniente y correcto expresar la idea en términos médicos, que son los que conozco, acotando el concepto a usos comprensibles tales como dolor y enfermedad. Cambié un paciente por un cuaderno enfermo que visito cada mañana en una sala de cuidados intensivos y donde la salud del cuerpo es lo de menos. Como cuando llega la muerte hay información que escapa a la vigilancia y aparatos de precisión, volviéndose tan contundente que drogan de fracaso el tapar la cara con la sábana. Nunca fui lector selectivo y apasionado, el carácter irrepetible de la caja de zapatos me arrastró a la dependencia



intermedia entre desconcierto y pulsión de dejar testimonio escrito, buscando el antídoto al desarreglo, secuela de una operación de riesgo. Quisiera que el asunto finalizara una de estas mañanas, así podría ir con Valentín hasta Santiago a beber orujo recordando la vida estudiantil.

Tomábamos café con Carmen y eso era ayer, creo que los niños se levantaron antes de retirar el servicio. La mañana había pasado y era tarde para organizar una excursión a la costa en familia. Los mayores lo prefieren así pueden salir y ver a los amigos; el pequeño se entretiene con un juego de herramientas y Mister James dándole vueltas, el niño y el perro pueden pasar horas así. Carmen me mira y sonrío antes de seguir con la lectura, me preguntó por los progresos de los madrugones. Le explico que son aburridos y lentos, ella acepta lo dicho sin replicar que tiene algo de prefiero dejar este asunto de lado y supe ser convincente para disuadirla de insistir.

## IX

Era domingo, día que salgo a caminar acercándome a la urbanización con más tiempo. Se trata de un complejo concebido por la especulación inmobiliaria, con callejones simpáticos, desniveles concertados por escaleras y jardincillos formando un dédalo ingenioso sobre una colina. Extravagancia de la ciudad cercana, satélite urbano que divide sus casas entre unos pocos habitantes que la ocupan todo el año y la mayoría trashumante que venimos a tiempo limitado en verano.

Cae la luz y salgo de casa con la intención de emprender un itinerario conocido, caminaría el equivalente a medio kilómetro sobre un sendero que en algún tramo cambia de nombre y está pavimentado con diferentes materiales, que pasa frente a la panadería donde se sigue horneando el pan a fuego de leña. Luego iría hasta el pasadizo entre dos calles y que pretende ser un diminuto Drugstore veraniego, allí me detengo a comprar la prensa que intercalo en un bolso que llevo colgado al hombro. Después me largo con la excusa de los mandados hasta el bar, el primero de los que anuncian el comienzo del embarcadero, voy a tomar un vermú con hielo a la manera del Río de la Plata.

Más tarde haría las compras que Carmen llama superfluas, nada esencial para el funcionamiento de la casa, botellas para

las visitas, algún queso francés y los exóticos de exportación, curry en pasta, tabasco mexicano y un Habana Club siete años para el ron de la tardecita. Sin tener nada excepcional esa salida resulta interesante, responde a un plan y deja abierto el juego de sorpresas que puede deparar cada una de las estaciones. Depende del humor del noruego patrón de la tienda de ultramarinos, algo menos del estanco de la prensa siempre activo y nada del pan tradicional. Con los parroquianos de La Fragata jamás se sabe, la alta temporada no intimida a los habitantes de la urbanización.

Nuestra calle separada del corazón del complejo es tranquila y cruzando dos esquinas uno se topa con la avenida circunvalación de tránsito intenso, semáforos para ciclistas, pequeños comercios que durante el verano adquieren la impudicia de bazar desordenado, la exhibición regida por el criterio del amontonamiento hace perder calidez a los locales más elegantes necesitados de facturar mucho en pocas semanas. La cercanía de un conjunto de ruinas -calificadas de excepcionales por cuanto guía de la región conozco y cuanta comisión de arqueólogos que se llega al lugar- logra que cada turista rondando por las inmediaciones, sudoroso por horas de conducir en el sopor e ignorante de la historia, se llegue a contemplar desde adentro el paisaje de las ruinas romanas, para regocijo de vendedores de cerveza en lata y calamares embebidos en aceite.

El conjunto justifica su fama, a pesar de dar la sensación de haber sido concebido como enclave estratégico, lugar de paso

que sin llegar a ser villa al menos susurra la posibilidad tangible de que allí se erigía una ciudad perteneciente al imperio, que era vivir en un enclave eterno. Las ruinas están en el centro de la verdadera ciudad que fuera construida y terminó sofocando esa rebelión de piedras intemporales. De tal manera organizada, entre la roca emanando de las profundidades y una leve pendiente apropiada para una batalla de infanterías irreconciliables, que pudo, con el paso de los siglos, dotarse de una soledad adecuada a su prestigio.

Con buen tino y antes por imposición de arquitectos imperiales, las autoridades locales crearon una zona de demarcación con parking alejado donde rotan autocares, caravanas, vehículos de toda clase provenientes del continente. Llegan caucásicos de la tercera edad, jovencitas nórdicas con zapatones y camisetas estampadas, japoneses con guías en la mano, botellines de agua mineral, doblados por estructuras de aluminio pesadísimas de las que cuelgan cantimploras y bolsos con galletas. Si se logra superar esa variante de salón del camping, pueden encontrarse restos de un templete de modestas dimensiones levantado a la veneración de un dios desconocido; luego profanado por indicios de un culto del que no tengo conocimiento, exceptuando que advierto su presencia. Excavadas en la piedra asoman restos de casas antiquísimas y fosas con inscripciones en un latín, dicen los entendidos, degenerado por la lejanía del centro del imperio; lengua traída hasta la

última costa por legionarios más tentados por burdeles que por la retórica de Cicerón.

La perla del conjunto es lo que resta del acueducto original, un trazado magnífico de unos sesenta metros con inclinación, como si fuera el fragmento sobreviviente de un gigantesco círculo ritual de piedra que abarcara la totalidad de la tierra y el océano, de unos veinte metros de altura y conservado en perfecto estado; dos aspectos de la construcción me intrigaron desde la primera vez que la descubrí. Imposible concebir la continuidad lógica del acueducto en el paisaje visible, de acuerdo a mis cálculos de geómetra aficionado, esa construcción no viene de ningún lado y es insensato que tenga un destino final, al menos que se conciba una cabeza de puente imaginario hacia regiones de pesadilla. Si se ensaya un trazado de continuidad y considerando el fragmento expuesto, ni en la más osada de las hipótesis puede avanzarse sin el riesgo de caer en la nada unos metros abajo; tiene los fundamentos que supongo más profundos que la altura comprobable y en plena piedra, como si por allí corriera el agua perpetua imprescindible para Salamanca y barriadas desfavorecidas de Barcino. El segundo, es que me cuesta aceptar la verdad resultante de la sencilla evolución de estructuras. Alguien concibió ese fragmento de un todo inexistente y sabiendo desde el primer adoquín que sería una ruina sin finalidad. Es acueducto real y escenografía, camuflaje del imperio ansioso de marcar fronteras más alejadas, dotado no obstante de las defensas posibles para

establecer sin más, que por allí también pasa otro río ficticio que desemboca en las colinas de Roma. El tramo está cortado de tal manera, con limpieza acerada sin imperfecciones, que brinda la ilusión del paso de las eras y estar pendiente del equilibrio de azarosa apariencia. Tiene la belleza inherente a lo imprevisto, la perfección de rarísimas construcciones que por razones oscuras logran salvarse de catástrofes naturales y la depredación de bombarderos británicos.

No es de Roma inexistente en sus ruinas de lo que pienso escribir y para meditar de eso otro hoy es demasiado tarde. Alguien abre la puerta de calle, es la señora de la limpieza.

## X

Tenía que sucederme, el pensamiento avanza más rápido que la mano que piensa estar escribiendo, ayer quise organizar una escena y me despisté, me faltó tiempo para retomar la continuidad. Ello sucede cuando hay interferencias de la vida cotidiana, lo mismo me ocurre en la consulta y cuando opero, necesito concentración completa. Con las escenas distantes y portadoras de alguna felicidad tengo menos conflictos, puedo concentrarme y me controlo poniendo por testigo la caja Gallarate que aniquila veleidades de divagación. Lo sucedido anteayer durante la salida matinal y que ayer desplazé me parece relevante, trataré de sacármelo de encima evitando acumular retrasos en el plan fijado.

Algo extraño aconteció en la excursión y la sorpresa fue que no ocurrió en el salón de prensa ni la tienda del noruego, que prometió novedades maravillosas para la semana entrante. Ayer quedé en que, luego de caminar menos de un kilómetro llegué al borde de la ruta de circunvalación, me distancié de la multitud y con la prensa en el bolso apuré la marcha. Llegar a la placita de las palmeras, atravesar la galería de las arcadas, entrar en el barrio de los embarcaderos, la rutina. Somos varios quienes llegamos los domingos al mostrador de la Fragata, fue lo más parecido que encontré en los parajes a

los boliches montevideanos, bares con olor de creolina y mortadela rancia, orín de gato castrado y ceniceros repletos de colillas de la zona portuaria donde pasé mi infancia. El dueño es un cordobés viejo y astuto, tiene un lejano parecido a los gallegos como mi padre. En el pelotón de los parroquianos de verano yo juego el rol del doctor en medicina como me aclaró el patrón, deduciéndolo por mi manía de usar camisas blancas. Durante las mañanas en La Fragata se sirve café y copas, se llenan boletas de loterías, padeciendo la televisión de continuo en la cadena deportiva y por fortuna sin audio. Golf, ciclismo, balón mano y deportes mecánicos en alto porcentaje, motos, lanchas, rally y Fórmula 1.

Anteayer yo leía por arriba El País de los domingos, hace tiempo que perdí la costumbre terminada en decepción de buscar información sobre mi país natal en la prensa, es como si contemplara en pocos minutos el espectáculo del mundo y la ansiedad hubiera dejado de asediarme. En eso estaba cuando él se me acercó, siempre lo miraba dando vueltas y si bien nunca pregunté, había escuchado comentarios referidos a ese hombre joven que tenía las facultades mentales alteradas. Le llamaban loco Lugo porque le contaba a todo el mundo en plan confidencia que era hijo de una millonaria dueña de fincas enormes oriunda de Lugo. La mujer no podía reconocerlo porque el padre era su abuelo o su tío, un pesado secreto de familia que se adelantó al paradigma Chinatown El muchacho pasaba el tiempo en el barrio del embarcadero, dormía en un lugar desconocido y distante, con el amanecer



llegaba y cuando caía el sol se marchaba apurado cercado por temores asociados a la noche, aunque lo invitaran a beber vino. Como sucede con los desequilibrados de hábitos sedentarios, al comienzo su presencia era molesta y con el paso de las semanas se convirtió en compañía discreta; pasó el tramo de ser bufón para ganarse un compasivo respeto, los pescadores lo dejan trabajar descargando cajones, le regalaban un besugo envuelto en papel de periódico y los comerciantes le encomendaban tareas que cumplía con eficacia dentro de sus límites.

Nunca se mostró irascible ni afecto a ostensibles desafueros sexuales que podrían suponerse, a pesar de algunas turistas con las lolas al aire como se ven en agosto; el mal que lo habita se advierte en lo insólito de su indumentaria que nunca tiene aspecto de sucio, algunos domingos llega a La Fragata y se queda horas mirando televisión, divirtiéndose como un niño festejando cualquier resolución de competencia y en la práctica de deportes insólitos. Lo entusiasma la lucha libre donde creo saber que ciertos enmascarados justicieros gozan de su simpatía. Después de coincidir algunas temporadas en La Fragata el domingo pasado por primera vez que se me acercó con intención de dirigirme la palabra, adivinando que estaba en un proyecto de peligroso equilibrio emocional.

- ¿Me permite doctor?, me dijo con aire respetuoso; logró sorprenderme, pero igual lo invité a sentarse a mi lado.

Le pregunté si quería tomar algo, él balbuceó una tenue explicación sobre los estragos del alcohol en la familia, una

psiquis atormentada y se decidió por una naranjada con burbujitas; era claro que no estaba frente a un paciente normal para invitarlo con el usual usted dirá. Le dejé a mano las revistas y suplementos de colores, durante unos minutos el muchacho miraba por los ventanales esperando el barco alucinado a la deriva, como si lo único que necesitara fuera estar ahí conmigo, sentado sin hablar, un domingo de agosto, al final de la mañana, haciendo tertulia muda con un apenas conocido en el puente de mando de La Fragata.

Dejé que los minutos pasaran, si la situación tenía algo de original tampoco llegaba a incomodarme, sentía al contrario una empatía carente de reflejos defensivos. El patrón trajo hasta la mesa la naranjada y otro vermú para darme coraje, los parroquianos nos miraban sin conmiseración ni sarcasmo, aceptando que el tonto del lugar estaba en buenas manos. Anteayer era el día de mi turno de acompañarlo y debía aceptarlo como un privilegio, estaba viviendo uno de los episodios de La Fragata reservado a los iniciados. Se trataba de un gesto de confianza, como cuando el patrón me pide que lo ayude a encontrar números para la lotería primitiva y le explique el billar a tres bandas o los rudimentos del béisbol, que son para mi un misterio más insondable que las cabezas en piedra de la isla de Pascua.

Temía estar obligando a escuchar un folletón triste sobre una familia de Lugo y me equivoqué, el muchacho no parecía estar preparándose para contar un relato familiar sino reclutando fuerzas para hacer una declaración seria.

-Sin ofenderlo doctor, quiero decirle algo, siguió luego del largo silencio.

-Para nada, adelante... quienes venimos a La Fragata estamos dispuestos a la conversación, somos parroquianos fieles. Con el Comodoro que tenemos estamos curados de espanto, acostumbrados a la imaginación dije y señalé con la cabeza hacia el mostrador como si el loco fuera el patrón, que traía de la trastienda unos bocadillos de chorizo a tres pescadores de otro puerto al norte que bebían cerveza desde temprano.

Mi llamada a la complicidad logró relajarlo, hasta sonrió, me miró a los ojos y empezó sin rodeos a decir lo que tenía preparado quién sabe desde cuando.

-Doctor, atención, es peligroso embarcarse a la apurada. El remolcador de la memoria termina naufragando. Tampoco lleve el diario de a bordo de tamaña travesía, contétese con lo visto y el silencio. Hay otro barco parecido al suyo y lo está esperando allá. Es imprudente querer saber más, lleva a la locura. Le quedan tres domingos de agosto, el año próximo me gustaría volver a verlo por aquí, sabiendo que halló el bote de salvación a tiempo. Me despido, el loco Lugo le agradece la naranjada.

Sin torpeza, con gestos que decían de una rigurosa educación se levantó y avanzó hasta quedar enfrentado al televisor a tiempo para festejar un tanto discutido de wáter polo. Miré por la ventana por si estábamos en el mismo lugar pensando en coincidencias inconcebibles y tomé mi vermú

hasta terminar el contenido del vaso, en los instantes inmediatos me obligué a olvidar lo escuchado.

Fue ayer de mañana cuando y a sabiendas me quedé sin tiempo para reflexionar sobre ese extraño encuentro, mientras me extraviaba con la continuidad aberrante del acueducto romano. Ahora que lo pienso, lo dicho por el loco Lugo adivinaba casualidades, ritmos de vida privada así salidos de manera ilógica que debían afectarme. Casualidad de alienado, advertencias como ya nadie cree sus palabras me llegan a la meditación con efecto retardado y vinculado con lo sucedido después.

Dejé pasar unos minutos y terminé el aperitivo. Junté la prensa sin abrir dispersa sobre la mesa, fui hasta el mostrador a pagarle el patrón que nos había visto conversar.

Me pareció indelicado obviar referencias al episodio que más me comprometía con el viaje alucinante en La Fragata.

-Es cierto doctor, algunos estamos condenados por las circunstancias de la vida.

-Claro, una madre secreta y rica, dije, suponiendo el conocimiento de una historia repetida en el lugar.

-Hombre, lo de la millonaria de Lugo es una patraña inventada por el muchacho, contada con tanta convicción que terminamos creyéndola. ¿Quién no termina inventando ocurridos sobre los años pasados? A usted que tiene una mente científica puedo confiarle la verdad. El muchacho quedó así porque la abuela era bruja, al querer sanarlo de una enfermedad que la mujer tomó por maldición algo falló y el

trabajo terminó mal. Fue eso, en cuanto a lo de Lugo es por Lugo.

-Ahora me va a decir que usted cree en brujerías.

-Vengo de regiones gitanas y nada me asombra. Usted que es doctor y conoce la mente debería creer más que yo, que soy un pobre hombre. Ignoro lo que le dijo en la mesa, seguro que está relacionado con algo íntimo en su vida, de antes o después.

Moví la cabeza para sugerir un puede ser y me despedí de los parroquiano, los pescadores bebedores de cerveza se habían marchado. De la Fragata fui a lo del noruego; descorazonado, el gigante me explicó que si buscaba una mercancía especial tendría que esperar hasta el otro domingo, al parecer si ciertos datos de confirmaban, en los próximos días llegaría a Vigo un carguero proveniente de Oriente y por la ruta larga.

## XI

A pesar del rodeo que intento, me hallo más acorralado cada mañana entre historias de pronto alucinantes y la evocación de Montevideo. La memoria inicial que es del mismo signo y naturaleza, que voy leyendo en un derecho y revés alternado como el Tarot, sin que pueda asegurarse cuál es uno y cuál otro, si soy yo quien descifra u otro consultante buscando la trama secreta de los hechos. De los episodios cotidianos lo que me afecta es lo inesperado que fuga de mi programa, como pasó con el loco Lugo el último domingo.

Busco en la memoria sucesos excepcionales que expliquen mi deseo de viajar a la Ínsula Escritura. En esencia ella guarda información sobre mi vida, los resultados de las expediciones son magros y decepcionantes; olvidando que se trata de mi vida estoy en condiciones de efectuar una evaluación objetiva y el balance, desalentador de antemano, supone aventurarse sobre una planicie sin accidentes incitando la curiosidad. Es triste admitirlo, de los episodios aislables ninguno merecería ser agregado a la caja de zapatos.

Me da por creer que es a esa Escritura sin palabras que quisiera llegar y nada de esto tiene sentido porque la isla ya existe. Lo que quisiera escribir está escrito, el sentido es el arreglo de mi meditación veraniega y el plan, el intento y el deseo: soy un personaje excluido cuya existencia puede

probarse sólo fuera del texto y sobre cartografías accidentales que están en juego.

Para quienes vivimos alguna vez allí el lugar tiene una potencia interna tan fuerte que lo vuelve inconfundible con los años, puede prescindir de descripciones. Es lo obvio que acaba por olvidarse a fuerza de sobreentendidos, tan así que para el conjunto de la humanidad sin implicar, esa millonésima parte de la Creación es entrada de diccionario remontando a raíces latinas. Nombre de capital, país reciente de garganta indígena, capital cabeza reventando a fuerza de roer sus entrañas, como si una rata furiosa se debatiera en su interior buscando salir de cualquier manera. Con el correr de los siglos, si logramos sobrevivir los vientos de la historia y la codicia de los reinos vecinos el equívoco probablemente se diluya. Las señas exteriores de identidad fueron débiles desde el comienzo como de parto prematuro; si a la distancia dudo sobre la existencia de la ciudad donde nací, la reconstruyo en la mirada de los muertos.

Busco esa complicidad desprejuiciada en anticuarios y recorriendo dibujos ilustrando textos de viajeros de siglos pasados. Hombres de variadas nacionalidades, ávidos por saber cómo al Sur del globo se llenaban huecos de las ciencias naturales. Bestiarios a inventar, escalas racionales de evolución, formas vegetales intrincadas, parajes buenos para el comercio y extraviarse; enloquecer, enviar misivas disparatadas a sociedades prestigiosas y serias falseando datos, cifras y la promesa de conocer lo insensato de

pretender atribuirle fronteras a la ciencia. ¿Qué imán de la ignorancia a satisfacer existía en esa región para que llegaran hombres como Darwin, Bonpland y Humboldt? ¿Qué interrogación sobre ellos mismos buscaban y querían abandonar pagando el precio de una raíz, una flor carnívora y el vertebrado fantástico como la Licorne?

Luego de años de frecuentar estampas aproximativas me hallo capacitado para marcar una diferencia; si bien los cuadros de costumbres, la reseña confusa de los tipos humanos, vestimentas y objetos tienden a la exageración cuando no al error grosero la ensenada fue paisaje que impresionó sin excepción. La bahía de Montevideo es anfiteatro romano de la tetralogía conspirándose en círculos secretos, de preferencia el punto de vista localizado a la altura de cubiertas de proa y grandes veleros. La fijación es obsesiva, descartaron el collar de playas hasta la costa del Brasil, exceptuando la oportunidad de referir en tanto testigo un naufragio en aguas de Maldonado, donde hay corrientes capaces de extraviar a los prácticos experimentados. Es utilizada como entorno secundario para la mirada adiestrada a evaluar ensenadas en los mares del norte. Lo que parece llamarles la atención es una anomalía del terreno, hacia la izquierda del viajero que llega de puertos del norte y contempla la ciudad desde el mar como la vieron los primeros navegantes y salteadores.

Es la silueta de un cerro de poco más de cien metros de altura, ese promontorio aislado es un error, existen sin duda



razones justificándolo geológicamente que se eclipsan ante hipótesis azarosas y estéticas, la naturaleza dispuso allí una falla invertida marcando a quienes se atrevan a ir más lejos un lugar inconfundible. Elevación pequeña queriendo impresionar a las divinidades y desafiar a hombres nacidos en la montaña, su soledad maravilla desorienta. Sino del espíritu de los habitantes de la ciudad que se despliega luego, la ausencia en el horizonte de otras colinas similares como se observa en los altos de Roma tiene algo de monstruoso. Montevideo es la soledad del cerro marginado de la cordillera cercana, destino de soledad al borde de la muy fiel y reconquistadora plaza fuerte de San Felipe y Santiago, bulto geológico, verruga de lava, absceso o cuerpo de una araña emergiendo y reflejos del agua irisando la tela. La ciudad es cautiva del monstruoso insecto inmóvil que le chupa energía como en cuento de horror, cola de escorpión planetario y traza emergente del pulpo monstruoso, esa soledad universal y ontológica descuella aunque se revisen al descuido carpetas de litografías.

Las reconozco de inmediato, es imposible salteármelas sin adivinar la leyenda: Vista de la Bahía de Montevideo. Algo invisible de ese paisaje de cuando no estábamos nosotros atrapó a naturalistas y grabadores, que lo registraron como si se tratara de proyecciones de la sexta torre de Babel, en el enclave estratégico para un proyecto futuro y secreto. Es poco para justificar la recurrencia al criterio geográfico y recordar que era el Monte VI que aficionaban capitanes bordeando la

costa atlántica en la ruta hacia el sur. Tampoco es finalidad de peregrinación siendo tierra sin leyenda, dioses ni obras descomunales invocando otra civilización desaparecida. Ignoro lo que pueda haber en el subsuelo, acaso un mineral escaso y valioso, raro y magnético que explique su destaque perseverante en cartas de navegación. Acepté con el paso del tiempo que ese exceso de interés era un resorte interior mío, que cada uno se construye con el auxilio del testimonio de cómplices su propia pinacoteca de fantasmas.

En una visita que hice a Aviñón, paseándome por el interior de las murallas del antiguo papado convertidas en atracción turística, hace de eso unos años, di con un local de papeles antiguos. Me detuve cuando advertí en la vidriera los dos volúmenes de la primera edición de "The Purple Land that England Lost" de W. H. Hudson del año 1885, que me recordó orígenes duales más relacionados a la barbarie que a la civilización. Deduje que el encargado, además de conocer las primeras ediciones de Stendhal tendría noticias también de los papeles del Río de la Plata. Los libros me resultaban indiferentes y fui al rincón de ilustraciones, postales y litografías comportándome como un rastreador de animales. Mentiría si digo que pasé una hora revolviendo carpetas, sabía a lo que iba, sin excitaciones aparté de los estantes una carpeta bordó y la deposité sobre la mesita, deshice los nudos de las cintas de seda y abrí al azar –que no resultó tal- para encontrar un grabado que parecía esperarme y adquirí a precio razonable sin llegar a ser un negocio.

Era obra de un artista menor "excesivamente imaginativo" como dijo la propietaria, la muchacha que se vestía a la moda de hace cuarenta años y con serios conocimientos del oficio como si hubiera vivido más de un siglo de vida intelectual. Ante el trabajo hallado y el desajuste en el aspecto de la muchacha, se procesaba una atmósfera seductora de la cual participaban la proximidad de las murallas de Aviñón. En la misma carpeta y del mismo artista había otras obras más límpidas y prolijas.

-Como puede apreciar se trata de motivos sencillos, limitándose a describir la vida cotidiana y rústica, realizados con la limpieza y gracia que parecen la obra de otro hombre distinto del viajero. Observe las afueras de este villorrio alpino, es una delicia de clima primitivo... la elección es difícil y usted tiene la última palabra.

Estaba allí fuera del tiempo por la pequeña pieza del grabado y por razones que ella jamás entendería, aunque temí que las conociera buscando disuadirme de mi decisión emotiva. Cotejada con cualquiera de las otras planchas dispuestas sobre la mesa mi preferida parecía obra de otro alienado de la familia del loco Lugo, resultado de un momento crítico de perturbación.

El cerro era inconfundible, respetaba los grados de la triangulación natural y sólo podía ser la representación de mi ciudad en el paisaje americano. La fecha de 1803 garabateada con tinta descompuesta por el tiempo me confirmaba lo peligroso de las coincidencias. Lo que observé, temiendo a mi

propia corazonada fue el despliegue sobre la costa de construcciones y fortificaciones, durante el bombardeo por una flotilla con banderas confusas en la humareda de cañones de estribor. El artista parecía haberse extraviado imaginando la forma del futuro desde un pasado donde la gente moría por la peste; en esa controversia temporal yo, conociendo los perfiles del cerro y la ciudad, sabía que su evolución tenía más de violencia de ilustrador anónimo que de esa falsa calma bucólica, insinuada por los clásicos de las estampas.

A Montevideo le sería negado en el futuro ser embarcadero de taciturnos jóvenes emprendedores llegados desde lejos, indígenas quemados de alcohol y resignados a ser modelos de dandi, ávidos de transmitir el exotismo y marinos cargando sacos de especies en bodegas con destinación a Hamburgo. Nunca sería eso para parecerse a una ciudad desvalida por la violencia. Después que pasaron algunos años y confirmado el furioso ataque de la colonia rechazado a tiempo, me da por pensar que el autor debió abrir en un pasadizo del tiempo la caja Gallarate que testimonia el Apocalipsis de la ciudad. Como si se tratara de un texto maldito, trazando en esos gestos separados por la historia una continuidad secreta y prolongación de pesadilla a lo largo de los siglos, un proceso del cual menos logro ubicar la hora de comienzo y el minuto final. Acaso se trata de un plan único que se fue concretando, concebido cuando por vez primera alguien vio -desde el mar encrespado- la soledad del Cerro creyéndolo manifestación

diabólica, condenando a la región a quedar fuera de todo plan de redención.

Estos últimos días acicateado por la coincidencia, leí la litografía restaurado y que por cábala me acompaña en mis desplazamientos como un viejo amuleto. Entre el estruendo audible y nubes del cielo de la pólvora, atento a la destrucción de objetos alcanzados por el artillero me pareció reconocer una silueta de construcciones contemporáneas. Ello debe atribuírsele al cansancio, resultado de un año de trabajo, la ida y vuelta con Eulogio... estos madrugones preparando el viaje entre sueño y vigilia, mi conocimiento somero del secreto del Cerro. De eso sí me acuerdo, recuerdo anterior a la conciencia de la memoria debe estar localizado entre los tres y los cuatros años, trabado entre los umbrales de la percepción y la rutina; cuando podía ser capaz de elaborar esa visión por mí mismo una secuencia afectiva se interrumpió.

El Cerro era un barrio popular y trabajador donde organizaban huelgas los obreros de los frigoríficos, cada tanto levantaban barricadas en los puentes para aislar la zona e impedirle el paso a la caballada de los coraceros. El asfalto de la avenida Carlos María Ramírez era el acceso directo entre la ciudad mecida por la costa y la Villa del Cerro. Montevideo es uno de los casos extraños donde la Acrópolis fue despreciada por la clase pudiente, para dejar que creciera allí un barrio modesto de trabajadores; a los adinerados criollos les resultó indiferente cuando se decidió la trama urbana tener una visión

estratégica del sitio que dominan. La ciudad es una novela: la mayoría de los habitantes mirábamos Montevideo desde lo alto cuando, en la continuidad de los cursos escolares íbamos en excursión a visitar la fortaleza del faro que domina la cumbre y que en el proyecto que descubrí resultó inservible. Mi situación era diferente; desde la ciudad Vieja donde vivíamos, desde la plataforma flotante del Club Guruyú donde aprendí a nadar, desde la línea de la escollera Sarandí cuando pasaba los sábados de meses soleados pensando estar en la tangente del mundo, miraba cada día la silueta del Cerro como si fuera un castillo lejano y yo el agrimensor contratado venido de lejos.

Algunas veces me llevaron a visitar a las parientas del Cerro; jamás conocí en detalle el vínculo de parentesco que nos unía con esas mujeres, supongo que venía por el lado de una de mis tías abuelas, rama de primos que formaron familia con criollos en grado lejano y haciendo innecesario un contacto permanente, con uno era suficiente justificando organizar visitas esporádicas. De eso se encargaba mi madre mediante un complejo mecanismo de comunicación incluyendo vecinos y almacenes con teléfono público, así era que concertaba la visita formal a las parientas del Cerro. Fueron pocas esas expediciones que recuerde, coincidirían con el comienzo de una estación, primavera, puede que cerca de navidad, una vez al año creo. Íbamos en tranvía hasta el centro y después subíamos al 125 que era el único ómnibus

que se aproximaba al trayecto para llegar hasta la casa de las primas.

Luego de deambular por barrios que parecían desprenderse de la ciudad, cruzábamos el puente de las barricadas, pasábamos el olor a podrido de alguna curtiembre, descubríamos el otro mar y la chimenea con la llama perenne de la refinería de petróleo dando la ilusión de tener un subsuelo con líquido negro. Sentía el traqueteo del motor Leyland iniciando la ascensión de la calle adoquinada, con mamá bajábamos alguna parada antes del destino y subíamos la ladera por trechos adoquinado. A uno y otro lado había veredas inclinadas, jardincitos con macetas y flores, higueras que desbordaban alambrados, viejos en pantuflas tomando mate sentados en la vereda en la silla del living, perros ladrando entrenados para ahuyentar forasteros, visitantes esporádicos como nosotros que trepaban la cuesta una vez cada tantos meses.

No sé por qué, de todos los nombres de las calles del Cerro y que asocio con ese recuerdo el único que reaparece es Bélgica. Las parientas del Cerro eran tres mujeres que vivían en la misma casa, las unía un tramado de parentesco entre lejanía y adopción, maternidad natural y orfandad, ahijadas confusas y muchachas criadas venidas del interior del país. Cuando llegábamos a la casa -digamos que en la calle Bélgica- yo deslumbrado por la caminata y que me las hacía aparecer en primera impresión sombras deformadas, ellas me saludaban como si fuera su hijo adoptado. Tenían preparada

mi merienda desde horas antes, una mesita repleta de pastelería casera que suponían sería de mi agrado.

Ello sucedía en una vigilancia de mis gestos de reacción, hasta que consideraban que había comido ese día lo suficiente para escapar a los estragos de la tuberculosis, bacilo que había fulminado al hijo de una vecina de la otra cuadra. Luego, me dejaban sentado en el escalón de hormigón entre la casa y el jardín, parecido a un fondo y se internaban en sus propios asuntos. Mi infancia fue un lento acostumbrarme al universo mirándolo sentado en una serie infinita de escalones, punto de vista de un observatorio modesto e intermediario, tránsito entre instancias que ignoraba y me eran indiferentes, a pesar de la incidencia que todavía resuena, como lo prueba este recuerdo. Desde entonces pienso y vivo en ese escalón que vincula la casa con la vereda.

Las escaleras pueden ser de caracol como las que llevan a la lámpara de los faros o automáticas movidas por mecanismos ocultos de juguetería, otras veces creo que es la escalera de casa; temo volverme para comprobarlo, siento que son peldaños excavados en la roca delante de un mar: me abrazo a las piernas de padre que pesca paciente sin que adivine sus pensamientos, yo desde mi escalón de arena y él mirando el río teniendo el horizonte como rivera opuesta. En algunos sueños estoy sentado en un escalón intangible, en otros soy yo el escalón y así podría pasarme años en el primer escalón siendo suficiente a la espera del último peldaño.



De las mujeres vuelven detalles, con un eco difuso sus voces, rasgos y la manera de vestirse las recuerdo como una extraña unidad. Son la diferencia entre el resplandor solar sobre adoquines de la calle en subida y sombras ocres, disponiendo para mí y sobre un mantel celeste, bordado a mano con motivos de pájaros, biscochos horneados y azucarados con gusto a vainilla y anís, miel y dulce de membrillo. Podría tentar una definición de aquellas escenas fantasmagóricas siendo esfuerzo innecesario, ejercicio de imaginación para un recuerdo incierto que adquirió categoría de eficaz, escena clave cuando compré la litografía en Aviñón. Incidencia reafirmada en el viaje de febrero, observada en la lectura de la caja de zapatos y conducente a una simplificación del pasado, resultado final luego de complejas operaciones matemáticas. En tanto fórmula Montevideo está en el Cerro que es modelo reducido de la ciudad, lo contiene en el nombre e ideogramas firmados por los viajeros: es mi recuerdo de antes de la infancia, yendo a visitar a las tres parientas lejanas escalando veredas empinadas.

Esa única escena que evoco, modelo de varias visitas tiene consistencia de primer recuerdo donde tengo conciencia del cuerpo. Es de la misma materia de eso que fluye en la meditación preparando el viaje a Escritura, isla a la que me dirijo con aprehensión. Alguna vez llegué a pensar que la historia de las tres parientas nunca existió, que es recuerdo atribuible a un cuento de otro que leí con tal compenetración que me la apropié haciéndola recuerdo propio. Si hubiera

obrado de esa manera mi cabeza no habría dudado sobre las informaciones periféricas; además de la ilusión Bélgica recordaría los nombres de las tres mujeres y sus apodos, la fragancia del agua florida que usaban cuando recibían visitas, el corte y color de las polleras y vestidos.

Ningún narrador pudo inventar un personaje infantil sentado en un escalón mirando pasar la gente sobre un plano reclinado, indagando un camino de hormigas; alguien curioso por el murmullo de cuatro voces femeninas hablando respetando pausas y en la misma tonalidad, tomando té y mate dulce en la cocina, poniéndose al tanto de lo sucedido desde el último encuentro, hace una punta de meses y hacer con ello la escena primera de algo que vale la pena retener.

El domingo que viene iré a La Fragata más temprano, si está por ahí invitaré al loco Lugo a tomar una naranjada y le contará yo el sueño con parientas extravagantes que vivían en el Cerro sobre la calla Bélgica. Con suerte puede que esté en vena y me retribuya narrándome la historia de la madre, que tuvo serios problemas de familia siendo casi una niña crecida.

## XII

Mi salida fue inoportuna en destiempo histórico y personal, la decisión de mis padre hizo que una vez lejos lo sucedido en el barrio del Cerro me afectara parcialmente, así pueden comprenderse las condiciones remontando en el tiempo y que tenían origen lejos de la ciudad donde nací. Si mis padres marchándose regresaban yo tenía un pasado equiparable a la memoria, el porvenir a construir, la imagen difusa de pocos amigos y un proyecto aproximativo.

Tampoco me opuse con firmeza a la separación, el compromiso con el cambio de la sociedad era parcial rondando la simpatía, La única verdad es que carecía de raíces, siendo un jazmín del aire floreciendo en una juventud marchando a la derrota sin admitirlo, condenada a marchitarse por falta de agua y filamentos conectados a tierra. Era de un lugar sin serlo totalmente, la historia patria aprendida en la escuela me interesaba ocasionalmente, la suponía de otro país del que habitaba y mi pasado en relación al Uruguay era antiguo como la edad que tenía. Quería, sin haberlo comprendido mi familia, abarcar un compromiso que afectara a todo un continente, un ser expansivo asimilando culturas diferentes y estaba dispuesto

a cambiar el espejo comprometido que me tocó en suerte por la solidaridad.

Con mi inestabilidad emotiva más la inseguridad, tendía a la ficción de interpretar deseos revulsivos y la vida de otros. Creía que la osadía era suficiente, adopté melodías y estrofas de otros, hablando sobre las causas de sus luchas con certeza insostenible para entender traiciones de mi barrio, de la manzana donde vivía. Nunca entendí ese excedente de comprensión y agitación distante, tal capacidad de entendimiento sobre lo sucedido afuera, la naturalidad de solidaridad con marginales de Maracaibo. Era el temor a aceptar que vivimos un período de evanescencia y la manera de pagar una culpa sin identificar, ello es más desatinado y en la madurez tardía llega al ridículo retrospectivo. Aquel inexistente, que quiso participar de cambios radicales, creyendo tener a su favor la vida eterna para acompañar los procesos que fueran necesarios, resultó ser este alguien que ahora piensa en redactar, medita, indaga las razones del deseo y lo que vale la pena dejar por escrito. Busca como creyente de supersticiones conjurar la versión encerrada en una caja de zapatos Gallarate, que adquiere aspecto de objeto condenado e inventario maldecido.

Habiéndome sentido dispuesto a enrolarme allí donde fuera sin peligro de perder la vida, con tal de que la victoria resultara asegurada y más si era avanzada por otros, mal

pude digerir la angustia militante con su antídoto de cinismo, la incertidumbre y ganas de pelear contra la esquizofrenia de la soledad. Mal tardío que comienza a cercarme en horas cuando se verifica el cruce de luz y oscuridad, el eterno inmutable mofándose de calendarios humanos que podamos proponerle. Luego de despreciar la palabra poética por blanda e ineficaz, haberla condenado en favor de formas de contacto revulsivas y próximas, confrontado al magma del pasado, hallo en el gesto de pasar pensamientos el alivio espiritual permitiéndome seguir adelante.

Estoy salvado, cuento mi supervivencia y olvido la historia de los muertos por mi propia causa, sin preguntarme dónde está el derecho para justificar mi salvación y no la de ellos. El láudano providencial ante derivaciones de historias incomprensibles para mi pensamiento, impensables en la juventud, mientras conocía el destino continental siendo incapaz de configurar el futuro de mi cuerpo, aquél espíritu que decidía con arrogancia sobre el porvenir floreciente de poblaciones enteras. Ese yo soporta apenas el silencio nocturno y el murmullo de su meditación, el dolor por la ausencia de los pocos amigos residuales de la juventud.

Algo ocurrió en las últimas horas, me sentí derrotado prematuramente y tejí una coraza de convencimientos más briosos que el poder de la hipocresía, que tiene la virtud relativa de desplazarse lentamente. Fueron muchas las vidas que pretendí vivir en pocos años, faltando espacio para el juego de universos paralelos, confinado en la terraza, igual

que un coleóptero en una caja con vidrios intermediando un paisaje decorativo y la obstinada meditación sobre Escritura, llevándome de un puerto a otro, tengo la ilusión de hallar un muelle de equilibrio.

Me resisto a terminar abrazando la caja de zapatos gritando que alguien ha muerto y mantengo la razón, prefiero creer que es otro yo que murió sin que me resta nada de él, excepto el cuerpo y los recuerdos. Dicho yo equidistante decidió retener las amarras de cierta coherencia, cabos que lo atan al trabajo y un proyecto, a seres que le importan. En la caja de zapatos, llegan a la orilla de responsabilidades residuos del naufragio atlántico del cual escapé por milagro. Maderas y objetos, restos informes pertenecientes al navío donde hace años permanezco embarcado y navegando sin tregua. Como un ataúd flotante, la caja de cartón Gallarate demuestra que el barco existió antes de hundirse y con tripulación a bordo. Objeto que debería pertenecer al sueño, escándalo llegando al presente luego de viajar por el tiempo, prueba que estuve allá y puede ayudarme a salvarme, copiloto necesario para emprender el viaje a Escritura; por si emerge el cuerpo diezmado de cicatrices del ahogado, escoltada por fantasmas y aparece al otro lado de los cristales. Como si estuviera en un aparato construido para soportar la inmersión hasta los abismos de fondo, el barro último y primordial del Río de la Plata.



### **XIII**

Cuando la familia bajó del barco en Vigo comenzó a funcionar una organización discreta de parientes y allegados; fue hasta entonces que comprendí la forma en que mi padre había ocultado los contactos con su propia historia pues, que yo recordara de la infancia llegaban pocas cartas provenientes de Galicia. Entendí que durante años él canceló gran parte de su vida afectiva y tenía planes en latencia, recuerdo que evitaba consolidar la cordialidad de los vecinos en una amistad avanzada; en especial los de ascendencia italiana, que hacían del encontrarse algo necesario a la salud del cuerpo y espíritu, dispuestos a resolver una síntesis de generaciones peregrinas.

Los otros no sé y cómo sólo puedo hablar de mi familia, el intento estaba destinado a la frustración. La comunicación con esa trama humana, comenzada a descubrir entre bultos y pasajeros en los muelles de Vigo, parecía haberse sostenido con un contacto escuetísimo; como sucedía con unas lejanas parientas del Cerro, tres mujeres cuyo recuerdo definía la extensión de mi familia. Un encuentro al año, la postal para las fiestas, una misiva si alguien viajaba a Europa era suficiente para transmitir noticias esenciales y el resto, sin ripios de sensiblería ni emociones vanas. Vivimos participando del sistema con disciplinada economía de



afectos, recortando la impostación, evitando gratificaciones. Mientras la vida continuaba en territorio colonial, una organización de familia y clan, aldea o nacionalismo comercial se preservaba, algo velado que en mis aspiraciones internacionalistas resultaba inadmisibile por su recato, estaba en movimiento. Luego del descubrimiento fui haciendo el aprendizaje; cuando llegamos a Galicia era un muchacho grande, lo mismo me trataban con distancia entre desconfiados y precavidos, dudando de las secuelas del sur sobre mi persona y ocultaban información, esperando que el tiempo amortiguara los efectos de años viviendo en América, lo incontrolable de haber nacido allá.

La instalación marchó sin inconvenientes como si hubiera sido planeada a la perfección, en poquísimos días se solucionó mi situación académica, fui sensible al rigor y predisposición de la administración; lo mismo con los asuntos legales relacionados a tierras heredadas, la compra de la papelería y el acondicionamiento de la nueva casa. Padre salía por las mañanas temprano, de nochecita regresaba con buena parte de los asuntos solucionados; presentía que él no marchaba a buscar apoyos vagos sino a concretar negocios con paisanos, primos lejanos que hasta su llegada los habían encaminado con anterioridad. A ello contribuía la serenidad de mi madre, que contrariando mis suposiciones de flojera para nada resintió el cambio de vida y esa brutalidad del retorno, por el contrario, parecía de excelente humor; la anomalía era yo. Ellos regresaban, ese

grupo de conocidos los recibía como si la vivencia allá hubiera sido paréntesis calculado y con probabilidades de retorno asegurado.

En su momento se hizo lo necesario y era todo, la vida es gesto de retención, nada de morriña llorona, nostalgias y tonterías aletargantes retardando la aprehensión de la realidad. Había que trabajar de sol a sol hasta que fuera tiempo de regreso, las horas mismas cuando se concretó la decisión paterna. Cuando mis padres me trajeron sabían el efecto de las distancias, lo arduo de mantener contactos con la gente, la fuerza envolvente de lo novedoso para quien parte sin estar convencido que lo hace de forma transitoria. Tuvieron razón, yo era débil e ignoraba las leyes de la navegación, tenía una condición emotiva inestable sin luces de referencia, barco desnortado que se entregó a la primera correntada que lo comprometió. Ilusionado en que lo tenía todo por delante, ni siquiera atiné a tomar el avión y me quedé perdido a bordo, sin saber salir de la zona de máquinas, condenado a seguir la travesía en el funcionamiento de motores bajo la línea de flotación. Entre nostalgia del recuerdo y convicción de presente intenté aferrarme a emociones tangibles, aceptando una sociedad distinta que también era mía por mis padres.

Lo que continúa provocándome espasmos que atribuyo a la memoria genética cuando topa con recodos de la costa gallega. Me aferré a ese razonamiento, dejé correr años de vida, condenándome a ser yo mismo y sólo en situaciones

intermedias, por tiempos limitados. En esa salida terraza equidistante del hogar y la naturaleza, en la hora cuando el reloj acaba de marcar las siete de la mañana, mientras la mente resiente haber trabajado a mayor velocidad de lo aconsejado, viniendo de la memoria y saliendo de pensar para llegar a Escritura, cuando la claridad devuelve la consistencia al mundo que me rodea y la fresquísima ausencia de la noche destila hasta mañana un precipitado de palabras faltantes pues.

Mis padres lograron desinteresarse de los años americanos, renunciaron a cualquier territorio transitorio y así tener que depender de sentimientos breves; habrían advertido en ello un signo de debilidad. Mientras distribuía el tiempo entre reorganizar mi vida, incluyendo el deseo que debí adaptar a normas nuevas y el acento al hablar, conciliaba una estrategia elemental teñida de angustia con el recuerdo persistente de amigos que quedaron atrás. Era previsible que pasara una etapa de exaltación afectiva; luego la distancia real y el empuje de los descubrimientos sucediéndose a diario dilataron los vínculos mediante la extinción sin perspectivas de rescate, pasado el primer año y para mi asombro no sucedieron y por el contrario la defensa que inventé funcionaba bien. Quise creer que había seleccionado los amigos del sobrevivir participando en la comunicación, descartando a quienes el primer olvido se vuelve decepción. El contacto era fluido y sin noticias globales, la información hacía que los mensajes fueran

manifestaciones de sectas espiritistas, claves provenientes de instancias opuestas a la realidad y no de una ciudad localizable a cierto número de horas de vuelo. Cartas, telegramas con errores ortográficos, instantáneas polaroid, postales humorísticas, envíos de paquetes de diarios viejos por barco y demorando seis meses en llegar provocaban coincidencias.

Por ejemplo, cuando con Gustavo nos enviábamos sin saberlo el mismo libro de Cortázar, que se cruzaría hacia el Trópico de Capricornio en bodegas de barcos simultáneos y contradictorios; otras veces el corte del diálogo, el paso del tiempo sin noticia y silencios de disolución provocaban equívocos de frecuencia e interpretación. Como jugadores de ajedrez aficionados enfrascados en una partida infinita por correspondencia, que olvidaron quien debe mover y se proponen reproducir la partida hasta dar con la movida que causó el desajuste, la bifurcación del destino. El vacío regresaba, una úlcera testimoniando a medida que aumentaba mi ansia por tener noticias de los otros, emprendiendo su propio viaje al país de los espectros, suponiendo lo peor, aguardando a que el silencio respondería a razones valederas. En esa economía de la palabra terminaba retaceando detalles de mi vida; algunas veces, para no ofenderlos con logros que suponía excesivos -considerando la situación en la que estaban- como mi semestre de práctica lingüística en Coventry; otras, acobardado por mi apatía, distante a las situaciones vividas

por ellos, consustanciadas de valores próximos y lo vital e ilusorio en cada situación, dejaban la confrontación directa rondando la tristeza. En ese contexto las noticias eran adoquines de palabras y el diálogo reaparecía esporádicamente, sobrenadaban mensajes inseguros de contenido con la finalidad de que hilo, piedra, un pedazo de corcho, algo llegaría a los otros. Seguía conectado por un puente de papel inflamable, el mundo era un caos de papeles, boletines de notas escolares, el primer carné de identidad, postales y cartas discontinuadas buscando la chispa para arder. Desaparecer destruyendo la intermediación, llevándome a aceptar que el pasado dependía de mi memoria y de papeles originales que pudiera concebir. Mi única memoria útil es esta continuidad que supongo escribir hasta que finalicen las vacaciones.

Afuera del gesto de meditación, que no son hechos ni palabras escritas todavía, lo vivido y contado sería inexistente: lo inolvidable que nunca ocurrió. Aquello vislumbrado en la juventud como década de prodigios, evolucionó hacia preámbulos infernales que fueron llegando hasta Montevideo, vía Santiago, por Buenos Aires, mediante escala en Porto Alegre, como los incendios de bosques en Santa Teresa y siempre con mediación de papel. Consumí hasta la extenuación libros y revistas sobre la situación latinoamericana, encontraba hombres y mujeres contando su historia, escuchaba cantores del dolor en iglesias sin acústica, rechazaba las pérdidas causadas por la muerte y

me alegraba hasta las lágrimas por las victorias, aunque fueran fugaces. Hacía la leyenda de fracasos con resistencia heroicas en barrios de Valparaíso, sacerdotes de la teología de la liberación, el ajusticiamiento de Somoza en Asunción, victorias en las selvas del dios jaguar y precolombino, aceptando esa pirotecnia dispersa y continental como si la historia se estuviera jugando en el barrio de mi infancia. Cuando llegó la hora de los horrores y propia de retaguardia distante, en arrebató moral decreté mi causa por perdida y me dediqué a los muertos abandonados del otro Santiago.

Auscultar ovarios fatigados de prostitutas en control sanitario, palpar costillares rotos escondidos debajo de siete camisetas de vagabundos ingresados en coma alcohólico, traer con un gancho a muertos sin familia que nadie reclama flotando en la pileta del subsuelo de la Facultad, dispuestos a entregarnos el arcano del mecano prodigioso y roto. Era preferible esa iniciación al horror cercano a la lamentación irresoluta, temí en ello un pasaje a la morbosidad, luego entendí que era una manera -la mía- de andar entre los muertos. Para los compañeros de estudio mi empeño de concentración traducido exitosamente en los exámenes, era afirmación de vocación, aceptación del transplante de vida y sacrificio del repatriado por obtener diplomas anunciando el despegue profesional.

Aquella fue otra temporada en el infierno, sin el peligro de ser devorado por alguno de los círculos e iniciaba mi proceso de lucidez previa al descontrol. Sin la tentación del juego ni

el alcohol que vinieran en mi socorro, las recorridas nocturnas por pabellones desgraciados de hospitales, asistiendo agonías brutales de viejitos, viendo cuerpos mutilados de albañiles y heridas de bala infectadas en el abdomen de contrabandistas, me internaban en el territorio de la muerte, consolándome que sería parecida a la que diezmaba a mis amigos del otro lado de los papeles. Tocar fondo de conciencia y cuerpo tenía sentido, estando lejos masticaba la ausencia sin dejarme caer. Coincidió con la crisis del sistema postal, como si un banco de niebla se hubiera instalado en mí con intenciones de eternidad, los radares se descontrolaron y la única salida fuera el choque de barcos desorientados en alta mar hasta el naufragio sin sobrevivientes.

Entendí que el viaje a Escritura se emprende por mar. Nada podía hacer, vivía en otra prisión y bajo sistema de libertad condicionada. Los planes de los vencedores incluían aislar al país, quitarlo como referencia y dejarlo en sueño de algo que pudo haber sido, desactivar a la fuerza la red para una nación pequeña de solidaridad que se encendía por el mundo, acallar cualquier eco e imponer silencio. Era posible, realizable y se hizo. Ante la avalancha de noticias sobre los ocurrido en Chile y Argentina, el asesinato de siete comunistas en el Paso del Molino, rehenes en pozos y aparición de cuerpos atados con alambre en las playas eran episodios irreales. En febrero cuando estuve en Montevideo, advertí huellas de la humillación entre quienes ni una sola

vez los habían detenido para pedirle documentos. Había vivido en alternancia e interferencia de correspondencia, las cartas eran alucinaciones escritas en urgencia, unas líneas a veces, tres párrafos cuando mucho. María se fue a Caracas, me comprometo con el Banco Hipotecario hasta el fin de los tiempos, a Eduardo le dieron siete años, Nacional se clasificó para la semifinal de la copa Libertadores de América, este verano es caluroso.

Mensajes provenientes de mentes delirantes, superponían noticias en borrador de universos dispares coincidiendo en el tiempo. Cuando, angustiado de más por informes raquíticos y encerrado en Santiago escribía largas cartas, exigiendo, suplicando ampliaciones de lo presagiado en frases lacónicas recibidas sobre situación de conocidos y ambiente, condición y ánimo de resistencia, evaluación de negociación, luego recibía respuestas impregnadas de humor ácido sin un gramo de lástima. Recados de desencanto insinuando que nada de lo allá ocurrido importaba y creía advertir cierto reproche por mi ida evaluada en años; sin decirlo era yo que lo suponía, acentuando un sentimiento culposo por estar lejos. Irrefutable eran las dudas en cuanto a la sinceridad de preocuparme a la distancia; lo entendí cuando comencé con prácticas de operación al estómago, sin que pueda decir cuál razón decidió que ello se volviera mi especialización.

Por aquel entonces nada era urgente salvo las guardias, habían pasado los años donde cada día era un logro y combate más terrible que fracasar. Era morder los labios



aprendiendo a vivir en dictadura con la fortuna de estar libre sin la opción de estar lejos. Admitía mi avance profesional y la capacidad para desentenderme de preocupaciones históricas; ocurría cuando llegaban los días feriados y me perdía en cuartos del piso en reformas con alguna practicante más osada que yo. Quienes tenían el poder lo recordaban cada minuto, estaban alertas y dispuestos a la represión. Me adecué a la situación, cambié la dosis frenética de intercambio por una estrategia de mutismo y encierro, llegando a pensar que ese retiro era lo más conveniente para mis amigos circulando. No querían que los imaginara en actitudes de ambivalencias y humillaciones, desplazamientos y alegrías empeñadas, aprontándose para una vida diferente a la soñada en asambleas de preparatorios, a la argumentada en el café y bar Alcalá.

Me habitué a una orfandad de pasado, también a eso uno puede acostumbrarse. Era dañino imaginar la rutina de estar viviendo en Montevideo y pretender meterme en otros, lo que yo era permanecía en el aire sin sostén de cuerda floja y formaba parte del pasado. Con mi acento que creía acriollado, la ciudad podía ser invisible, soñada y hasta imaginada, una villa con duende pueblerino y donde puede morirse por un curioso concurso de circunstancias; sin la consistencia de Caracas, Boston y Lisboa temía llegar a ser un hombre de ninguna parte. Se activó un proceso asociado al instinto de supervivencia y decidí terminar con esa inestabilidad sobre la que puedo pensar en estos

amaneceres. En cierto momento comencé a programar mi vida considerando objetivos tangibles, a las cartas interrumpidas respondí con una estrategia paranoica. Tomé la vieja agenda, la primera que traje con direcciones que eran mi vida y arranqué los años pasados, las notas, salvo las que estaban memorizadas, negué la fuerza de mudanzas, celos, defecciones, viajes, sorpresas y comencé a enviar cartoncitos. Vayamos a hechos concretos: salvé patología y abrí una cuenta en Banesto, me comprometo, gano oposiciones para una suplencia, abro gabinete con otros asociados, fui padre por primera vez. Jamás llegaron respuestas a estos cartoncitos y parecía que allá los corresponsales habían desaparecido, cuando falleció mi padre corté el envío y con años de atraso comencé a recibir cartas de gente que daba por muerta. Felicitaciones decían y preguntaban si por aquí necesitaban electricistas, suerte y aguante decían otros, se te extraña pero así es la vida, poca cosa más. Eran escritos en los muros de la melancolía, respuestas de pacientes en coma irreversible, sin una frase de alegría excesiva ni rabia, papeles fatigados por el trayecto recorrido y que de tanto atraso me hacían ir a buscar al Correo por temor que se tratara de una broma.

No hay bromas ni nada de gracioso en lo visto en la caja de zapatos Gallarate y antes de abrirla, debo hacer un recorrido de expiación empedrado de obstáculos.

## XIV

Estoy excitado, sucede algo excepcional sin ser grave. Forcé la rutina, luego de almorzar teníamos planeado ir hasta la costa pero decidí quedarme en casa, presentía que debía insistir sobre algo que no podía esperar hasta mañana sin saber de qué se trataba. Carmen puede prescindir de disculpas, igual estuve evasivo, le dije que tenía deseos de leer y si bien me guardé hablar de pensamientos de escritura, puede aceptarse como verdad a medias. Ella me preparó una jarra de café y se marchó con los niños.

Ya solo, di vueltas por la casa, me lavé la cara y miré las noticias de la televisión, en laxitud de disciplina y voluntad dudé si podría meditar sobre el viaje a Escritura en horas de la tarde, alterando costumbres y condiciones de producción que podrían acarrear cambios en el resultado. Mirando atrás creo que logré en pocos días alcanzar un ritmo de trabajo correcto, si bien con la tranquilidad de saberme pensando mientras los otros duermen. El viaje es navegación nocturna sin estrellas, en soledad propicia quise derivar las ganas de trabajar hacia otras habitaciones de la casa y una pulsión de naturaleza difusa me impuso regresar al pabellón cercano a la terraza, lo que me brinda la contundencia de un día excepcional.

La razón del desequilibrio es una cuestión simple que me acecha hace tiempo: tuve un doble espectral en mi vida y que ocasionó el compromiso con la historia fractal de la caja de zapatos. Podría con ello participar de lo alejado, hallar mi enigma sin resolución probando que la documentación contenía elementos verídicos, creo que pretendo ganar un tiempo de falso amanecer para llegar a pensar en el viaje a Escritura mañana temprano, con capítulos avanzados, al menos la intriga de una escena resuelta planteada en términos adecuados. Esta meditación inventa mecanismos y si la duda permanecía estabilizada en días previos, hoy se aceleró.

Algo la actualizó, pudo ser el encuentro con turistas, el artículo de una revista sobre la puerta de Alcalá, un pasaje de Les adieux en la versión de Emil Gilels. Nada especial y esa coincidencia de otro mundo en coexistencia, superpuesto a lo meditado o era efecto de circunstancias adecuadas a la irrupción del recuerdo específico, figura que suponía olvidada de años de infancia y que hoy se rearmaba ante mi pensamiento. Nódulo legitimando los otros responsables, relato primigenio, antecedente en mi memoria por el cual podía autentificar los testimonios de la caja de zapatos, reconocer la vinculación con una historia colectiva para la que prescindía de elementos de sostén. Así fue que me comprometí con la anécdota emboscándome cuando amanece, quizá al regresar a Pontevedra y escribiéndola consiga desactivar espectros hasta que sigan evolucionando.

En la hora de la siesta la introspección sobre ese otro mío es menos sencillo de lo supuesto, el doble es la bifurcación en alguna zona de la infancia que a veces resulta y Montevideo la ilusión mansa, con barrios donde vivían peluqueros armenios, cosa mentale ocurriendo en mi dos cuerpos. El que me cortaba el pelo se llamaba Pachalian y era miope, con la máquina terrible y las tijeras amenazando el aire se acercaba a cualquier cabeza en jíbaro, como si ese objeto piloso común se le presentara por primera vez. Tenía una tendencia a dejar en extensión pocos pelos y los sobrevivientes de un largo que hacía imposible atraparlos con los dedos; su práctica evocaba una deforestación que despreciara la naturaleza. En mi infancia, si bien producía escalofríos la experiencia, cortarme el pelo era natural como un dolor de muelas y lo mismo les sucedía a muchos vecinos. En Pachalián, en el local del armenio –lo alquilaba a una tía abuela, casada con un clandestino de carreras paralítico-, además de explicaciones sociales, políticas, incluso históricos para su situación, existía un personaje de misterio referido a su tangente con el universo.

Era sencillo aceptar un traslado súbito con endeble explicación a otra región distante del planeta; condición recurrente en mis lecturas de entonces, más simple que organizar la serie que requirió la Historia y la Materia hasta culminar en un armenio oficiando de peluquero de niños y caballeros en un barrio descentrado de una ciudad llamada Infancia. En ello aceptaba un prodigio que empalidecía a la

tontería creíble del hombre invisible, sus vendas flotantes y anteojos oscuros de las revistas. Más de una vez consulté el Atlas que había en casa, observando la distancia de Armenia con fronteras móviles por siglos, delimitando sucesivas generaciones, y la bahía montevideana, traté de imaginar razones y traslados del último viaje de Pachalian; para miles de desterradas la ida a Montevideo era el viaje a la muerte. Al final lo catalogo y advierto un espejo de personaje extraviado en el mundo, alguien errante en el siglo equivocando la zona para envejecer feliz. La equivocó y es silueta moderna del destino esa ampliación del vagamundeo, la historia donde incluirse, el cuento donde ser personaje cincuenta años después.

Montevideo era polo magnético atrayendo contingentes de extraviados, personajes callados de relatos extraordinarios narrando sucedidos en tierras lejanas, sobrevivientes de masacres sistemáticas, sagas de orígenes divinos solidarias con historias rocambolescas y leyendas cargadas de prodigios. Que de repente, como sucede con estrellas fugaces, ven escaparse parte de su sistema que se mueve mareado por el cielo durante un tiempo y van a dar a otras constelaciones. En el cielo del sur abundan tales fenómenos celestes y Pachalian, cometa incandescente para un cuento de una Armenia inventada, atraviesa la noche de mi memoria, mientras se conforma la constelación de astros vagabundos de materia orgánica y apariencia humana. Desde mi observatorio junto a Finisterre dudo haber soñado

o descubierto un satélite menor. El armenio miope abría cauces a caravanas fantásticas por los desiertos de la ficción, era la primera explicación del pasaje de aerolitos cruzando el cielo, como si además de judíos errantes hubiera otras razas circulando la tierra, rondando la ciudad prohibida del sur después del último oasis. Multitudes tranquilas luego de haber cruzado trópicos y el ecuador circular por hallar un puerto hospitalario, neutral la más de las veces, donde se les permite repasar vidas fatigadas por tempestades de granizo y arena. Ser de un lugar de paso, pasaje sanguinario y secreto hallado entre cuerpos pudriéndose sobre campos de batalla.

Como sucedió con los acorazados de bolsillo cuando hubo guerra en el mar, como lo hicieron mis padres a quienes se sumó mi nacimiento circunstancial arbitrario, como el lugar donde moriré... Pontevedra y sus inmediaciones como todo lo hace suponer. Quedé marcado por esa premisa original, lo mismo sucede con los días y meses, el signo zodiacal, el color de los ojos, grupo sanguíneo y la hora fijada con minutos. Después de años y habiendo fantaseado mi muerte, me condiciona haber nacido lejos hasta en gestos insignificantes, necesito creer que tengo mi propio desterrado y su misterio que se cruzó delante de mis ojos; presumo, con la condición similar a la del peluquero, el personaje que necesita esta puesta en su sitio, me resulta explicable. Noción de lo inmutable en nuestro territorio, los clientes del armenio sabíamos dónde estaba su peluquería y

los horarios generosos. Ignorábamos cuál era su domicilio a pesar de conocerle mujer e hijos que le traían la vianda en recipientes de aluminio. Pachalián era una familia, vivía en el interior conjetural de los barrios humildes y ello era más misterioso todavía.

Mis padres fueron la norma de estadística colonial. Pachalián y el viejito del chaleco los verdaderos raros. El viejito era otro personaje de paso y me enseñó la eficacia de la fugacidad, recuerdo que atravesaba la calle como si fuera y viniera de lugares precisos sin tiempo para perder. Caminaba a la velocidad propia de ancianos que recuerdan liebres heridas por el cazador. Era pequeño y vestía como funcionario del Ministerio de lo Improbable, bien distinto comparado a los desalineados abuelos del barrio, con aspecto de albañiles y quinteros; llevaba siempre la misma combinación de saco y pantalón negro, pantalón de casimir fino, saco de pana liviana, chaleco sin mangas gris perla, camisa blanca o crema y corbata que parecía ser de metal maleable. Tenía poco pelo, finito y canoso tendiendo a un amarillo curioso, la piel era blanca y de cerca olía a colonia importada, jabones de lavanda, bosque de pinos. Cada vez lo crucé acarreando un maletín y usaba audífono, que para mí era un cordón extraño saliéndole de la oreja. Debía de vivir lejos, en el almacén se limitaba a comprar puñaditos de caramelos sueltos y galletitas rellenas de dulce, mi padre y luego mi madre, intentaron entenderle con claridad el



nombre para integrarlo a la lista de la clientela y recibirlo como corresponde.

La comunicación se limitaba a buenos días don... lo de siempre don... es tanto don... y cosas por el estilo, cortesías que se dispersaban a compradores pajarito como era el caso del viejito alemán, porque al menos hablaba en alemán. Me formulo también para él la pregunta que me rondaba y yo sin saberlo, ¿Qué hacía un personaje como ese caminando por el barrio de gente modesta? Era mayor, más que muchos abuelos de mis amigos, contradiciendo principios de la senilidad, tenía la capacidad de potenciar la imaginación de los vecinos sobre sus actividades. De esa reiteración emanaba una versión última y que podría acercarse a la verdad desconocida, debía ocultar algo que sin la imaginación sería lo evidente. Los signos del viejecillo accionaban en mí de forma desconcertante, por el enigma del maletín, y lo espiado en su interior cuando lo abría para sacar un portamonedas negro pequeñísimo; por lo visto, debería ser algo relacionado con la medicina.

Recién ahora que considero viajar a Escritura, recupero la extraña relación que ese recuerdo tiene con mi vida. Los aficionados que se ocuparon de su caso, porque era factor insólito del barrio, sostenían que se trataba de un visitador médico de algún laboratorio austriaco, profesión que recién estaba comenzando en Montevideo; pero si era así, decía mi madre, cómo se entiende que conozca tanto de hierbas, yuyos y semillas, y entonces se inclinaba por la variante del

naturalista. De la contradicción entre la historia brotaba la segunda hipótesis, era cierto que el extranjero estaba vinculado a la medicina, pero lo que vendía no era el secreto de la naturaleza sino instrumental. Jeringas, tijeras, agujas, bisturís, elementos de tortura de gabinetes de dentista; igual se mantenía para no decepcionar a la patrona del almacén, la vertiente naturalista. Esa tesis podía tener desarrollos interesantes y se llegaba más lejos; era un naturalista vegetariano, sabio a la manera de la tradición mística, conocedor del secreto de las plantas, la relación cósmica entre el universo vegetal y el funcionamiento del microcosmos humano. Años después recuperé el recuerdo del viejito alemán perdido en la historia y el tiempo, fue cuando José Pedro Díaz nos contaba, en su clase de literatura general, los estudios botánicos de Goethe en Weimar tras la búsqueda de la protoplanta. Con una pequeña variación consistente en la prolongación de la vida y posible dentro del circuito de intereses del viejecillo -que hubiera descubierto las raíces de la juventud- su presencia en la región del Río de la Plata podría explicarse como la de un naturalista rezagado; que por unas fiebres súbitas por picadura de araña, víbora venenosa u otra alimaña y con el antídoto suministrado en el último momento, en la convalecencia, hubiera quedado a la deriva en las estancias del litoral del país. Así hasta perder el barco laboratorio que lo trajo a tierra, que zarpó de Paysandú cargado de plantas, objetos y bichos en frascos de formol dejando al meritorio

estudiante de botánica por perdido, asesinado por una partida de matrones borrachos, aquerenciado con una mulata, alguien que sabe que nunca habrá un segundo barco.

Lo imaginé después de entender ciertos misterios propios de Montevideo; en aquel tiempo, influido por la programación del cine Rex, las matinés de tres películas y algunas Selecciones del Reader's Digest de los años bélicos, el viejecillo se me antojaba un criminal de guerra sanguinario cargando sobre sus espaldas acciones abominables, sin arrepentimiento por los excesos de algún campo de concentración y la solución final; que huyó sin uniforme unos minutos antes del ingreso de las tropas soviéticas. Luego de pasar semanas recorriendo Europa con papeles falsos y oro judío, subió a un barco de carga, halló refugio en el sur americano ayudado por secuaces de Perón y Stroesner. Lugar común que se justificaba por la narrativa de la épica de las tropas aliadas, impregnada de propaganda sin que nos diéramos cuenta. Después de ver una tarde en el cine "El vampiro de Düsseldorf" se me ocurrió otro origen posible del viejecito, demasiado simétrico con lo visto. Su pequeño aspecto estaba en las antípodas de Peter Lorre y mentiría si digo que alguna vez lo escuché silbar En el Palacio del Rey de la Montaña.

A pesar de la inclinación que tenía por la infancia y sus compras menudas en nuestro almacén, jamás ensayó el abordaje utilizando el recurso de caramelos multicolores y

chocolatines con sorpresa. Tenía un marcado interés pedagógico y de formación a la manera del Emilio de Rousseau, agregándole la disciplina germánica. El círculo de sus discípulos compulsivos éramos tres: Eduardo, el hijo del ruso que trabajaba de taxista, Juan que tenía un abuelo vasco y yo mismo, que como se viene sabiendo nada me vinculaba al destino interrumpido del Tercer Reich. Para nosotros tres, con problema para hablar una lengua común por residuos dialectales de nuestras respectivas casas, la incorporación de un idioma adicional suponía un sufrimiento. Sabedor de lo irracional de su empresa, el viejito se había empeñada en iniciar a esos tres buenos salvajes en la lengua de Kant, magna e imposible tarea dadas las condiciones del aprendizaje, que el anciano emprendió por el procedimiento de la insistente paciencia y una especial modalidad del recurso premio castigo.

A lo largo del año que duró su enigmático pasaje por nuestro barrio fue imposible avanzar más lejos de los números del uno al diez, los días de la semana, los meses y algunos versos que aprendíamos de memoria fonética. Hablaba su lengua y raramente condescendía a expresarse en castellano, que dominaba a la perfección, esperaba la oportunidad de sorprendernos agazapado junto a los árboles, de descubrirnos a los tres reunidos en la calle. Nos abordaba con inesperada agilidad en una persona de aspecto frágil, lograba retenernos unidos con movimientos de brazos gentiles y firmes. Cuando quedábamos a su merced después

del abordaje y como gnomos de la selva negra, era que comenzaba la lección con dulzura tonal y generosa interpretación más apropiada para cantar lieder y dictar una conferencia sobre el futuro de la raza: ein, zwei, dre, vier, fünf, sex, sieben, acht, neun, zehn... Las lecciones nunca esperadas se desarrollaban en esta atmósfera sencilla con algo de diálogo platónico y complot para hacerle alguna jadeada; él se inclinaba levemente, parecía dispuesto a transmitir una fórmula secreta referida al agua pesada, repetía la progresión numérica como si al llegar al zen los discípulos esperáramos la irrupción de un gesto maravilloso. Esa operación de adiestramiento de cachorros le requería semanas de concentración, que calcularía con programas pedagógicos prusianos y luego pasaba a la prueba de la integración efectiva del conocimiento: creía que la disciplina estaba vinculada al esfuerzo y sufrimiento.

Luego de la amable convocatoria él llegaría a la cacería implacable; irrumpía en lugares y horas más inesperadas, emboscadas organizadas desde tales ángulos de visión de estrategia en el frente de batalla, que resultaba vano tentar una resistencia y fuga. Aceptando la capitulación nos quedábamos quietitos; entonces él se acercaba sonriendo y establecía un orden arbitrario de aclimatación, amable estratagema e interrogatorios indirectos. Si yo resultaba el primero de la serie, con los dedos índice y pulgar de la mano izquierda presionaba sin hacer daño el lóbulo de mi oreja derecha y con gesto de director de orquesta, indicándole al

violín solista que el siguiente compás marca su entrada, me conminaba a declamar. Sabía muy bien lo que se esperaba de esa orden: ein, zwei, dreie, fier y si por amnesia o decidía me estancaba interrumpiendo la serie, él tiraba de la oreja; si el silencio continuaba tiraba más fuerte y gritaba ifünf! Doble acción que funcionaba en mí como acto reflejo de perro hasta que maquinalmente seguía adelante sin dificultades, contando la serie igual que un preescolar subnormal de Baben Baden.

Sin estruendo ni consecuencias inmediatas, así como un día se instaló en el barrio de manera natural fue así que culminó su órbita entre nosotros. Puede que muriese en la habitación alquilada de una pensión familiar, tal vez regresó por él un barco de velas desplegadas, buque fantasma destinado a naufragios de la historia y que lo devolvería a invernaderos de papel del siglo XVIII. No lo sé, un buen día nos percatamos de su ausencia y en trío a veces reunido, mirábamos pasar un viejo que se le parecía, entonces nos agarrábamos las orejas cruzadas entre nosotros y jalábamos hasta hacernos doler, mientras gritábamos ein, zwei, dreie, fier, fünf queriendo comprobar si ese ritual nos devolvía su figurita diminuta, vestido en tonos de paleta baja, cristales de aumento montadas al aire y el hilito plástico del aparato para sordos, que puede ser mi propio doble envejecido en otra lengua que la mía y en otra escritura extraviada en tierras de la memoria.

## XV

Quise pensar en Escritura esta tarde por temor a olvidarlo, voy recordando episodios de mi infancia que daba por perdidos. La salida a superficie prueba su existencia, aunque confrontados con testimonios de la caja de zapatos resultan partículas menores. Las utilizo reordenando mi memoria y ante la eventualidad que la tragedia sugerida haya ocurrido sin haberlo advertido cuando visité la ciudad. De día, instalado con la protección del mundo existiendo y el control de los otros rondando los recuerdos son nítidos, la evocación se vuelve crónica grata de episodios ligeros.

Lo ocurrido hoy es excepcional, me prometo no repetirlo en honor a mi educación sentimental, el contar con el tempo de la lengua alemana, peregrinajes espirituales a lo desconocido, introducciones lúcidas a historias parásitas. *Fremd bin ich eingezogen, fremd zieh ich wieder aus...* viajo a mi invierno porque existe en Weimar una casa con estatuas romanas, cajas de cristal en cuyo interior aguardan mariposas multicolores fijadas en orden, pedazos de piedra del planeta tierra y diferentes capas geológicas; hay en estanterías frascos de vidrio que contienen hojas secas y flores maceradas traídas de regiones imaginadas. Estuve ahí y disimulada entre tanta maravilla debe perdurar el aroma de flores de mi ciudad de nacimiento. Prueba de alguna

realidad como el viaje por el tiempo del científico inglés inventando, paisaje evocado por naturalistas y grabadores diciendo la desazón sentida a la vista del cerro solitario tras la travesía y que debía provocar reminiscencias mitológicas. El aroma de mi ciudad en un bocal de formol que la preserva lo recupero ahora, en tanto fuerzas inteligentes y complotadas quieran convencerme de que dejó de existir. A mi espíritu es tan cierta como la sordera de prótesis del viejecito alemán que nos murmuraba el secreto de las cifras, cierta como la miopía del armenio Pachalián; verdad como el sol cruzando la tarde sin soberbia mediterránea y mi conciencia de saturación del tramo abandonando la meditación, aprontando mi ida a Escritura.

En coincidencia apropiada al romanticismo del Norte estamos en pleno temporal. Carmen me comentó que el hombre que alquila bicicletas en la costa lo sospechaba, el calor de las primeras horas era pesado e insoportable. Estábamos cenando cuando comenzó a llover y la tormenta arrecia con violencia, me recuerda el gusto por los inviernos en Santiago bebiendo con amigos, sintiendo que además de nosotros y la lluvia ningún otro evento era digno de considerar en el mundo. El sonido del viento es feroz, la noche adelantada negrísima como si hubiera decidido postergar hasta la eternidad la salida del sol. La periodicidad de los rayos descubre un paisaje escarpado que puede desahuciar a quienes desafiando elementos y predicciones se atrevieron a salir mar adentro. Mi familia quedará hasta



tarde en la cama, es un buen momento para emprender el regreso. Así pienso estar mejor preparado para el encuentro de la memoria, la lucha con el ángel de la amnesia y el viaje programado a Escritura. La historia comienza en mi deseo de regresar a la juventud después de veinte años, es así como se desató una sucesión de causa efecto caprichosa.

Vivía tranquilo habiendo asimilado la coexistencia con el pasado distante, me sucede un programa de crecimiento profesional inclinado al reconocimiento de habilidades más que al dinero, motivado por intereses en la investigación y sin que ello me alejara de la afección de la vida familiar. Carmen es pediatra, ella trabaja bien; la educación de los niños me dejaba escasos huecos y motivación para hurgar en viejas cajas, detenerme en atados de cartas viejas y recordar circunstancias de fotos rescatadas. Sin esa motivación ¿para qué regresar entonces? Decir que lo hice porque tenía ganas desmerecería la importancia de episodios sucedidos antes y después, sería una mentira. A que la decisión se concretara concurrieron hechos encadenados de forma poco azarosa, que me llevaron a aceptar estar entre un si y un otro es probable.

La decisión, habiendo prescindido por veinte años de la eventualidad de ir se facilitó en los últimos tiempos como crisis de una enfermedad rara. Recuerdo unas pocas de las casualidades sin estar seguro si la secuencia resultante es correcta o la memoria busca un orden de acuerdo a sus intereses que son otros. Lo primero que asoma a la

superficie sucedió en Madrid durante las jornadas internacionales convocadas por la Organización Mundial de la Salud y financiadas por laboratorios relacionados al cáncer en el aparato digestivo. Fui presentado en razón de una comunicación juzgada interesante por el comité científico del encuentro preparatorio de *Ámsterdam*, me invitaron como panelista de mesas redondas y sin obligación de presentar otra ponencia original. Llegamos con Carmen a Madrid dos días antes de la ceremonia inaugural y paramos en el hotel Wellington, cerca del Parque del Buen Retiro. Visitamos la ciudad y nos percatamos que hacía años que no disponíamos de un hueco sin niños y obligaciones, un tiempo para nosotros solos cuando asomó una variante que pronto entraría en acción.

El día de las acreditaciones, mientras leía el programa de actividades y para distraerme del discurso del apertura del ministro de Salud, un tío al que le conocía las mañas, la ignorancia ocultada con una seducción pública que poseen ciertos aristócratas advertí, como siempre, en las últimas plazas, que había una delegación uruguaya compuesta por dos jóvenes grado cinco del Hospital de Clínicas y presentarían un trabajo en colaboración relativo a ciertos riesgos de no detección durante la infancia. Sorpresa y desconcierto se acumularon, empezando por la confirmación que había venido alguien del lugar llamado mi país, que defendió la voluntad de investigar en medio de la tristeza que desconocía en sus pormenores. Al instante experimenté

sentimientos encontrados; yo formaba parte de la numerosa delegación española y esa lógica tenía algo de incómodo, me convencía de estar en la conciencia europea porque participaba del programa de intercambio y proyectos a largo plazo, había un celo de hacer aportes interesantes al congreso compitiendo con norteamericanos y japoneses. Los doctores Horacio Barone y Gustavo Gonzáles era lo que decía el programa; uno de ellos por lo menos parecía de ascendencia gallega y ambos estaban en Madrid en su condición de uruguayos.

De manera marcada debí señalarle la información a Carmen pues ella, tomándome del antebrazo para calmarme me comentó "está muy bien mi amor ¿ves? el país aquel sigue existiendo a pesar de tu ida." A partir de ese momento olvidé nuestros planes para recorrer barrios viejos y relativicé las evoluciones del congreso, para concentrarme en ponerme en contacto con los compatriotas. Se descontaba que debía alternar en un circuito de aristocracia internacional de la especialidad, en mi caso de la segunda zona y mucho más en vista al congreso del próximo año en Singapur, ciudad de la que se comentaban hoteles delirantes y platos típicos sorprendentes. Hasta ello pasó al rubro desinterés ante la curiosidad de acercarme a los compatriotas.

Durante el ágape que siguió a los discursos protocolares, caminé por los salones leyendo etiquetas de identificación de congresistas que parecían tener un aspecto latino. Barone

era ilocalizable, los Gonzáles proliferaban y el que encontré venía de Honduras. Dejé de creer en la casualidad, me acerqué a la mesa central de información, luego de interrogar el computador una azafata me explicó que los doctores Gonzáles y Barone llegarían a la mañana siguiente en el vuelo 877 de Varig proveniente de San Pablo, con llegada estimada a Barajas para las 7h. 52. Quizá ese minuto 52 rotundo me tranquilizó y recién entonces pude disfrutar del ambiente del cóctel, una mundanidad para la cual estoy poco dotado y que una vez cada tanto tiene su encanto. No obstante estaba excitado, como si en realidad fuera Gustavo que venía a quedarse en casa una temporada para evocar asuntos que nunca volverían.

A la mañana siguiente los identifiqué, me acerqué a ellos en círculos concéntricos y compartimos los días siguientes muchas sesiones de trabajo, me faltó el coraje de confesarles algo, decirles la verdad; siempre los rondé y mantuve con ellos conversaciones animadas, en ningún momento me atreví a contar mi historia, intentar explicarles las omisiones. Eran más jóvenes que yo, tenían la seriedad provocada por la resistencia y el desgaste de enfrentar a diario situaciones de violencia. En algún momento de ronda con otros colegas latinoamericanos, me atreví a preguntarles por la nueva situación del país después de la dictadura; creo que lo esperaban, se limitaron a comentar que era preocupante sin exagerar lástima, preferible a lo anterior. Insinué un par de puntos débiles que advertí en su ponencia

sobre la calidad de los datos estadísticos, escucharon sin intentar replicar o justificarse, evocaron consabidas limitaciones de tipo material sin anteponer el argumento político para explicar los fallos.

Con la ventaja supuesta del ridículo anonimato me obstiné en una celada circular de preguntas que eran mías y estaban sangrantes como herida reciente. A medida que demandaba información incidiendo en detalles que podían ser hirientes, parecía que ellos hubieran complotado responderme con evasivas; su actitud me confundía y fastidiaba pues quería saber más del Uruguay. Si hubo un aura malsano en la conversación fue por mi culpa, por ser estúpido y haber dejado que la ignorancia me hiciera perder el control. De sincerarme desde el primer apretón de manos se me habrían abierto las ventanas a esas dudas incubadas en mí sin que las supiera medicar. Estaba allí desubicado bajo la apariencia de colega de frecuentación internacional curioso, preocupado por los pobres desde la desidia de excesiva comodidad, buscando fisuras ridículas en el informe de otros y asignándose un derecho a indagar situaciones desagradables que ellos, por recato o hartazgo, querían mantener en silencio. Buscando aflojar la tensión recurrí el argumento de amigos que conocían algunos uruguayos, algo tarde avancé nombres que eran referencias de mi juventud. Ellos no conocían a ninguno, mis nombres fueron evaporados y eran la configuración espacio temporal infecciosa del país,

llevados en un desgarrón que arrastró aquello que eran las circunstancias.

Me estaba quedando sin pasado, era como si a pesar de mi presente algo mío hubiera dejado de existir. En esas consideraciones entendí lo molesto de mi insistencia; entonces dije que buscaría algo fuerte para beber y los dejé tranquilos, pensé en la posibilidad de invitarlos a cenar, pero temía quedarme sin tema antes del plato principal y me avergonzaría confesarles la verdad de mi actividad. Carmen llegó a tiempo para salvarme del desamparo.

-Esta noche hablaré en uruguayo, le dije como si le prometiera una posición amorosa inédita, desconocida y fastuosa.

-Estás cada día más confuso con ese asunto del pasado. Te juro que no entiendo esa obsesión nueva y menos el jueguito de ocultarles la verdad a esos pobres muchachos. En una vergüenza, me dijo y tenía razón.

A los pocos días habíamos caminado por el viejo Madrid de tascas y conventos, logré olvidar el incidente de simulación, regresamos a Pontevedra, tenía las tarjetas de Gonzáles y Barone; seguro que si me decidía a escribirles difícilmente tendría respuesta incitando a una comunicación fluida. Uno vivía en la calle Bonpland y el otro en Jaime Cibils, mirando los cartoncitos con referencias pude rearmar el cruce de calles y el trayecto para ir de un lado a otro, el corte por parques, líneas de ómnibus a las cuales recurrir, hasta el nombre de panaderías y sanatorios del itinerario. Comencé a

necesitar la pelusa que se desprende de los paraísos de las arterias pasando encima del túnel, la perspectiva que culmina en el mar donde se cruzan Brecha y Reconquista, la pendiente de Manuel Albo hasta el parque de los Aliados y el Estadio Centenario, entradas para taxis de amoblados con cortinas de tiras de lona sucia, minutas del restaurante El David de la esquina de Rivera y Arenal Grande. El plano se me organizó en la cabeza igual que el cielo del sur de las bóvedas de planetarios y llegó el deseo de entrar en la ciudad inconfundible. Dudaba ante esa posibilidad, pero si mi padre hubiera muerto allá yo hubiera viajado de inmediato. ¿Debía esperar una muerte para regresar?

El silencio era suficiente, allá nadie me esperaba; sería alguien golpeando puertas a la deriva y diciendo "me llamo Fulano de Tal y quisiera saber si Gustavo sigue viviendo en esta casa". Es lo que hice en febrero. Estaba en disposición de regreso, mi asteroide cumplió la órbita completa y dictaba regresar al punto de partida por inercia, salir otra vez disparado hasta cruzar la oscuridad desde la costa montevideana y sin motivación para el regreso rotos los vínculos con la memoria. Con Carmen lo conversamos seguido, ella lo atribuyó al encuentro en Madrid, que me proyectó en Barone y Gonzáles un espejo difuso de si me hubiera quedado a vivir allá.

Recién ahora sé que ese yo nunca hubiera podido atravesar pruebas de dolor y cautiverio, ahora sería otro personaje estable de la caja de zapatos, un muerto y

espectro azorado. Lo supe después, lo confirmo sopesando pensamientos mientras afuera que es el resto del mundo continúa el temporal. A esta noche creo que se refería el loco Lugo en sus advertencias, debería renunciar al viaje a Escritura que me aguarda y dedicarme a descifrar enigmas trazados por la tempestad. Es lo que haré en pocos minutos, antes debo memorizar las obligaciones para mañana y recordar la enfermedad del grabado; episodio secundario que le dio sentido unitario a las coincidencias asediándome y terminó por decidir mi regreso.

La luz del último relámpago iluminó por un segundo la estancia, esta es la noche menos propicia para recordar noches lejanas; perdió sentido continuar con la tentación del viaje a Escritura y más cuando bombardean el presente fuerzas incontrolables, se abalanzan sobre la costa temida por siglos como el límite del mundo conocido. ¿Si mi caso fuera verdad, si luego del oleaje embravecido en lugar de abismos insondables -y leviatanes con aspecto de calamar gigante, monstruos iconográficos y miedos de imaginaciones- existieran residuos de locura y perturbación, puertos donde uno cree llegar, ciudades erigidas adentro de la niebla? Conozco un extraño rodeo siempre en fuga por el que cierto orden del discurso del loco Lugo se aproxima a la razón. Qué importa si estuve del otro lado del suplicio y traje de regreso mi vida, demostrando la existencia del viaje y la caja de zapatos con chucherías, resultando el motivo capital para decidirme a buscar la isla Escritura.



Nada de ello es prueba sobre la existencia mientras ocurre la tormenta de la ciudad donde nació, persisten ruinas y un monte abstracto en la ruta que abandonaron capitanes de galeones por temor al naufragio y supersticiones. Lo demás es conspiración de inmigrantes venidos de todo el planeta sumando memorias desesperadas, imaginaciones excitadas por la humedad subtropical, la razón vacilante de artistas grabadores prerrománticos, ávidos hasta el delirio por completar la Inacabada Enciclopedia de lo Invisible.

## XVI

Ayer me dormí pronto y sin razones que puedan explicarlo seguí de largo, despertándome ya entrada la mañana. Me levanté convencido de que igual que otra mañana de la semana pasada, ya antes había salido de la cama, trabajado en mis cosas y luego vuelto a dormir una hora. Lo primero que hice es venir al cuarto de la meditación y verificar si sobre el papel había una nota fresca que un yo sonámbulo se hubiera atribuido. Sentí decepción y miedo al sospechar la primera evidencia del flaqueo de la voluntad, lo que suponía la aceptación de la versión contenida en la caja Gallarate de cartón. Diagnosticué la tregua del metabolismo para tranquilizarme, recuperación del aliento, fusión de tiempos en que mi conciencia buscaba y aceptación de que los dos que creo ser es uno fraccionado.

Ensayaba últimamente rodeos retardando el viaje de regreso, lo que recuperé así como el cuestionamiento de impresiones infantiles por preguntas adultas. Me estancué supongo, en la necesidad de referir un episodio adecuado a las cargas emocionales del encuentro con los compatriotas y que fuera vivido de manera singular. Luego de decidir que aquí estarían mis raíces y cenizas, zafé del interés por las evoluciones de los uruguayos dispersos por el mundo, dejé de pedir libros de allá y discos a los viajeros de paso para

evitarme ser un dependiente de dos patrias; una terrenal con familia y trabajo, impuestos y cupones de la Once, comidas reguladas y telediario, la segunda flotando en territorio ocupado, confundida en rincones inverosímiles del universo, como si Uruguay fuera un grupo teatral vanguardista, la troupe mestiza y gaucha de los Harlem Globetrotters en gira permanente. Estas consideraciones son recientes, se suman desde que tienen para mostrarse unos minutos entre la noche y el amanecer, el resto del día creo ser una persona sensata, necesitada de esta válvula de escape a manera de vida secreta donde acariciar un vicio mal considerado.

Antes de la crisis del regreso era alguien sin necesidad de esta ronda en círculos, los episodios se unen gritando la evidencia del sentido que tiende a fugar a medida que pasa el tiempo; parece claro lo sucedido al regreso de las vacaciones pasadas, vinculado a lo de ayer, luego a la tarea de hoy e igual a palabras pronunciadas hace veinte años. Estoy leyendo de manera desordenada un manual de instrucciones de una relojería compleja cuya utilidad ignoro. La vida prosigue sin saber si se trata de la máquina del tiempo, el artefacto del movimiento infinito, el aparato central de una colonia penitenciaria que me dará al tiempo su veredicto y la configuración del castigo. Dentro del mecanismo existe un pequeño engranaje que comenzó a movilizar sus dientes decía al volver de las vacaciones pasadas vividas aquí mismo, que es otro lugar y sucedió

promediando el mes de octubre. La litografía comenzó a llamarme la atención, día a día saltaba a mi encuentro por algo diferente escabulléndose a mi mirada exenta de atención especial. Al principio fui indiferente al reclamo apocado, la situación pareció agravarse y temí por el destino del grabado; un deterioro que ingresó por azar y voluntad en período de crisis necesitado de cuidados, que por desidia e ignorancia había omitido. Por fortuna, aunque lo descubrí en desesperación quedan en Pontevedra unos pocos especialistas en restauración de obras, antiguos artesanos en vías de extinción, capaces de recordar cómo se construía el arte y la memoria en los siglos pasados, esa que circula aún entre las manos de la gente y sin permanecer fijada en los museos. En una de las calles cercanas al Museo regional, la calle pequeña parecida a un callejón sin salida, para cortar camino de quienes saben el trazado íntimo de Pontevedra, atrás más bien del Museo Arqueológico se encuentra uno de esos talleres. Lugares a los que por participar de atmósferas queridas, lejos de intereses cotidianos, uno está dispuesto a atribuirle virtudes mágicas relacionadas a la cautela del emplazamiento, la suciedad declarando indiferencia material y la vejez del propietario, como si en la lejanía de la juventud se hallara la vía para conservar preservando la tradición.

Recuerdo que el día era propicio a la atmósfera de sobreentendidos con la que se acomodaba mi predisposición. La bruma cubría los tejados grises del centro y la luz

disminuía en intensidad segundo a segundo, estacioné el Seat en las inmediaciones como me aconsejaron en la galería donde consulté. Con la litografía envuelta en papeles especiales tomé por calles cortas, tratando de ubicar el taller ante el cual uno puede pasar de largo sin advertirlo, mirándome podría pensarse en un amateur orgulloso de sus colecciones sin ser por cierto mi caso. Llevaba el grabado con respiración de desahuciado, la vendedora de Aviñón fue clara al indicarme que se trataba de una pieza menor, que su autor figuraba en los catálogos apenas en condición de discípulo y seguidor, alumno entre los mediocres de un artista que gozó de cierto prestigio extraviado con el paso del tiempo. Por ese desamparo de filiación, tenía la aprensión de quien ve en peligro una pieza única y cuyo valor no dependía del fragor de los remates.

El lugar correspondía al imaginario que me había armado en los minutos previos y el dueño era en efecto, un hombre mayor de edad indefinida. Gafas antiguas de carey, manos teñidas por Parkinson incipiente lograron desconcertarme pensando en la delicadeza y precisión del oficio; si bien se podría presentir una tragedia a mediano plazo, obvia en nuestra conversación, cualquier consideración de mi parte hacia ese descontrol de las falanges hubiera parecido inoportuna. Considerando mis preocupaciones estaba ante el brujo que podría sacarme del perímetro del mal, último recurso para salvar mi "Vista de la Bahía de Montevideo" afectada por una enfermedad del papel que sobrepasaba mis

conocimientos sobre la digestión humana. Estaba comprometido con el objeto, el grabado es pieza única, seguro que las otras copias se pudrieron y el soporte preservando el conjunto captado del proceso: paisaje original, mirada que deforma, iluminación del encuentro y gesto inicial de la mano, reproducción para proliferar la infantería en la batalla, el tiempo de ejecución y el otro oscuro hasta el descubrimiento, anagnórisis que aguarda a una sola persona. El hombre desarrolló el paquete como desactivando una bomba en el fondo del sótano, se caló los lentes con convicción y observó por unos minutos el paisaje para mi tan familiar.

Lo hizo de tal manera que parecía demostrarme que yo no supe leer como era debido la potencialidad de lo fijado sobre ese papel y del tamaño de una página.

- ¿Usted sabe que existió la escuela de artistas germánicos y flamencos, jóvenes pobres y talentosos conocidos como los condenados? Me permito explayarme porque se trata de un episodio singular y desconocido. Las editoriales y sociedades científicas de siglos pasados recurrían, para sus ilustraciones, a artistas reconocidos por su rapidez y confiabilidad. Eran ellos quienes marchaban por el mundo y si bien se multiplicaban sin cesar, eran insuficientes para absorber la mano de obra disponible. Esos condenados eran los rechazados de entonces, delirantes a quienes una borrachera hacía perder la partida de un barco, postergados año a año y a pesar de presentar sus carpetas todas las

semanas. Nada de ello tenía relación con el talento, simplemente el mundo giraba de esa manera, eran los que se quedaban en tierra soñando con tempestades en alta mar y la excitación frustrada de reproducir insaciables flores carnívoras. La reacción de estos pobres hombres conoció dos caminos, unos se abocaron a retratar con ferocidad pueblitos natales, trabajos estremecedores que muestran la crueldad de un siglo XVIII distanciado del espejismo de las Luces. Otros, se lanzaban ebrios y palpando la locura a realizar paisajes imaginados que jamás contemplarían, lo hacían a partir de alguna información menor sobre lugares nunca vistos por sus ojos, y el resto lo contemplaba la imaginación reflejada. Su grabado es uno de ellos, sabían de una ciudad lejanísima llamada Montevideo, una bahía con promontorio, un cerro solitario como ese es un llamado a la suposición aventurera... exceptuando esas restricciones sobre la verdad del resultado final, es sin duda un hermosísimo trabajo.

Esas fueron sus palabras, información pertinente a un coleccionista transmitida con tono secreto que le daba al grabado un valor agregado de intriga, bonito juego de tensiones entre realidad, arte y fantasía descontrolada. Para mí, nacido en ese paisaje inventado por un integrante de la escuela de los condenados, las palabras del restaurador me depositaron al borde de la indignación tolerante y el silencio. Estuve tentado de oponer alegando con calma hasta demostrarle su equívoco y denunciar la inexactitud, la farsa del relato, sin duda una historia hurgada para cobrar más

caro el trabajo de limpieza al cliente ignorante de los procedimientos secretos; a la vez sabía tener la razón y su versión era más probable que otra cargada de referencias demostrables. Si replicaba, la farsa concluía, reafirmaría convicciones chauvinistas y llegaría a la catarsis mediante una satisfacción menor. Un resorte cínico y macabro, infrecuente en mi conducta, me decidió a optar por seguir adelante en el cuento de esos condenados, comprobar hasta dónde llegaba esa vía de razonamiento aceptada por cualquier ser normal de la evolución, exceptuando los que nacimos en Montevideo. Contrariando un número reducido de testimonios anteriores, confirmaba en el otoño de Pontevedra la explicación externa y válida sobre mi lugar de nacimiento.

Pasando a razones concretas de la consulta, el hombre desmontó la pieza hasta sopesar el papel y raro: al contacto con las fibras sus dedos parecieron calmarse, el papel era de un tono blancuzco opaco con rugosidades bárbaras y mal recortado en el perímetro, en el reverso se delineaba el seco impacto de la prensa manual. Las letras de la leyenda fueron escritas posteriormente a la impresión y con una tinta negrísima, que tenía reflejos brillantes, vetas ferruginosas.

-Este paisaje está enfermo, dijo el viejo en su primera aproximación al asunto.

Aquello que a mí me preocupaba sobremanera, a los ojos del experto era simple rutina. Por porfía del tiempo, humedad, agentes extraños y latentes el papel fue atacado



por una colonia de hongos y bacterias que, si no eran tratadas a tiempo terminaría por contaminar el trabajo hasta destruirlo. Había comenzado un violento proceso de contagio expansivo y que en poco tiempo devoraría el papel hasta deshacerlo, llevándolo a otro estado de la materia y degradado sin retorno, incluso a la textura del día de la consulta. Fue gran suerte detectarlo, con un tratamiento adecuado podía detenerse el proceso de descomposición y salvarlo.

-Se trata de un caso interesantísimo, dijo el hombre teniendo el grabado a poquísimos centímetros de los ojos.

Esperaba otra acotación referida a la complejidad de la restauración justificando el costo del tratamiento aconsejado, asunto sobre el cual no se había pronunciado todavía.

-Venga, me dijo. Si dispone de unos minutos vamos a observarlo con más atención.

Lo acompañé hasta la trastienda del local, ignoro si la invitación fue intencionada y pudo sorprenderme; contrastando con la parte pública del negocio había vidrios recostados en el muro, marcos de los estilos más variados apilados cerca de telas engrampadas a bastidores para óleos, el todo en desorden que hacía sospechar un método. La parte trasera del local tenía aspecto de laboratorio de alta precisión sobre asuntos desconocidos por el común de los mortales y sobre una mesa de madera, limpia como para una disección de lagartos había instrumental flamante.

El hombre nada dijo sobre el contraste de ambas zonas, lo que debería ser parte de su puesta en escena, limitándose a colocar el grabado sobre una plancha de metal. Luego reguló un sistema de coordenadas para fijarlo y acercó una estructura articulada rematando en un sistema combinando lupa y lámpara. Permaneció observando un buen rato, hasta que comenzó a hablarme como hacen los forenses a medida que avanza la autopsia de una mujer asesinada, dirigiéndose a un anfiteatro de estudiantes avanzados.

-Hace unos instantes le dije que se trataba de un caso interesante, ahora puedo confirmarle la rareza. Es probable que esté envejeciendo y sea tiempo de retirarme. Como supondrá, a lo largo de mi vida he visto miles de casos de hongos actuando sobre los soportes más variados, conozco las especies únicas de todos los rincones del planeta, adivino su estrategia de progresión desde que despiertan y acepto la derrota cuando hacen innecesaria toda acción terapéutica. Lo diferente aquí no es la identificación de la especie, el cálculo del tiempo de irrupción ni las secuelas que tendrá sobre el papel y el trazado. Es complejo explicar en qué consiste la extrañeza, por ahora debo conformarme con la intuición y esa ignorancia llamada oficio. Estoy convencido de que en el correr de los últimos años el mismo motivo se alteró y de otra manera... lo fantástico es que la movilidad de la colonia de hongos, desplazándose con inteligencia propia, modifica el espesor de los trazados originales, la

trama cerrada de algunos sectores oscuros, afectando una continuidad de líneas principales sustentando la estructura armónica del grabado. Esta línea, por ejemplo, que lleva hasta este cruce una clara tendencia siendo imposible que en el momento de la incisión haya tomado otra trayectoria. Le pido, si ello es posible, que me lo deje unos días para estudiarlo; sería para mí un sosiego que esta primera lectura excitada fuera equivocada. Usted que conoce la obra ¿puede decirme algo?

Acerqué la cabeza a la lupa para descubrir lo nuevo en el desconcierto, algo había sucedido en el proceso indicado por el viejo. Una vez más sólo podía confrontar un recuerdo con el presente, volvió a mi memoria el momento de la compra y la ciudad que puede estremecerme. El paisaje de mi bahía contemplado desde el mar era distinto al observado en la deformación grotesca del aumento, sin la pericia del viejecillo para argumentar técnicamente, apelando a microorganismos inteligentes e imposibles modificaciones de trazados originales, sólo podía concluir que la ciudad era otra y se anunciaba la inminencia de un deterioro. Era cierta la presencia de líneas forzadas, como si el grabado buscara un reacomodo y más allá de los objetivos de hongos inteligentes se fuera adecuando, saliendo de la excéntrica imaginación de los discípulos condenados, a la presión emotiva de la historia presente. Allí podían haberse trasladado mis cambios interiores, los hongos aparecieron en el papel después del encuentro con Gonzáles y Barone,

podría cifrarse una provocación de mi inconsciente a confrontaciones que postergué por años.

Pasando al plano profesional, declarado mi desconcierto el artífice recomendó un tratamiento delicado y radical, incluyendo un estudio de reacciones del papel ante el comportamiento agresivo de los organismos, previendo la continuidad del proceso. En jerga de colega el hombre me tranquilizó.

-Nada puedo asegurarle, a lo máximo que puede aspirarse es a detener la contaminación. Será imposible restituir el trazado original del motivo tal como sospecho era antes del comienzo de la infección, cuyos orígenes son desconocidos y poco agregan. La colonia de hongos se comporta con un componente de esquizofrenia que desbordó la provocación del artista. Veremos en las próximas horas... en estos casos hay que recurrir a la paciencia, cuando el tiempo se fija sobre papel siempre hay complicaciones.

Salí del taller y era noche cerrada, quería convencerme de que dejaba mi paisaje en las mejores manos para sanarlo. Las calles estaban desiertas, antes de buscar el Seat para volver a casa me vinieron ganas de caminar, sintiéndome capaz de superar cualquier distancia habiendo dejado atrás la edad de las proezas físicas. La iniciativa se limitó a dar unas vueltas por calles aledañas y un par de copas en un local acogedor donde estaba encendido el televisor. Sobre la pared lateral del negocio, había como decoración una pintura rudimentaria representando un paisaje de puerto pequeño

de pescadores, idilio marino intemporal. En una mesa próxima al mostrador unos viejos, anclados en el presente, jugaban al dominó y bebían vino, luego de dos orujos terminé aceptando la evidencia que venía cercándome desde hacía semanas: era tiempo de darme una vuelta por Montevideo.

En ese lugar neutro y a esa hora predestinada había llegado a una conclusión lógica, serena; si parecía sorprendente, a nadie escandalizaría teniendo asegurado el muelle de la comprensión. Temía comunicarlo a mi familia viendo en ello una parte de abandono; existe una diferencia entre aquello que creo haber sentido y lo ocurrido en mi conciencia. Es prudente descartar la incoherencia de los sentido y referirme a hechos tal como sucedieron a partir de ese momento, sabía que posponiendo comunicar la decisión me sumiría en una depresión, la angustia de determinar el momento adecuado para hacer el anuncio. Podría postergarse y reaccionaría como un demente, escondiendo entre la ropa planchada y en cajones del escritorio las tarifas de avión, combinaciones de aerolíneas y un estimado de fechas de vuelo. Como suele hacerse con cartas manuscritas comprometedoras, pretextos similares aceleraron procesos y concentraron situaciones en un único día.

## XVII

Haber llevado a restaurar el grabado fue la chispa inicial, luego ocurrió el desconcierto por las diferencias, la decisión del viaje y la comunicación a la familia durante la cena cuidándome de dejar en claro -empezando por Carmen- que se trataba de una experiencia íntima y personal. Olvidé la fórmula utilizada, palabras inadecuadas y sinceras elegidas para la improvisación del argumento, donde sin mentir relacioné hechos recientes dándoles un carácter menos preocupante. En su momento, hablé del grabado como de un trámite de mantenimiento para que conservara su valor en el mercado y los deseos de visitar Montevideo, oculto en sentimientos fijados en la infancia, en lo profundo del corazón.

Carmen reaccionó con calma aceptando mi versión, después de años me acompaña en la concreción de proyectos modestos, también los ambiciosos intuyendo que en algún momento yo caería en la tentación del viaje. Práctica como siempre, le preocupó coordinar fechas con feriados, colegios y agenda de trabajo, se sentía segura en los planes comunes; aceptaba enviarme a una parcela de mi vida que le era ajena, desconocida y puede que peligrosa. Sabía que la comunicación supuso meditación, la decisión previa irrevocable y se comprometía a que durante el fin de

semana coordináramos detalles fastidiosos. Cuando estuviéramos a solas intentaría explicarle lo que me sucedía, buscaría tranquilizarla en cuanto a la ausencia de peligro, habían pasado años y la situación del país era otra. Para mis hijos mayores Segismundo y Rosalía, la idea de mi partida a Montevideo era extravagante; aunque querían entender las razones del padre, les era difícil admitir que pagara un pasaje el doble de lo que costaba viajar a San Francisco. Ellos tenían su vida reivindicándola como la única en el plan ordenado de las cosas y era prioritario desinteresarse del pasado del padre, les desagradaba la eventualidad de visitar la ciudad donde emigraron sus abuelos. La idea de amigos de la juventud sólo la asociaban con pájaros venidos del norte, decidieron olvidar que la familia tuvo ancestros pobres que se lanzaron a lo desconocido, apenas con lo puesto y un baúl remendado, atestados con otros miles de españoles en camarotes colectivos de tercera y última clase. Por otra parte allá no pasaba nada de interés.

Yo renegaba por la indiferencia de los herederos y que podría llegar a indignarme, tampoco podía obligarlos a vivir el desajuste que era mi vida. Con precipitación inoculé el tema del viaje en el hogar: padre iría a pasar unos días a su ciudad de nacimiento porque esas cosas se hacen y en voz más baja, sólo para los chicos: hay que entenderlo. Estábamos por retirarnos cuando el hijo más pequeño habló.

-Papá, yo quiero ir contigo.

-Mi amor -le dije-, ¿sabes a qué lugar quiere viajar papá?

-Si que lo sé, me contestó.

-Ese es un lugar que queda lejos.

-Quince horas de avión en vuelo desde Madrid. Montevideo es una ciudad localizada en el paralelo sur 34 y fundada por el adelantado Bruno Mauricio de Zabala. Ubicada sobre el Río de la Plata, tiene una población cercana al millón de habitantes y es la capital más austral del continente americano.

- ¿Y eso?

-Espasa - Calpe papá, como tú nunca cuentas nada de tu infancia ni del lugar donde naciste, como si estuvieras arrepentido ...

-De eso nada, lo que sucede es que tengo mucho trabajo y cada cual se preocupa por su propia vida, repliqué, sabiendo que se trataba de una excusa endeble, inadecuado al estupor que me provocó la reflexión del niño. Pero está bien, si quieres venir conmigo viajamos los dos siempre y cuando tu madre lo autorice. ¿Se puede saber por qué quieres viajare a Montevideo?

-Así puedo conocer la peluquería de Pachalian.

La madre y los hermanos se rieron festejando la gracia del más pequeño, su agilidad para inventar respuestas ingeniosas. El pequeño lo dijo, me lo dijo y aguantó mi mirada; estoy seguro de que nunca le conté nada de mis rapadas infantiles en el local del armenio, había olvidado la existencia de ese personaje hasta que Eulogio lo nombró. La nueva sorpresa se sumaba a las restantes novedades y era



una nota más al pie de página, hubiera sido imprudente comenzar una indagación sobre las fuentes de información manejada por Eulogio, por ahí comenzaba a contar en alemán en uno a diez. Estaba convencido que la historia de Pachalian no constaba en las páginas del diccionario que había en la casa y menos el viaje de invierno del viejito alemán, que acaso era la vejez del grabador sin edad que fue a ver los paisajes delirados de su juventud antes de morir.

La preparación del retorno resultó rápida, se limitó a determinar en acuerdo con la familia un hueco de tres semanas y reservar billetes en la agencia local de Iberia. A finales de octubre estaba coordinado el viaje que emprendería con el menor de mis hijos; temía que al niño pudieran presentársele complicaciones por la experiencia, pero luego del diálogo en la mesa evocado ayer a la mañana, era inconcebible dejarlo en Galicia y menos inventando una excusa falsa para no llevarlo. Si yo tenía la imperiosa necesidad del regreso, mi hijo me sorprendió con su interés por conocer aquello, el orgullo me hace creer que lo hizo para seguir mis pasos y saber algo del progenitor. Mientras lo observé en las semanas siguientes, deduje que la iniciativa de Eulogio estaba relacionada con cierta empatía de imitación a la figura paterna, inventó una fantasía en torno a la palabra Montevideo, necesaria a la imaginación como la metrópolis futura, la Bagdad de cuentos orientales y

otros planetas destruidos que aficiona en dibujos animados japoneses.

Había algo relacionado a la intuición dirigida, como si mi hijo utilizara otro sentido complementario que le dio una percepción distinta sobre la realidad y la historia de la ciudad que era la mía. Conocía en detalle y más lo que estaba sucediéndome relativo al viaje, dejándome vivirlo a mi manera mientras él cargaba información, oponiendo sorpresa al conocimiento. Fue lo que ocurrió una vez que estuvimos allá, mientras yo buscaba un procedimiento ligado por enlaces racionales, las intuiciones me llegaban a través de la mirada y la palabra del niño, él parecía tener la memoria de hechos inmediatos y una pasmosa facilidad para las segundas lecturas. Era como si la memoria, que excluí al abocarme a los aspectos concretos de la vida, al cabo de años de olvido y transferencia genética, la hubiera recuperado intacta mi hijo. Pobre niño, no se trataba de un don prodigioso y que pudiera asegurarle el porvenir, pero él lo vivía con angustia viéndose sofocado por informaciones que podían aturdirlo. Prefiero dejar para otro día el considerar las consecuencias del viaje, administración complicada, pues una de ellas es que me haya propuesto pensar esta crítica en vacaciones.

Me falta perspectiva y capacidad estructurante para establecer la linealidad de los hechos, lo que pretendo que tenga la impronta de la objetividad termina impregnado con la coloratura de lo sucedido después. Por cuestión de

equilibrio mental necesito ordenar y clasificar los hechos tal como ocurrieron, hasta ese momento el viaje y los sucedidos que lo rodeaban podían reducirse a episodios descriptibles. Una vez decidido el viaje llegó un tiempo de espera que calculé en tres meses, donde todo día se hizo notar en cada hora y con peso específico.

## XVIII

La espera tampoco es la causa primordial por la cual haya comenzado a considerar el viaje a Escritura, en ese tiempo sucedieron hechos sugestivos que necesito retener. Aquel fue un invierno crudo como hacía años no conocíamos en la región, hubo una continuidad de temporales con la apariencia de ser el mismo que se repite, fríos de una noche que helaban la naturaleza y tragedias engarzadas de los barcos de pesca. A pesar de la tecnología moderna al servicio de la previsión del tiempo y satélites de la navegación, ese año Poseidón estaba decidido a devorar a los hombres de mar, lo que dio a la región una atmósfera de pesimismo y dolor. Las tardes de los días libres las recuerdo tormentosas, al punto de pensar que la lluvia sería de ahí en adelante el estado permanente y llegado el día marcado en el billete Iberia no podría desprenderme de la tierra que querría enterrarme en el barro.

Durante la espera llegué a pensar en una conspiración de los elementos para impedirme regresar, cuando lo que sucedía es que empezaba a dudar de haber tomado la decisión correcta. El impulso inicial había pasado, la ansiedad y confianza dieron lugar a un temor nuevo, a la alegría adelantada por el reencuentro le anteponía el temor a la realidad que encontraría decepcionante, hasta ser el

factor poderoso que pudiera confrontarme con la persona que fui. El otro quedó fijado en la subjetividad de memorias desconectadas y luego de veinte años el espejo empañado de ausencia podía devolverme otra verdad sobre lo hecho con mi vida. Al calor de calles y a la sombra de árboles de veredas barriales sería imposible jugar al anonimato como lo hice con Gonzáles y Barone. Los vivos siguieron en una continuidad incierta, fui yo quien cambió de aire, de vida y volví llevando un hijo de la mano. Debido a esta duplicación y a la compañía de mi heredero fue que me negué a anunciar el aterrizaje. Alquilé por tres semanas un apartamento amoblado en Pocitos, mi llegada estaba prevista en el sur y acentuando la diferencia el invierno gallego se presentaba intenso y perturbador.

Hacia principios de diciembre, durante una consulta recibí una llamada del restaurador avisándome que el trabajo estaba pronto.

-Hice lo mejor que pude y por el momento la colonia de hongos desapareció. Lo siento, se confirma el diagnóstico sobre la modificación del diseño original. Me consta doctor que usted es una persona ocupada, igual me agradecería que un día viniera a visitarme al taller. Tengo curiosidad por conocer detalles del origen de la pieza y las condiciones de creación. Le confieso que me gustaría quedármela pero es un deseo sin esperanza. A la vejez tal parece que algún duende del arte del grabado quiere jugarme una mala pasada, poniendo en entredicho lo que creía saber sobre el

oficio. Seguro que la plancha tiene un significado especial dentro de su vida, pase por el taller cuando quiera y olvídense de los honorarios, bien pronto tendré que consultarlo por otra colonia de microorganismos que me provoca dolores con frecuencia. Espero verlo antes de mi llegada al hospital, para deducir algún dato sobre el condenado litógrafo que imaginó en peligro la bahía del sur.

De momento, con la preparación de viaje lanzada prefería evitar ir a lo del restaurador; además del diálogo, me intimidaba la existencia de dos ambientes distintos bajo la apariencia serena del comercio apartado de la vida económica moderna, e indagar sobre asuntos del grabado que me tenían sin cuidado. Le pedí a un ordenanza del hospital que me hiciera el favor de recuperarlo, escribí unas palabras de disculpas por faltar a la cita, deje abierta la posibilidad de un eventual encuentro y las acompañé con una botella del mejor brandy. Durante los primeros tiempos guardé el paquete tal como me fuera entregado ese día, me negué a comprobar el resultado del trabajo por algún temor difuso. Decidí que era preferible reconstruir el grabado mental de la ciudad aquella, antes de recibir la nueva configuración entre artistas condenados a frenar los viajes, por el alcohol, el capricho agresivo de colonias de bacterias inteligentes y manipulaciones secretas del restaurador.

La excitación de las fiestas de fin de año ayudó a que algunas semanas pasaran rápido y supe cuál había sido mi rutina diseñada en la segunda vida. Obviando causas

políticas y emotivas la ida sería ruptura, liberaba pasiones haciendo circular una excitación distinta; la preparación de las fiestas de diciembre me hizo ver que eran iguales a las vividas los últimos años y la felicidad tenía esclerosis de redundancia. Podía prever regalos y destinatarios esperándolos con fingida indiferencia, las horas de llamadas interrumpiendo la cena, bromas habituales y gustos repetidos, anécdotas evocadoras de parientes muertos y ausentes, hasta el orden de las comidas. Ellos estaban en lo cierto, era yo que confundía el valor de una tradición familiar, el peso del asunto religioso y poderes paganos del lugar con la molestia de tener una memoria infiltrada.

En pocas semanas manejé posibilidades de autocrítica y como no sucedió en veinte años era tarde para delinear las vidas dejadas de lado, había una fecha, el número de vuelo en computadoras de aeropuertos, un avión revisado, tripulación asignada y horario previsto de llegada a Carrasco. El universo se orientaba a concretar ese vuelo, los amigos se interesaban por mi expedición indagando con morosidad y buscando entender mi decisión, según ellos, de marchar a las antípodas del mundo, una selva enmarañada entre indios importándoles relativamente que yo hubiera nacido allá. Les parecía un destino desgraciado, menos podrían entender la sutileza de cambiar el viajar por un volver y un descubrir por el reconocer. Retrocedía, buscaba encontrarme con otro yo abandonado en la ciudad de la catástrofe. Era tiempo de bajar a la playa luego del

naufragio a revolver pedazos dispersos por el mar, recorrer el campo de batalla la mañana siguiente buscando entre la podredumbre de cadáveres a la intemperie una cara idéntica a la mía.

Una vez decidido el viaje comenzaron a llegar mensajes extraños; hoy y en el amanecer de este día quiero creer que fueron pruebas sobre la existencia de Montevideo, quedando así en entredicho los testimonios hallados en la caja de zapatos. En su momento se trató de una serie de episodios acopiados en cascada, intrascendentes en su forma y cuya acción combinada se agregaba a las causas del viaje, que de tener un sentido era reagrupar dudas en suspensión. Hace años, cuando el barco se separó de los muelles yo desertaba una configuración precaria con dos vanas presunciones: lo abandonado evolucionaría de tal forma que podría prescindir de mi presencia para concretarse y la otra -una vez refutada la anterior- era que lo perdido pudiera permanecer intacto hasta un improbable regreso. Negando el curso de la historia deseaba recuperar la imagen incorrupta de Montevideo y que se hubiera prolongado veinte años el mismo día de noviembre. Como sucede en las explicaciones escolares sobre la teoría de la relatividad y a la inversa, después de dos décadas fuera yo que retornara envejecido y mis amigos guardarán el aspecto que tenían al gritarme instrucciones finales desde la dársena, confundidos con la brisa entre sirenas de trasatlántico.



Sin la técnica secreta de la escuela de los condenados, había imaginado una ciudad a la cual otra colonia de hongos inteligentes contaminó hasta la destrucción; no siendo sentimientos míos más bien los que suponía debería sentir el yo que permaneció allí. Fastidia desaprovechar el tiempo de reflexión pensando en mi situación, la reproducción de dolores distantes que nos importan a unos pocos y a nadie más. Somos una colectividad devastada siendo arduo inventarse un pasado, la ciudad resultó un caserío de emergencia impidiendo avances aviesos, creciendo sin proponérselo ni temor del destino, casa descuidada recorrida por enormes ratas y fundamentos carcomidos por termitas voraces. Soy el menos indicado para decirlo, es inevitable el pensarlo –al menos para conversarlo conmigo- que los vestigios guardados en la caja de zapatos refieren a hechos jamás ocurridos.

Antes del viaje presentí estigmas dolorosos que me predisponían a creer, entonces llegó la carta de Barone agradeciéndome por haber sido en el Congreso el único colega extranjero que demostró interés por su país, tan distante de los espléndidos hoteles de Singapur. Supe por la prensa que un elenco del Teatro Circular participó en el Festival de Teatro de Cuenca representando una obra cubana, algo es algo; me enteré que la selección nacional de fútbol en gira de venta de jugadores empató otro partido, que ni siquiera se transmitió por tele cable, que proxenetas uruguayos violentos y determinados operaban con suceso en

el norte de Italia. Noticias más reveladoras y espectaculares para agencias internacionales que las escaramuzas caseras provocadas por elecciones y plebiscitos. Una regata internacional de catamaranes llegaría por esos días al puerto de Punta del Este antes de seguir rumbo a los hielos del sur, noticias de tribu nómada, territorio asediado, nombre que nadie asociaba con la consistencia del mundo. Creo que es un sentimiento sólo rondando en una pequeña generación de compatriotas, solidaria de la memoria comprometida con nostalgia, condenada como los olvidados autores de paisajes imaginarios; a contados integrantes de mi generación, es algo que me pasa sólo a mí y por miedo al desamparo. A esa nada existencial quiero ampliarla a una categoría de sentido colectivo protector, como sucede ahora siendo el que piensa en viajar a Escritura y lo hago en la tregua de retiro mío, la memoria mía, una manera de organización mía. Durante las meditaciones, mientras lo único para compartir es el silencio con sentido y el interlocutor transcripción del pensamiento de la historia que se viene acercando.

La interminable cuesta de enero del largísimo invierno se consumió en días que demoraban en sucederse, dejaba mi cerebro disponible para mínimas actividades del seguir funcionando socialmente. Estaba mentalizado para la partida y las fuerzas laboraban en ese sentido, organicé mis guardias de relevo con los colegas, estábamos en malas fechas y presupuesto para disponer del personal suficiente. En la casa todo fue por el contrario facilidades gracias a

Carmen, que asumió de manera impecable los asuntos domésticos; pretendí ocultar la ansiedad aguardando apenas un amable reencuentro. En verdad tenía la mayor de las disposiciones a facilitar acercamientos, sin encerrarme en una peripecia personal y con capacidad de entendimiento, seguro que en pocas semanas sería extranjero en mi tierra donde se cruzarían la historia y mi pasado personal. En total ello insumiría veinticinco días, iríamos de Pontevedra a Madrid en un vuelo interior y desde allí, luego de una escala de tres horas haríamos el vuelo directo de Barajas a Montevideo. Eulogio vivió la espera con sorprendente calma, como si fuera un adulto con muchas horas de vuelo en su haber y el cruce del Atlántico le resultara normal, menos abundé en interrogatorios optando por observarlo y serenar a la madre aceptando indicaciones de cuidarse.

Los últimos días son un sueño en tiempo real, resultan sin importancia los efectos colaterales de mis recientes meditaciones y acaso de incidir, ello ocurre de manera incongruente.

## XIX

Lo crucial resultó que el 31 de enero último mi hijo y yo subíamos al avión en el pequeño aeropuerto de Pontevedra. Llovía y el cielo parecía oscuro de malos presentimientos, en algunas horas y combinando dos movimientos estaríamos bajo el sol del sur, el viaje había que hacerlo a ciegas dependiendo del instrumental. Comenzaba una separación de casi un mes como si el tiempo pudiera medirse en un solo sentido; buscando mi pasado había aviones que partían a las mareas del sur. Cuando subimos la escalerilla y entré al avión miré, inspeccioné el resto del pasaje, era inconcebible que tanta gente tuviera por objetivo los aeropuertos del último Virreinato; la mayoría seguro que seguiría hasta Buenos Aires, sin embargo quedamos unos pocos esperando valijas en la cinta transportadora de Carrasco y me faltan informaciones descriptivas relativas al viaje ese: suspensión que debo anotar luego y convencerme de que ocurrió.

Entre sueños con horas reguladas en el Omega que fuera de mi padre llegamos a destino. Las primeras impresiones en mi memoria son de paz interior, tranquilidad y mirada reconociendo escenarios, pocas experiencias son tan intensas como un comienzo de febrero a las diez de la mañana en Montevideo y más si el protagonista nació allí. Veníamos de un invierno rudo unas horas atrás, la luz tibia

anunciando el mediodía, con el calor apretando amenazando con subir de hora en hora me hizo sentir bien, hasta contento por adelantado, algo de la ciudad consigue sobrevivir a los estragos de tiempos durísimos. Lo esfumado me recordaba que mi visión era interesada y estaba alerta aguardando el embate de contrastes, a la defensiva. El bullicio del arribo de un vuelo internacional causa alboroto, impidiéndome adentrarme en detalles sensoriales, una identificación de síntomas negativos para los que me preparé mientras dormía.

En el mostrador de desembarco y documentación presenté pasaportes españoles para evitar revisiones del equipaje recuperado; no había largos corredores para hallar la salida ni cintas transportadoras conectando edificios contiguos, la pequeña sala de ingreso era prolija. A través de ventanales se distinguía el comienzo de obras de ampliación, ingresábamos por otro de los costados de la ciudad. El aeropuerto luego de años de ausencia impresiona de manera diferente, como bomba ruidosa que extrae del subsuelo materia bruta de recuerdos sin refinar. Lo primero que el viajero encuentra al salir del área de trabajo, pasando galpones de empresas de transporte internacional y oficinas de despachantes de aduana, cruces asfaltados con tréboles que llevan hacia la zona balnearia del Este, es Carrasco con su emblemático hotel y concentrando la riqueza del país. Era una deducción previsible y estaba preparado a explicarle a Eulogio cosas sobre la ciudad, la historia ya escrita del país.

En esos minutos sospechaba que el niño estaba en poder de más información de las que suponía y obtenida por otros procedimientos que la lectura; como ingresando en territorio poseído, durante los primeros tramos de trayecto él permaneció tomado de mi mano mirando para todos lados, corroborando las razones que lo decidieron a acompañarme.

Una vez cruzados los controles estábamos libres en territorio nacional, a la salida del edificio había una larga fila de taxímetros Mercedes Benz elegantes y amplios, idénticos y pintados de color crema. Nadie nos estaba aguardando, a nadie le había escrito anunciándole la llegada ese día y en ese vuelo. Decidí hacer el ingreso de manera anónima en solitario alejado del reconocimiento que supone una separación de veinte años, quise conjurar el esfuerzo de explicar, justificar y menoscabar lo ocurrido, la vida sucedida fuera de la mezquindad de unos minutos de regocijo por pertenecer a la estadística de sobrevivientes. Tenía dólares y pesetas en el bolsillo como siempre que viajo, la primera confrontación material estaría en el cambio de moneda y decidí postergarla sin hacerlo ahí mismo. Salvo la resistencia de la palabra peso, la relación entre pesetas, dólares, precios e incontables devaluaciones de los últimos años, arrastrando ceros y destinos a diestra y siniestra me tenía confundido, estaba sin datos del valor verdadero de nuestra moneda, de lo concreto e intangible perdido durante mi ausencia. Mis emociones valían un vintén, como si la vida de hubiera sido devaluada sin aviso.

Con Eulogio subimos a uno de los Mercedes, le di al chofer la dirección del apartamento donde una empleada de la inmobiliaria estaría esperando, con flexibilidad de horario por si había retrasos e indicándole que preferíamos ir por la costa. La mejor manera de entrar a Montevideo es dejándose perder, avanzar teniendo el límite de la ciudad a la derecha y el abismo ciego del río a mano izquierda, figurando el desfiladero entre presente y memoria. Salimos sin inconvenientes del atasco del perímetro del aeropuerto y su influencia como nexos con la zona del Este, llegamos a sucesivos entronques de derivas hacia otros contornos del país; para mi sorpresa resultó complejo el nudo de avenidas entrecruzadas y sin llegar a ser desordenado el tráfico era intenso. En mi prejuicio defensivo y elucubraciones de derrotista aguardaba encontrar sufrimiento inmediato, poco más que una ciudad deshabitada; al punto que el caudal de vehículos borraba distancias entre rodados yendo desde los Citroën chatos negros dignos de museo, hasta BMW descapotables venidos de un fastuoso futuro.

Cuando atravesamos el breve puente límite entre los departamentos de Canelones y Montevideo, el vehículo giró a la izquierda por una calle en curva donde estaba el destino de algunos ómnibus de recorrido urbano y había, a ambos lados de la cinta asfáltica, una tupida hilera de árboles altísimos. Luego de andar unas pocas cuadras en esa dirección, caímos en perpendicular sobre la costa repetida y enfilamos hacia la derecha en trayecto conduciendo a la

densidad del centro. Sabía que de ahí en adelante se irían alineando mansiones chatas, hasta llegar por inercia al primer elemento reconocible del paisaje, la silueta del Hotel Casino Carrasco implantado con cierto sinsentido frente a una playa mansa. El edificio resultó la avanzada hacia principios de siglo, de ilusiones aristocráticas importadas de Bristol y Mariembad, establecimientos elegantes ganados por una decadencia desde los primeros compases del baile inaugural; es silueta que se impone para recordarnos nuestra condición de hombres de paso, la saciedad de cierta ligereza decadente que haga soportable la vida. La vida, dicen algunos es poco más que una ficha nacarada de valor incierto y número de conjunto acotado, decidido por combinación de azar y fox trot como música de fondo. Ese hotel casino es la pendiente calculada y moral de una clase social ambigua en su filiación, con elegancia de distancia y detalle que nunca tuvimos; salvo honrosas excepciones, casos aislados, esporádicos ejemplares exóticos de la sub nobleza europea, seres turbados llegando a nuestras costas huyendo y equivocados acaso de destino.

Ese día prometía ser de un calor intratable y mucha humedad, yo conocía. Con Eulogio, en la aduana del aeropuerto nos quitamos la ropa de viaje y marchábamos a la conquista de lo indefinible en mangas de camisa, de cara al sol como escuché cantar a viejos vecinos de Pontevedra. Hablábamos de que en cuanto estuviéramos instalados llamaríamos a Carmen, para contarle que el viaje transcurrió



sin obstáculo y habíamos llegado a destino. La playa, siendo temprano estaba salpicada de gente, los bañistas parecían haber pasado el dolor de los meses grises, días amargos de un mal recuerdo que era preferible olvidar y eso me convenía para el logro de mis planes porosos. Al imaginarme escribiendo creo que había tanta ilusión en lo uno como en lo otro y que el encuentro nunca dejó de ser una fantasmagoría. Carrasco no era el paisaje impregnado con texturas de infancia para sublimar su evocación, mis dominios del recuerdo comenzaban más lejos de la sombra del hotel sobre la arena.

Pasando la loma de Punta Gorda estaba la Playa de los Ingleses y luego venía playa Honda. Era allí donde me llevaba mi padre durante el invierno para que el viento del río sanara mis amígdalas sin necesidad de operarme con tenazas. Cuando pasé por la primera forma densa de la ciudad, la excitación por recuerdos intensos opacó los tiernos y alejados; llegan ahora cuando creo que lo vivido está terminado, mientras algunos insisten en interponerse para existir queriendo ser defensa interna, alegría previa al desenlace de la catástrofe. Todavía controlo estas dos horas, lo que comenzó días atrás con premura para extirparlo rápido, adquirió la morosidad que pudo volverse trampa de estancamiento, inmovilidad, como si para avanzar debiera aguardar que me dieran alcance episodios rezagados. Se trata de un gesto de protección, me niego a ser sombra y

busco dejar mi huella antes que la presencia del enigma invada lo sabido.

Premeditar en escribir adelantándome a la revelación de la caja de zapatos es estrategia de gambito, dejar testimonio del último sobreviviente de la historia sin revelar, rescatar restos del yo tan difunto como los otros. Tengo el poder de detenerme en esa idea y dejarme tocar por el sol recortando perfiles de objetos habituales. Comienzo a dudar si las horas buscadas en soledad -que comenzaron como actividad sedante mitigando tentaciones inmemoriales- se desvirtúan; me recuerdan una operación mal preparada. Esas que una vez abierto el cuerpo oponen una metástasis otra de lo diagnosticado y la solución es cerrar de prisa suturando a lo bruto, dejando que la destrucción labre acelerada sin obstáculos terapéuticos.

En su silencio confesional el documento me quema. Es grave, como para olvidar que después de los meses pasados el grupo de una conjura vigila mis pasos. Me cercan hasta aislarme impidiéndome deducciones molestas desvelando un secreto cuya existencia desconozco. Ellos van en pos de la destrucción del proyecto depredador que avanza, del vértigo probando la existencia de otra vida duplicada. Estoy acorralado por dos verdades y acaso la única que logre salvarme es la ficticia que ando rondando. Decidí proteger la caja de zapatos basado en un miedo sólo mío y no quiero entregarla a nadie. Desconozco quienes pueden estar sobre mi vigilancia, siendo interferencias en el pensamiento

dudando sobre si podré soportar la tensión en días venideros. Cuando regrese a Pontevedra quizá la costumbre se llevará estas dudas favorecidas por el magnetismo de haber aceptado el mandado de visitar la Isla. Es duro admitir que me quedan pocos días de fatiga, algo comenzó la cuenta regresiva y coincide con el agotamiento de la memoria. Poseo el conocimiento, domino la voluntad y puedo decirlo: aquí termina la indagación.

Me consta que sería una osadía que tendría sólo por la mañana de hoy, podría mentir suponiendo que es la muchacha del aseo que molesta la concentración o Carmen que viene a buscarme para que regrese a la cama. Puedo detenerlo ahora y de hacerlo sería sólo por hoy. El círculo del pensamiento me aprisiona y mañana regresaré a trabajar hasta finalizar, la proximidad del acceso a Escritura impone su ritmo pasando por el recuerdo; el del trayecto del taxi terminado en 214 y que fue la máquina concetando dos tiempos, probando la existencia de uno y del opuesto complementario. Si lo contenido en la caja de zapatos fuera verdad mis dos vidas corran peligro y también la coherencia, creo que permití un tiempo exagerado para la reconstrucción del pasado y algo extraño afecta la aceleración; será que se anuncia el comienzo de recuperar lo sucedido durante mi regreso y ando resistiéndome.

Hace unos minutos fui hasta la cocina a tomar algo fresco, tenía la garganta reseca. Volviendo me atribuyo unos minutos para recuperar las últimas ideas y llegué a un par

de conclusiones. Los recuerdos del pasado americano llegan tarde y sin violencia, se llevan bien con el otro. Las visiones referidas a Galicia mantienen su decoro y una salud de coincidencias. Me tranquiliza comprobarlo cuando las cotejo a recuerdos de la Montevideo del viaje desafío, desconfío de la confrontación amable entre los años previos y el febrero pasado. Ocurre lo que viene luego con la historia vista a lo que se agrega (capítulo fortuito) el palpito de sentirme vigilado, temor al análisis imposible de sacudirme, siendo preferible afirmar que la desconfianza es fundamentada.

## XX

La primera prueba de la anomalía la tuve en el viaje en taxi cuando enfilamos hacia playa Malvín y fue asociada a la historia de los aerocarriles del lugar: Las pipas, como las llamaban popularmente por entonces considerando su forma. Era un primer signo, ahora estoy agotado y lo veré mañana, tengo razones para dejar de meditar y con lo dicho es innecesario entrar en detalles. Hoy comenzaré a dejar los pensamientos bajo llave, no sea que alguien intente deducirlos en la disposición de mis objetos, por acá termina el límite orgánico de la memoria y el enigma queda en suspenso. Se aproxima la reconsideración del viaje y ni yo mismo puedo asegurar la certeza de lo sucedido, quedan unos días entre lo recordado más lo otro y me pregunto si ello tiene importancia. Serán las ganas de clasificar, llamarla a cada cosa por su nombre de antes, el operativo se reduce a lo escuchado, lo potencial de esas cintas de celuloide y boletas de compra, billetes de teatro.

Ayer fue sin duda un mal día, lo que pensé y no me atrevo a decidir si formará parte de escritura pudo haberme predispuesto, desde esa convicción llegó la sospecha del seguimiento. Si lo insinuado en la caja de zapatos Gallarate hubiera sucedido en una ciudad gallega, no me ganaría la argucia de declararlo imposible y luego está la coartada de

la magia para explicarlo. Estando en el medio se justifica mi escepticismo, entre las historias de mis padres e hijos estoy condicionado en presión de inserción, obligado a aceptar por la fe el llamado a creer y con la desventaja de haber nacido lejos, como si todo hubiera comenzado con un error. Lo que explica embrujos y conciencia para la gente que me rodea, saber que existen males de la imaginación que no afectan el empuje de cosechas y la posición de las vacas dormidas. Tampoco está relacionado con la escritura, si algo de lo que pienso redactar me deja insatisfecho y la relación de los hechos impugna la lógica, si los verbos se desacomodan lo pondré en la columna de impericia y deducciones menos graves.

Me interesa el instante que consume el acto de pensar la escritura a venir, creo que ni yo mismo volveré en el futuro hasta la primera línea a leer lo pasado. Yo busco refugio en tales consideraciones: simultaneidad del pensamiento, desorden de letras que me parece estar viendo para transitar por los tiempos que deseo, jugar una libertad con la escritura que reivindico como mía. Lo digo porque la voy perdiendo y comienzo a depender de la escritura de otro, el intruso que está en conocimiento del pensamiento, hechos y destino de vida de queridos amigos. Yo pienso y ese otro escribirá.

Ayer permanecí estático en sensación de perseguido, vigilado, confrontado a la impunidad, miradas insistentes y el desamparo de saberlo; ante la existencia de un poder

capaz de hacerme desaparecer, eliminarme de una forma peor que la muerte física. Un poder fulminante que logre borrar me de la vida, negándome la estocada mortal que me libere de preocupaciones, dejándome agonizando en la conciencia de parientes tristes. Estuve pensando sobre ello durante el día y el presentimiento me acompaña, es medida inextinguible para movimientos comunes. En el supermercado de las compras semanales, cuando los hijos mayores vinieron a decirme que esa noche llegarían más tarde, cuando llamaron los Oliveira y nos invitaron a una excursión por el día a La Toja.

Le daba vueltas y era sencillo, tenía miedo, revisando la caja de zapatos tenía miedo. Una sensación asociada al vacío, ausencia y la amnesia absoluta, era miedo y por ello prefiero recordar tiempos neutros o anodinos impregnados de irrepetible felicidad. Algo parecido sucedió cuando pasamos con el taxi por Malvín, la playa de la infancia y adolescencia, horizonte y destino. Con el grupo de amigos de entonces, si bien nos gustaba tirarnos al agua desde las piedras de la costa del puerto y nadar horas entre embarcaciones ancladas, necesitábamos arena, espacio generoso donde movernos con libertad y poder mirarles el cuerpo a las muchachas, los veranos teníamos el tiempo a entera disposición.

En uno de esos veranos iniciamos la comparación de playas, como si cada escalera de hormigón que descendíamos supusiera y lo era un nuevo territorio. Isla,

faro, continente desconocido, oferta de aventuras que colmara las expectativas del día. Para esas expediciones preparadas durante semanas, confiscábamos enero a la continuidad del verano. El movimiento era simple y exigía la sistematización, el plan –había un plan- consistía en llegar cada día a una playa y conocerla a fondo. Una vez instalados de manera discreta evitando despertar sospecha, asumíamos funciones de observación e indagación. Al finalizar la tarde y una vez desertado el dominio colonizado, confrontábamos pareceres. Sin otra cosa que hacer en los meses de estío, esa diversión para el grupo se fue configurando como capital en nuestra formación a la vida, el relevamiento pretendía determinar el lugar conveniente para instalarnos hasta las nubes de marzo. Luego de dos semanas de estudio y discusión, decidimos que la estremecedora perspectiva se tenía en el triángulo que está más allá del Faro de Punta de las Carretas, pero fue la zona de Malvín la que pareció –certeza consensual- paraíso de veraneantes.

Confrontando opiniones, el criterio que pesó en la decisión fue el espíritu contradictorio entre cosmopolita y familiar. En Carrasco nuestro grupo estaba sobrando, teníamos poco para compartir en bares y heladerías de allí, que se encontraban una vez que cruzábamos la costanera. En el Buceo nos sentíamos bien, y aun así la cercanía del puerto y el cementerio lograba inquietarnos. La playa Ramírez distraía con el parque de atracciones en movimiento y el



jolgorio de cervecerías, allí éramos nosotros el espectáculo. Malvín fue la extensión, parecía la única playa del continente y como daba curvas largas, nunca se llegaba a observar el límite de una de las puntas, se parecía a la libertad y la imaginación, como si andando pudiéramos llegar a los puertos de Naxos y las olas inmensas de Goa. Era nuestro lugar, allí había árboles bajitos, arbustos dispersos aquí y allá, tamarindos; el ritmo de las mareas a lo largo del día, marrones y aceradas, los humores del río que es mar eran agradables y suponía de madrugada una luna benéfica, había espacios para deportes, puestos de refrescos azucarados y perritos calientes, heladeros paseándose entre bañistas al sol; a eso lo llamábamos el lado de la seguridad familiar.

La idea era jugar a la aventura con límites prudentes, esa playa podía satisfacer nuestra osadía, había sombrillas viejas y desteñidas en la primera línea de la costa, apenas a dos metros de donde llegaba la fuerza del oleaje al reventar, la arena mojada con esa consistencia de hormigón fresco entre los dedos; las disponían hombres viejos chuecos con camisetas panel de abeja y piel curtida, ellos hacían suponer ser lobos marinos transportando navegaciones al mar de la China. Había allí hileras de carpas idénticas de lona amarillenta que la gente alquilaba durante el día donde las parejas se encerraban a coger sobre la arena, lo que nos rodeaba de una sensualidad estructurante. Mar adentro y enfrente de la playa había roquedales que asomaban del

agua, una isla hasta donde llegaban nadadores atléticos y botecitos multicolores de remos endebles.

Es la isla de las Gaviotas, nunca supe la razón al origen del apelativo y es sencillo deducirlo. Tener para nosotros una playa con isla tan cerca de tan alado nombre y la promesa de poder alcanzarla, si se tenía coraje con respiración adecuada para las brazadas era agradable. Nos parecía que en esas rocas, apenas emergentes del agua, estaría esperando un tesoro custodiado por criaturas fantásticas o mejor, una tribu de mujeres ninfómanas desnudas, hipótesis que excitaba nuestra fantasía.

-Avalon, dijo uno de los nuestros mientras sacaba del mar una tabla espléndida.

En la playa Malvín de mi memoria hay una saliente sin arena y toda piedra que llamábamos las rocas, donde iban a solearse lejos del ruido hombres solitarios a la espera, mujeres que buscaban oscurecer la piel y se cubrían el cuerpo de aceites colorados. Se amontonaban pescadores sin pescar gran cosa salvo pejerreyes traslúcidos y de mañana aparecían preservativos usados la noche anterior al aire libre. En las rocas expuestas al oleaje, había un muelle pequeño abandonado de cemento y hierro, pensado para embarcaciones sin quilla que nunca amarrasen por allí, donde se sentaban pescadores con la eternidad por delante, incluso cuando la transparencia del agua permitía ver el fondo y la falta de peces. Servía de plataforma para zambullirnos mar adentro donde perdíamos pie.

Malvín tenía la puñalada petrificada del enorme caño colector, que se metía en el mar y atravesando la arena asomaba, siendo la única pierna a medio enterrar del gigante que tenía aterrorizado al barrio. Sobre esa bóveda de material –a veces decíamos que era un acueducto de petróleo saudita- desestimando la verdad de que allí adentro transitaba la mierda de los vecinos; dentro del dominio de la playa marcaba una frontera artificial y escatológica. Había en Malvín el único cine al aire libre de la ciudad, nuestra caverna de ilusiones. Los días de calor intenso era inquietante ver vacía la platea de butacas de cemento gris brillante, recalentada como si fueran gradas del estadio de basketball precolombino, ídolos idénticos de la secta de la Nada. Era la única platea disponible para ver una regata de drakares, la caza de la ballena arponeada el en ojo y una batalla naval entre acorazados de bolsillo a tiro de piedra. Al horizonte vertiginoso se interponía el rectángulo de la pantalla, donde mirábamos cada tanto sin que un solo día apareciera la imagen de una película, sinopsis ni escena mutilada cuando tampoco presentíamos los misterios rondando la historia.

Ahora que pienso escribir de asuntos que nadie lee -sobre Malvín digamos- me sobreviene el temor infundado de que la gente haya olvidado aquello. Puede que la sorpresa tienda hacia la amnesia como consecuencia, esos recuerdos desaparezcan a medida que vayamos muriendo los que vimos la irreductible combinación de cine al aire libre y

colector de gases putrefactos, condones aplastados y heladeros ambulantes de Oso Polar, sombrillas cerradas a las siete de la tarde y la parada del ómnibus 111 de Cutcsa.

Esa sensación de ausencia presentida y previsible me asaltó cuando el taxi del aeropuerto pasaba por Malvín. Escribirlo resultaba inconcebible por la proximidad del lugar obsesionante, sabiendo que esas tonterías que se ven cada día estarán ahí mañana, sin cambio y carentes de significado; aceptando que siempre habrá tiempo para hacerlo y toda prolongación en poco afectará al proyecto.

Considerar hacerlo lejos, por ejemplo en las antípodas gallegas donde la suposición es concebible, logra que aquel Malvín se desvanezca del universo real y se vuelve posible como ficción. En la pronunciación ya es nada, en el idioma castellano lo único parecido es malvis o maliz, turdus músicos sostiene María Moliner, "pájaros propios de los países del norte de Europa, de paso por España a fines del otoño; es un tordo de patas y pico negro y cuerpo verde manchado de negro por debajo y de rojo por los costados." Soy ese pájaro con falta de ortografía, así es: Malvín es inexistente al faltar una palabra que lo reivindique y un relato estableciendo jurisprudencia. Lo que me resulta evidente llenándome el cuerpo, sentidos, imaginación y los deseos de escribir la lengua castellana lo ignora... palabras, palabras, palabras inventadas es suficiente.

Malvín era mi mundo distante e irrecuperable; cierro los ojos, recuerdo luego existe y se hace probable aquel paisaje

más verdad que las dunas del Sahara piramidal, el Kilimanjaro con rinoceronte, el Himalaya de los dioses mutantes, Alaska sin eclipse, el mismo dios solar y que no tiene en la primera línea de la Creación la hilera de sombrillas con toldo desteñido por prolongadas exposiciones. Luego de haber consultado la caja Gallarate dudo si lo vivido en Malvín lo recuerdo o lo estoy suponiendo para ocultar otra verdad que pretendo negar. Eso es, podría ser un farsante inventando a toda vela, creyendo sin pruebas materiales que los delirios son recuerdos que nunca vivió.

La necesidad acuciante de meterme en estos asuntos en cada amanecer, entre el sueño y la vida cotidiana podría localizarse en la memoria. Se origina en una sobredosis de la imaginación, la presencia de otra pulsión que admite manifestarse sólo mediante la escritura. Esta idea ambigua de sombras e ilusión es posible porque en Malvín había un arroyuelo y un hueco por debajo de la calle, que parecía la entrada de una caverna de piratas o de una cueva donde se refugiaba la promesa del secreto en sombras por la luz proveniente del otro lado; la guarida escamoteada de un monstruo arcaico por el olor a materia podrida saliendo del interior. En cualquiera de las hipótesis, lo cierto es que nos adentrábamos como si estuviéramos en una aventura de Simbad el marino.

Compulsadas las hipótesis al respeto y habiéndose procedido a pruebas de laboratorio, se concluye en la inexistencia de lo contado esta misma mañana. El lugar

llamado Malvín nunca existió salvo para un reducido grupo de fanáticos y heréticos, grupúsculo de maníaco depresivos y mitómanos, alcohólicos y afectados por enfermedades nerviosas incurables. Puede sostenerse que se trata de un nombre inventado, balneario imaginado como se hacía en las novelas de hace unos años; lugar soñado e ilocalizable en un plano a escala, por más que se consulten Atlas y Diccionarios. Hasta puede afirmarse que es mera ilusión de recepción, síntoma del idealismo enfermizo de seres que creen vivir en un lugar de nombre extravagante. Juegos malabares, cuando la tarea intelectual de un espíritu sano debería ser comenzar a interrogarse sobre su misma existencia, bastante cuestionable por otra parte.

El horror más terrible es el de la inexistencia y puede que se trate de una pesadilla: soñé que alguna vez viví en un lugar llamado Montevideo donde hay lugares soñados con arena dorada. Mi memoria actual reforzada por la expedición a un sueño sería recuerdo de otro sueño y voy fusionando leyes de la memoria con bifurcaciones de la imaginación. Es mi fantasía desinhibida enmascarada de memoria para atraer la atención de los otros. Soy a la vez entonces el que piensa escribir y el pensamiento propio; para que en cada amanecer de tregua resulte soportable y sea posible el gesto ambiguo que todo lo ilumina difuminándolo. Permiéndome inventar artilugios de uso personal, necesitando intriga con emoción y continuar engarzando variaciones sobre el mismo tema, sin perder el rumbo conduciendo a Escritura.

Mezclo por eso tiempos y cuento historias porque quiero mantenerme dormido, hasta me prometo para mañana aventuras maravillosas que nunca se concretan. Vidas misteriosas selladas por secretos terribles, acción tremenda movilizando multitudes y gobiernos, guerras mundiales permanentes, tragedias de poetas ignorados, dictaduras sólo manifestadas en la violencia relativa del realismo mágico. Puedo concebir ciudades perfectas para luego arrasrarlas por el fuego y afirmo que viví en ellas intrigando para que nadie se atreva a desmentirme. Invento entonces cabos castigados sin tregua por tormentas de inusitada violencia entre rocas con faros y restos de naufragios, de donde parten oscuros callejones salpicados de tabernas de mala muerte y cuyos parroquianos son espectros condenados a la vagancia eterna. Escucho gritos de estudiantes apagados por música electrónica de la guerra de las galaxias, entre lugares con toponímicos impronunciables, inventando eso embriagante circular y así lograr salvarme sin hundirme en el pantano insondable de la melancolía.

## XXI

Hoy amanece más lento que en días anteriores, en la primera claridad se puede predecir una jornada espléndida. El temor de las vigilancias se desplazó al subterráneo interior y necesitaré una dosis de realidad para salir del atolladero; algo como discutir con Carmen por asuntos domésticos, pagar la cuota de Telefónica, salir a la calle sacudido por un accidente frente a la casa, mientras alguien recuerda a gritos que soy médico, y diciendo permiso permiso llegar hasta los heridos para sentirme útil

La predisposición a la escritura que pretendía liquidar en pocos días es más complicada de lo esperado. Corto pedazos de estómago, reduzco la masa intestinal, aplico rayos furiosos sobre pulmones y al amanecer siguiente la enfermedad avanza a su aire, burlándose de los esfuerzos de la ciencia. Con malignidad escapando a mis conocimientos se ramifica en direcciones impredecibles, necesito continuar con el tratamiento sabiendo que es lento, doloroso y sin la desesperación de bajar los brazos. Imposible detenerlo, debo seguir un orden, comencé con la intención de referir hechos y terminé hablando de mi caso.

Es imprudente, faltan pocos días para pasar del pensamiento a la transcripción del pensamiento si no decae la voluntad y el proyecto se estanca en estas consideraciones.



Del yo vacilante yendo hacia otro él desconocido que se irá perfilando, de la confesión agnóstica al relato, de la escritura inexistente a la lectura de algo que deja de pertenecerme, de la primera persona biológica a una tercera recelándome. La hora se vino encima y es imprudente dejar para mañana el cuento, los ruidos de la casa me perturban, es imprudente e innecesario que continúe. Nos gusta desayunar juntos, en familia, creo haber sido convincente en cuanto a la gravedad del asunto; después de desayunar retomo la tarea del pensar estando desubicado, fuera y lejos del momento propicio.

Las imágenes vuelven intermitentes sin lograr concentrarme como debería, lo prudente será tomar distancia y considerar las próximas reflexiones en tanto objetividad de mi informe. Así pues, estábamos bajando la cuesta de Punta Gorda cuando le dije a Eulogio que veríamos las "pipas" de cemento, que hasta ese instante consideraba eternas como las pirámides egipcias. Al llegar a los límites de Malvín incluso antes y para mi desconcierto, en el horizonte no se recortaban formas del recuerdo. El tiempo había expropiado algo íntimo, en algún momento se transfiguró el perfil de mis recuerdos más persistentes, eso no era una pipa. Serían dos seudos minarettes rectangulares y en la parte superior tendrían una salida rectangular, que a la distancia darían la impresión de dos pipas posibles enterradas en la roca. Tampoco eran pipas sino ruinas de un proyecto infectado, alguien en un pasado remotísimo

concebíó el plan del aerocarril entre las rocas de Malvín y la isla de las Gaviotas. Una vez salvada la distancia por el aire como si se tratara de un monstruo equilibrista, se pensaban organizar pesqueros, abrir paradores, terrazas soleadas desde donde se podría tomando vino blanco fresco, ver a lo lejos el horizonte de la ciudad. Se levantarían hoteles de diferentes estilos para turistas venidos de todo el mundo, habría restaurantes de cocinas internacionales y clubes nocturnos en graduación, desde el esparcimiento familiar hasta vicio orgiástico alrededor de medianoche.

En un estudio de arquitectos seguro que se trabajó sin respiro durante meses, entre la duda sobre la probabilidad del proyecto delirante, la búsqueda de la mejor solución y la alegría sabiendo que se acecha hacia delante. En algún mueble metálico bajo llave estarán los rollos, bocetos coloreados con acuarelas del plano original de la isla paradisíaca frente a la costa del purgatorio. Nada resultaba imposible, adelanto de esa frustración, traza de algo incompleto e inacabado, llegaron a levantarse las torretas que tensarían los cables. El tubo donde estarían en funcionamiento poderosos motores, rampas desde donde cada hora pasaría de una a otra torre un vagón suspendido y atestado de viajeros impacientes, hombres y mujeres curiosos por conocer la belleza escondida de la isla al alcance de la mano, mientras caían misteriosas las noches subtropicales durante el verano.

Luego pudieron ocurrir infinidad de situaciones, el creciente desinterés de inversores agobiados por retrasos burocráticos, influencia de los cambios de la situación mundial, alza de combustibles y superación de tecnología que sustentaba la empresa, cambio en el gobierno municipal y deslizamiento del juego de influencias. Poco importa la razón, lo cierto es que el proyecto de las pipas, entre dos trámites y una entrevista anulada se suspendió. Llegó a construirse el sostén en tierra firme y el sueño equidistante necesario nunca se realizó; descifro en ello un signo de lo que no logro formular, algo de nosotros considerado proyecto inacabado y poesía incompleta. Al final fue una estafa para la fantasía de la ciudad, que se resignó con la imaginación arrebatada y una ruina del futuro inconcebible. Otros negociados se pierden en coimas de la administración; éste tuvo la dudosa virtud de dejar a la vista el testimonio del fracaso y la evidencia de un sueño desmedido. Como a otras cosas lindantes a la frustración, la población termina resignándose, sentimiento que hemos elevado a la categoría de virtud. Torres hipotéticas que nunca encendieron en su interior motores accionando engranajes, flejes y poleas; para la frustración consecuente haciendo falta otra energía. Irrumpía la desesperación de lo que alguna vez pudo haber sido y la sensación que de haberse dado ciertas condiciones, podría recuperarse la voluntad desperdiciada en vano. Transformar la imaginación y así el sueño de la isla de las Gaviotas renacería de sus cenizas cementadas.

Era un elemento extraño en el paisaje de la ciudad y que corría el riesgo de definirla, nosotros los de entonces mirábamos la estructura gris y era penoso admitir que fuera tan fea y los proyectistas no hubieran hallado otra solución armoniosa menos aberrante. Si en invierno y más en días nublados podría tener apariencia de cíclope submarino, asomando el ojo rectangular en la costa, a lo largo del verano, a través de la oscilación del color espejado la mole era un error. Se decía que las habían ensamblado en alguna parte de Gran Bretaña y estaban destinadas para otro lugar que siempre se mantuvo en secreto, reafirmando la idea de que Montevideo es opción de sustitución y traducción. El proyecto tenía iniciativas militares; por error administrativo del Almirantazgo que nadie intentó enmendar en la cadena de mandos, un buen día lo depositaron en las playas montevideana a precio irrisorio, con la finalidad improvisada de esparcimiento, lejos de la primera intencionalidad de combate y asedio. Lo que debía de ser una situación temporaria se volvió definitiva, eso había sido muchísimos años atrás; tal vez era una versión equivocada, pero cuando algo es sin futuro hay que atribuirle un pasado y poco importa si se trata de una argucia.

Muchas tardes nos metíamos dentro de las construcción en la melliza erigida en la costa, era un bunker a la intemperie que nos defendía de una invasión de marcianos o vikingos. Luego de saltar las nada disuasivas barreras que prohibían el paso a toda persona ajena al proyecto, subíamos escaleras

sin baranda que parecían llevar a un campanario con estandartes de una religión idólatra sin divinidades antropomorfas. El soporte estaba carcomido, la idea de reparación desterrada y había comenzado la cuenta regresiva de destrucción imperceptible. Las paredes interiores estaban escritas con leyendas de todo tipo, el cemento comenzaba a desprenderse en pequeñas cantidades, asomaban barras de hierro torneado sustentando la estructura, segmentos herrumbrosos expuestos al sol cuando su finalidad era la de ser invisibles. Esa masa concebible pero sin sentido, que tendría pocos años de construida era una ruina afectada por algo maligno e intemporal, un lugar erigido como referencia del ritmo de los planetas, ruta de camellos, el sucederse de estaciones y la historia secreta de nuestra propia tribu.

Estaba convencido que las medidas de ese engendro de rectas correspondían a relaciones secretas regulando el universo, o incitaban su destrucción próxima pasando por el estricto criterio de simetría. Sospechaba que su permanencia y destrucción estaba asociada al destino de la ciudad, dos partes tensas y equidistantes como el cerebro y los hemisferios correspondientes. La pipa de la costa era nuestro monumento de los druidas, Stonehege constructivo del enclave y por esa condición nos sabíamos comunicados, mediante circuitos sagrado, con otras ciudades del mundo: Praga y Madrid, Venecia y el Cuzco, Barcelona y Maracaibo, París, con libros prohibidos y secretos terribles enterrados en

la isla de las Gaviotas que en su insularidad es la idea petrificada de todas las islas. Por ello, en las aguas intermediarias previas al primer horizonte naufragaban los barcos que se atrevían a la costa desde la conquista. Las buenas historias estaban ocultas debajo de las aguas tranquilas y lo mismo ocurre con el tesoro garibaldino reivindicado por las hermanas Masilotti; riqueza incalculable aguardando la codicia aventurera en túneles ocultos inaccesibles que, murmuran los que saben, atraviesan el cementerio Central: novelas enterradas desbordantes de doblones y capítulos inacabados de capa y espada, traiciones y justicias vengativas.

Los cables y furgonetas jamás tendidos en esa zona eran sublimación de un puente posible a riquezas friccionadas y prueba de lo inalcanzable; imaginábamos que desde la playa distinguíamos la vagoneta aérea avanzar cual oasis metálico de espejismo suspendido. Cuando subíamos hasta lo alto de la torre a encontrar la boca de salida y de entrada al misterio no hallábamos nada: el hueco rectangular azul, el vacío infinito. Sin ruido de motores que pudieran distraernos escuchábamos el trasiego monótono de olas reventando en las rocas, murmullo de miles de voces de la multitud sobre la arena, chillido de alerta y advertencia de gaviotas revoloteando que guardaban el lugar. Nos poníamos la mano cerca de los ojos amortiguando los efectos del sol y mirábamos fijos hacia la isla a la espera de la maravilla. Nadie venía del otro lado ni parecía estarnos esperando,

vacío y hueco desalentando toda tentativa de expedición. Vivida de cerca, la experiencia de montar por el interior de la pipa abandonada tenía una carga de miseria que pudo más que el afán de aventura resultando demasiado modesto. Pocas veces repetíamos la experiencia más de un día seguido, defendiéndonos con instinto de supervivencia de la fantasía; optábamos por contemplarla sin entrar en detalles decepcionantes así de inaccesible y prohibida, majestuosa como una fortaleza invicta, que tal era la idea en la perspectiva desde la arena.

Las pipas, decíamos las pipas y nos pasamos los veranos aguardando señales de humo que indicaran a quienes estábamos de este lado, que se iniciaba el tiempo de desenterrar el hacha de guerra. Utilizando planos auténticos y rescatados mediante procedimientos que era preferible ocultar, tomaríamos posesión de los tesoros diseminados en el mar del otro lado de la isla. Eso pudo suceder en cualquier playa, lo inventado en la infancia es más real que la realidad supuesta con el correr del tiempo. Cuando se demuestre y sin lugar a dudas la existencia de dios habrá conversiones en masa a herejías absurdas e indemostrables. Se trata de una historia verdadera esta que evoco, a pesar de su retorno tangente la supongo clave para el proyecto central, recordada entre duda y fantasía no es relato parásito. A mis ojos el asunto decae, pierde interés, se banaliza como las pipas borradas del paisaje y pareciera que jamás existieron.

Quedando pocos testigos que puedan sostener que fue verdad, digamos que se trata de una ficción necesaria, alto en el aire de la imaginación para que la memoria se diera un respiro y mi cuerpo pueda continuar el viaje a Escritura, que pasa por un muelle interrumpido, donde mi padre está con vida todavía y hace que pesca mientras yo con la boca abierta me curo de las amígdalas.



## XXII

Fue así: llegamos a Malvín y la pipa faltaba, la habían dinamitado, un comando de potencias inteligentes quiso herir de muerte la neurona del lugar. Los buques de guerra las cañonearon tomándolas por artillería terrestre y con pericia suficiente hasta pulverizar la inútil simetría, sin otra finalidad que el olvido; interrumpiendo la comunicación con otras aldeas mágicas, transformando el islote en un montón de peñascos despojados de destino esotérico.

Cuando quise enseñarle a mi hijo la forma chistosa de uno de mis recuerdos entrañables, esas dos torres gemelas mías, descubrí que las destruyeron con cargas explosivas. En la primera confrontación se iniciaba la guerra contra la memoria, era mi primer recuerdo a compartir con la descendencia y algo en el transcurso remontado lo había pulverizado durante mi ausencia. Hallé consuelo pensando que ese reingreso participaba de algo irrepetible, era la zona de destrucción que se me permitía observar de lejos y tras una apariencia de continuidad la situación era aleccionadora. A cada habitante le fueron destruidos recuerdos queridos, situación común y corriente, entendí que la ciudad de la infancia fue arrasada, cosa que ignoraba al llegar a otro Malvín transfigurado. Había para mí el cotejo con un enigma, destrucción premeditada aunque tomara otros nombres.

-Después te explicaré, le dije a mi hijo y me volví en el taxi mientras dejábamos atrás la cuesta de Malvín, para comprobar si la resolana recuperaba señales del disparatado proyecto, abandonado para suplantar la memoria por nada.

En esas arenas sucias y por alguna marea de petróleo ni sitio quedaba para sueños con forma de sombrillas abiertas. Los de entonces nos quedaríamos sin saber cómo será la costa opuesta de la isla de las Gaviotas, el segmento del horizonte que da hacia mar adentro, donde se alcanza la navegación de aguas profundas y vagan las almas sin nombre.

El departamento lo alquilé en Pocitos, la ensenada acorralada hacia mediados de siglo por la codicia inmobiliaria. La arena es menos limpia que lo era antes, la construcción de edificios en la primera línea y de un alto parejo a pocos metros del oleaje, pudo la paradoja de dejarla en sombras buena parte de la tarde como si hubiera la intención perniciosa de hacer que cayera pronto la noche. Durante la recorrida infantil y que decidió las escaleras de Malvín, el cerco de Pocitos nos hizo sentir seres pequeñas entre desconocidos que nos ignoraban. La gente en verano aspira al sol y busca la sombra, puede que haya alquilado ahí como revancha a la indiferencia y exclusión sentida en la infancia o lo otro.

Cuando llamé a la inmobiliaria recomendada por la agencia de viajes, lo que vino a la mente fueron los encuentros con una novia alfil en el café Ajedrez, de 26 de Marzo y Pagola.

Con ella nos gustaba caminar por Pocitos, evitábamos el claro de luna llena y preferíamos la duración de la tarde, sin plata en el bolsillo había que caminar barrios y de preferencia aquel en que ella vivía. Elegíamos las calles donde Pocitos se parece a un pueblo tranquilo y se resiste a ser la fachada de un balneario del sur de Francia. Todavía pueden encontrarse bancos de plaza fijados a la vereda, viejos sentados en el hueco fresco de los garajes y almacenes irreales con cuatro o cinco cajones sacados a la vereda, con papas, melones y alguna sandía de rojo pálido cortada en dos. Luego de la caída del sol veraniego, en algunos rincones se enciende un tubo de luz que parpadea mientras los insectos ensayan la danza de la muerte. A la pareja le gustaba descubrir las casas recoletas de Bello & Reborati, constructor y arquitecto que le dieron al arte de hacer casas una pirueta tal, que cada una era inconfundible. Evocábamos nuestra decisión de vivir la pasión y acaso terminar nuestros días en una de esas casas que recordaban antiguas postales sepia. Detrás de las paredes en piedra de la fachada, la proliferación de porches, logias, torres, miradores, cornisas y frisos sospechábamos cuartitos multiplicándose, columnas, revestimientos, muretes y escaleras. Si la familia dichosa que la habitaba se vino a menos, si algún pariente demente la había sumido en la desesperación, Bello & Reborati se encargaban de que esas debilidades permanecieran ocultas. Cuando algún propietario desamorado osaba malvenderla caía sobre él una condena

sin sentencia, cuya primera manifestación era la expulsión del barrio que se volvía paraíso recuperado.

Poco importaban las razones por las que elegí la zona de Pocitos, el día de la llegada a Montevideo las condiciones del pasado quedaron atrás, debía solucionar aspectos prácticos antes de volcarme a la voluptuosidad del regreso. Miraba de reojo a mi hijo que curioseaba sin decir palabra. Confortaba la selección de la memoria con datos menores, la ciudad había cambiado demasiado para mi, estaba más linda en apariencia que en el recuerdo. Por más que la limpiaran igual reaparecía el musgo verde de los años de olvido, por más que nos propusiéramos ejercer la decidía y la voluntad de olvidar sería imposible volver a sacarle el brillo de tacita de plata; como otra sangre de un ser otro, esas manchas ocres nunca desaparecerían ni con toda el agua del mundo. Habían ocurrido episodios terribles y la ciudad por su pasado no los merecía, cayó en la falta de haberlos consentido o era yo que entre tanta falsa nostalgia, pasé la juventud sin mirarla directo a los ojos.

Entre yo y la ciudad mediaron demasiados años de separación. ¿Qué otra cosa podía hacer que buscarme a mí mismo? Si hubiera tenido un hermano habría sido diferente, lo mismo si pudiera rastrear una huella inconfundible del pasado, un caserío con nombre de la familia como pasa a la inversa, la expectativa de parientes lejanos, que armaron una comida de reencuentro para el hijo del pariente lejano viniendo de América. Siendo esa mi ciudad el pasado estaba

en otro lado. Allá, aquí, tenía almacenado el recuerdo de mi vida y mi antimemoria asociada al olvido, faltaban informes de mi memoria previa original.

Llegaba a Montevideo en convalecencia de ausencia y lo que podía redimirme estaba atado con filamentos quebradizos mientras las señas de identidad resultaban extraviadas. Era gallego nacido en la colonia insubordinada, uruguayo hijo de españoles de segunda, montevideano viviendo en Pontevedra, vago europeo con tatuajes rituales americanos. Nadie podría decir con exactitud lo que significaba esa combinación, dando rodeos, obligado a que cualquier información de vagas identidades necesite un antecedente que actúe en tanto explicación. Será eso, estado de transición permanente, ciudadano indeciso de paso esperando el otro vuelo, y en mi caso peor por la falta de tiempo. Mi situación carecía de conciencia de repliegue, aparecía ahora con algo de fiscal a verificar desastres de la lucha invisible. Tenía noticias de la violencia estadística, los números poco importan, los años diluyen y se confunde el número de muertos. Descubrí en el sur que estaba maltrecho, parecía ausente y sería estéril buscarme en la ciudad.

El viaje desde la casa familiar hasta la calle Cavia casi Lázaro Gadea insumió varios amaneceres, a medio camino entre el vapor de pasajeros de los primos carnales y el avión de Iberia. El viaje con mi hijo, además. Allí esperaba la muchacha de la inmobiliaria, me dio papeles para que

firmara el alquiler del auto y entregó las llaves. Sin ser espectacular el piso era funcional y correcto, estaba limpio y parecía un falso hotel. Por la ventana de uno de los dormitorios podía verse un segmento de la costa, estábamos donde quería y yo debería estar feliz.

Durante las primeras horas no concilié la angustia de ausencia y la felicidad de estar ahí, me preguntaba si tenía derecho a enfrascarme en el retroceso del recordar, si era tiempo de modificar la marcha de la mente disfrutando lo que fuera encontrando. Por el niño debía sacudirme el rencor inconducente, si algo tiene el pasado es que resulta inmodificable y debía zafar de ese compromiso. Pienso lo insensato que en aquel momento fue decidir que era suficiente morriña por el egoísmo de creer que había una Montevideo mía esperando.

- ¿Te gusta? le pregunté a mi hijo.

- Sabes que sí, me contestó.

Acomodamos la ropa en los estantes del placar, por una temporada ese sería nuestro hogar y ellos lo habían dejado bien. En un rincón del living había la mesa pequeña con teléfono y una cómoda, dispuse en un cajoncito los billetes de avión, otros documentos, comprobantes del viaje, lo que traía en el bolso de mano y quedaron frente a mi los testimonios de lo que era. A un costado dos ejemplares de la guía telefónica y en mis manos una libreta amputada que me acompañaba desde los tiempos en que me marché. Allí estaban los nombres que fueron importantes, la ciudad era

once personas perdidas entre más de tres millones y mi referencia el uno por cien mil por ciento de la memoria viva de la ciudad. ¿Sería esa nada un muestreo representativo? ¿Podría con ese universo reducido tener idea del comportamiento de la población? Era aceptable que desde allí se ramificaran a estratos y lugares múltiples, el núcleo era lo sucedido con once personas que perdí de vista. Algo había oscurecido, los números cambiaron por reformas de las centralitas, las direcciones y el nombre de calles en letra pequeña se alteraron por mudanzas e incidencias inmobiliarias. Había que recomenzar el dibujo, reconstruir pedazos recuperando el boceto perdido; hallar la línea maestra entre páginas de la guía y el despertar de la libretita, apelar a recursos disponibles, usar un cruce de deducción e introspección, demostraciones por el absurdo y opción múltiple. Útiles de trabajo para que ese vacío se fuera poblando de voces, citas, encuentros, palabras que fueran cubriendo huecos. Jarrón japonés hecho pedazos y ganas de reconstruirlo sabiendo del desajuste... eso sería después, cuando llegara el deseo.

Las guerras alcanzan la ignominia bajo los bombardeos, ciudades destruidas como Dresde igual tienen realidad verificable y están los documentos. En Montevideo no cayeron edificios salvo uno en la costa y desde afuera lo vivido era desplazamiento con leves consecuencias en el paisaje. Era yo que caía en un error y preocuparme por el pasado fue la equivocación. La lectura de la historia clínica

podía posponerse, se imponía un análisis inmediato y el conteo de la evidencia llegando a mis ojos. Debería olvidar el pasado asumiendo un dolor personal, transformarme en testigo ocular de la situación, observar y registrar como una cámara, hacerme el propósito de reflexionar dejando interceder las instantáneas del que fui.

Si otro me hubiera observado vivir durante ese mes de paréntesis hubiera sido más sencillo; confrontando notas podía tomar distancia, el otro hubiera descrito mis movimientos expurgándolos de lo accesorio. Marcando horario riguroso, estableciendo el itinerario, inventando mi contacto con personas y objetos. Aunque parezca complicado creo que puedo intentarlo, suplir esa carencia, tengo distancia prudente para escapar de la región caliente y soy otro hombre del asumido en febrero, atrapado en condiciones impuestas por el juego de las cajas chinas: el que sueña que soñó, el que recuerda a un hombre recordando. La revelación final es que nunca existió tal división y se trata de la misma persona. Yo, el otro, el que sólo será leído sin llegar a ser personaje. Me pregunto la razón por la cual pude escapar si acepto que viví una temporada entre espectros.

Cuando llegamos al departamento en Pocitos, entre los imprevistos estaba la impensable escritura sobre lo sucedido y que ahora me asedia. De haberlo sabido habría tomado notas de ayuda memoria, otra historia había sido consignada antes y en imágenes con la latencia del negativo, como si la



crónica referida estuviera incompleta. Esto parece prólogo abusivo para la lectura de un texto revelando el poder de las instantáneas y que será escrito por otro, ronda la sospecha de un doble sustituto, cronista anónimo que usurpará mi amnesia. Se trata del prefacio para una historia hipotética hasta que logre transcribirla, entonces y ahora estoy en el centro de la rosa de los vientos, escindido y multiplicado, mientras las fuerzas siguen con lo suyo el yo diurno acepta la vida cotidiana; hablo del que dejé sentado en un sillón en Pocitos, un espectro para recuperarlo dentro de algunos minutos aunque mañana es más probable.

Hay un lector insustancial del cuaderno guardado bajo llave en uno de los cajones y es la manivela que activa la maquinaria. El yo que tiene dos horas al día como condena a lectura perpetua, para pensar en los otros, desplazarlos en la mente y ver cuál entre ellos esta mañana se lleva el pozo de las apuestas; logra imponerse y retiene el protagonismo siguiendo el procedimiento de eclipsar los restantes.

Sería una actitud sana enfundarme un chándal y salir a trotar a la entrada del bosque, repitiéndome que hice bien en ir a remontar cuestas empinadas para cansarme, sentir agujetas en las pantorrillas, tener hambre de pan casero. Tentadora opción que rechazo, estoy aquí y así permaneceré unos días contracorriente de la vida y hacia la escritura, para que la imaginación no finalice por desbancar la amnesia. El ocaso de la soledad sustituyó el temor a la conspiración de hace unos días.

La mañana está calma, es tarde y nadie de la casa se decide a levantarse.

Mister James parece muerto, sin hambre ni deseos de salir, miro los ventanales sin distinguir a los proveedores habituales, tampoco bicicletas titubeantes ni autos que crucen la carretera.

Los vecinos deportistas están atrasados en su motivación muscular, la luz tarda en llegar como si esta mañana el tiempo demorara más.

El reloj confirma que es demasiado temprano. ¿Es posible que haya pensado a mayor velocidad que los días anteriores? ¿Será que estoy soñando que escribo y cuando despierte deberé recordarlo a su vez y escribirlo de verdad? Estoy dispuesto a seguir hasta despertarme, cuando algo decida interrumpir el intermedio, lo banal que altera barajar varias memorias a la vez.

Una vez el gran maestro Capablanca jugó en Carmelo varias partidas simultáneas. Lo evoco porque, a medida que avanza el pensamiento orientado a escribir distingo delinearse más claro a mi Adversario, parece tener armas ingeniosas para el combate, como si con ello replicara a mis momentos de meditación.

Estamos en la Lucha, cada mañana me gana un espacio y pone en peligro mi línea de defensa, el Contendiente ataca más rápido que mi capacidad de réplica, sin estado de espíritu amenaza posiciones estratégicas y varias de mis piezas están acorraladas. Su Avance es Implacable, intento

defenderme, debo Sacrificar algo para seguir adelante hasta encontrar una réplica fulminante, aun así me Anuncia mate en pocas movidas. Como me niego a aceptar y ver mi muerte por anticipado continúo jugando y el Caballero de la Amnesia juega conmigo.

Cada mañana vuelvo a descubrir cómo jugué durante la noche, la movida ensobrada del aplazamiento será la precisa e inesperada. Ansioso y dudando que pueda sorprenderlo, todos los días él me saluda dándome la mano y dice: encantado, yo soy su Doble responsable de la Escritura. Juega, se retira, luego me quedo solo con la nueva posición y la configuración del tablero siento la soledad de quien juega una simultánea sin contrincante.

El otro se pasea por la sala distraído atento al desarrollo en los tableros alineados, considerando a rivales más astutos pues dejé de ser un problema y soy cuestión de tiempo, el que me lleve admitir la Derrota Inevitable.

Ni el silencio me pertenece, dentro de la cabeza escucho rumor de agua y voces filtradas de cuando subía a la boca desdentada del aerocarril abortado entre las rocas. Ojalá suceda algo desagradable que altere la rutina, temo incitar el deseo de seguir la corriente llevando a Escritura, si no ocurre eso extraordinario continuaré a pesar de los arrecifes.

Suena el teléfono, a estas horas ello tiene algo de anormal, puede ser Él buscándome para recordarme que la partida continúa, el despertador avisando que es hora de

levantarme a trabajar en la obsesión por llegar a Escritura.  
Uno de ellos dos insiste.



## XXIII

Temeroso de que el mundo se hubiera interrumpido ayer fui sacudido en mi retiro por la fuerza de los hechos. Estaba tan dormido anoche que ni escuché el temporal que se desató sobre la región, cuando desperté para carburar en mis cosas había en el cielo nubes raptadas por el viento de tal manera y tantas, que me hicieron pensar que esas oscuridades amenazantes y agua turbia suspendida -hace apenas dos horas- estaban sobre Oviedo. Sentía el fresco en la piel y descubrí las trazas de la lluvia; recluso como estoy en mis pensamientos tampoco pensé en episodios que ocurrieran fuera de esta atalaya donde llego entre tinieblas de día y noche a contemplar paisajes que nunca sucedieron.

El alerta de ayer fue real, un servicio especial llamaba a los médicos de vacaciones en la región para confirmar nuestra presencia, tenían información sobre la eventualidad de una emergencia. Algo ocurrió, como los fines de semana donde se conoce por adelantado la muerte de cien personas en la ruta, de tal forma, que la lucha se desplaza de la muerte accidental al conteo macabro del primer día laboral. Cuatro muertos menos que el agosto anterior tranquilizan por la mejora estadística. Aquí los desastres son menos localizables, se trataba de una barca de pescadores y ello ocurre ocasionalmente, a veces es la tragedia clandestina de

catamaranes cuatro motores de contrabandistas, que a pesar de la pericia de sus baqueanos se precipitan en las curvas cerradas de las rías.

La desgracia hoy se había ensañado con una barca de pescadores. La espera de la catástrofe de los trabajadores es centenaria como la imprudencia de salir mar adentro, aún así la atención y ruegos, desesperación de colegas y el ingreso en el duelo de la familia afectada se reproduce sin pausa. El pasado de nada sirve ni la resignación ante el golpazo artero del azar, la muerte impone su tradición en una cultura ennoviada al horizonte considerando la vida como la ocasión de contraer riesgos. El naufragio tiene el ritual reglado como la misa, a pesar de radares y aparatos un hombre tragado por el mar continúa siendo cosa seria.

La población se entera por las radiodifusoras comerciales que interrumpen programas de entretenimiento para dar la información, así comienza la espera entre esperanza y confirmación. Durante ese tiempo se moviliza un grupo de voluntarios, los guardacostas salen del letargo, los miembros de la cofradía olvidan asuntos de comercialización del atún, los bomberos se estremecen por el incendio marino y convocan a los médicos que andamos por ahí. Se pone en estado de alerta hospitales y clínicas, las mujeres que saben lo desgarrante de la espera rezan, desgastan cuentas del rosario, mientras hablan y murmuran, recuerdan a sus hombres del purgatorio del reloj orando a santones telúricos archivados en antesalas de beatificación.

La llamada fue citación inmediata, le avisé a Carmen lo sucedido y en auto seguí la carretera que hace lo posible por acompañar la costa irregular hasta llegar al puerto cercano, a uno de los tantos y que dista nueve kilómetros de mi casa. Durante el trayecto de ruta sopló un viento fuerte y frío que me atemorizó, al punto de despertarme del sueño de los recuerdos; llegué hasta el puesto de mando del puertito y me puse a las órdenes del práctico, hombre curtido en tales situaciones y que dirigía la operación. En un banco de madera estaban sentadas tres mujeres que supuse las esposas, madres y hermanas de pescadores malogrados. Desde el equipo de radio salían voces en varios idiomas, la repetición de códigos comunes y descargas eléctricas congestionaban la comunicación como a propósito; vivo esos momentos como la espera de los cuerpos -si es que llegan a ser encontrados- cuando lo único verificable es el anuncio del desastre.

Entro y saludo a un colega del hospital local, modesto policlínico previsto para emergencias y primeros auxilios, comenzamos lo molesto de estar implicados en situaciones conociendo la inutilidad de nuestra ciencia, coincidiendo en que la probabilidad de rescate es remotísima. Llegué al comando una hora después de conocido el extravío de la embarcación y la pérdida de la comunicación en medio de la tormenta. Nunca fui hombre de mar, apenas de río turbulento; la población fija de por aquí sabiendo de eso igual sigue sorprendiéndose por lo abrupto del temporal, más cuando un fenómeno de características violentas anuncia su



vehemencia para que nadie le salga al paso. Ese pareció el súbito invento de una fuerza trastornada.

-Fue imprevisible doctor, decía uno de los patrones del barco gemelo del desaparecido. Como supondrá, en esto del clima cambiante estamos acostumbrados, son generaciones de experiencia. Los temporales se sienten en la piel, están los satélites en alerta permanente y el instrumental que quisiera destrozar a garrotazos. Una ventisca tramposa se coló por algún lado aprovechando la distracción del verano, corta y terrible, sin dar tiempo a ninguna respuesta. Los barcos pudieron regresar a la costa y siempre queda alguno enganchado por falla de motor, el golpe del tablón a la deriva. Se lo esperó un tiempo prudencial con esperanza, ahora decretamos alerta y puede que sea tarde.

Mi situación allí era confusa, teniendo en cuenta el descanso y extravío en estas meditaciones a tuestas, con un gesto egoísta sentía que ello me daba tranquilidad regresándome a un contacto violento con lo real de sacudidas. Durante años la realidad fue una laxitud de la vida familiar, el cuidado a conciencia de mis pacientes y a la larga toda enfermedad termina pareciendo la misma. Estaba inhabituado a la situación excepcional, el reintegro a emociones fuertes lo decretaba el naufragio de una barca de pescadores, demasiada aventura para mi corazón cansado y se habían invertido los términos, la realidad era morosidad de la memoria y el naufragio lo insólito interrumpiendo.

Los hombres mantenían la calma, cada minuto sin información significaba la aproximación a la tragedia. Una de las mujeres comenzó a sollozar de tal manera que hacía presumir la crisis de histeria, le administramos un sedante que se dejó inyectar mirándome a la cara extraviada en el dolor. Las instancias de la expectativa quedaron atrás, el rescate en tiempo, hombres y embarcaciones avanzaba, sabíamos que era tarde y la verdad avanzaba hacia nosotros. La sala comenzó a iluminarse, las últimas nubes desaparecieron por hechizo y un sol desconsiderado obligó a reacomodar el diafragma en las pupilas, enfrentados a tamaña agresión de felicidad ocho personas continuábamos encerradas en el local de gestión de la crisis rastreando despojos del desastre.

Estábamos por despedirnos cuando llegó una llamada. Habían encontrado restos contra un peñón en la parte escarpada de la costa, los divisó otra barca y confirmó la lancha de los guardias, decían que resultaba incomprensible la posición de la embarcación incrustada en la piedra, parecía que algo extraño y consecuente la hubiera colocada allí. Además del asombro faltaban noticias de los tripulantes, salieron de la madrugada por la pesca y se los reportaba desaparecidos como si la naturaleza los hubiera tragado. De ellos quedaban maderas rotas recostadas contra arrecifes y los pescadores eran espectros, los tres hombres pasaban a otra categoría de la existencia. Mediante ese artilugio de la muerte la esperanza se desplazó y consistía en recuperar los

cuerpos antes de que fueran devorados por los peces. Se repetía el cuento regional, la historia de la desaparición del barco de pescadores al borde del mar sin tierra a la vista.

Al retirarme las mujeres decretaron el pasaje al duelo, los llantos se apagaban y cesó el entrecruzamiento de voces femeninas, quedaban en línea tripulaciones insistiendo en la búsqueda fingiendo que la vida era probable. En los muelles, sabiendo la experiencia del terror las barcas recomenzaron un vaivén calmo y perezoso. Los chillidos de las primeras gaviotas se filtraban por ventanales, durante los siguientes minutos llegaron navegantes saliendo de su escondite para evaluar el daño en las embarcaciones. Los niños corrían hacia los huecos de las piedras reiniciando la recolección del cangrejo, volvíamos a estar en un espléndido día de verano, sin señales de que hace unas horas hubiera sucedido una catástrofe. En la parte sumergida del naufragio quedaban las explicaciones de la historia siendo bombas de profundidad biológicas, las historias tienden a reflotar, retornar de otra manera a la superficie de como eran el día del hundimiento.

Esas fueron las últimas noticias, las autoridades nos exoneraban del compromiso de la espera y sólo había para recuperar cadáveres deformados. Cuando entre voces salí de la habitación fue imposible conciliar la tragedia contemplada desde dentro -hace apenas unos minutos- con el día soleado pretendiendo borrar el recuerdo de su mal momento. Miraba a la gente y sentía cómo ocurre en el mar la coexistencia de dos corrientes, la tibia arrastrando a los figurantes de paso

para los cuales el naufragio era un incidente de la temporada; otra circular vertiginosa, comprometiendo a los habitantes permanentes, para quienes los otros éramos accesorio prescindible.

Se reiteraba la sensación de incomodidad y quedé caminando por los muelles del puerto, en otra ocasión lo habría disfrutado pero allí era un sacudón, la fuerza para sacarme de la espiral de dos horas mañanera. De haber sido un orden de escritura pude vivirlos de otra forma, pero eran tiempos distanciados en contacto como filamentos electrónicos.

La separación en tantos años se reducía a juego de palabras, mi cabeza estaba en varios lugares y en cada uno debía recurrir a inventarios para salir. Los compartimentos estancos y que la historia se encargó de organizar eran inestables, similar a un delta donde una violenta corriente de agua, venida de no se sabe dónde comenzaba a abrir canales sin contenerlos hasta conquistar vestigios de tierra firme. Al salir recuerdo que dije "quedamos en contacto".

Un naufragio me reclamaba y no quería saber de nada, prefería permanecer en la ignorancia, tirarme en la tumbona y proseguir la reconstrucción en obra. Recuperar de ojos cerrados detalles para que nada se escapara en la introspección de la mañana, debería seguir con el asunto suspendido en el departamento alquilado. Sin lograrlo en el trayecto de regreso a casa procuré pensar distinto, quedaba como campana mareada desenganchado del punto asignado

en el mar, encallada entre la memoria de Montevideo y la barca naufragada imaginando su ingreso en un puerto fantasma. En casa me esperaban inquietos, les conté lo mejor que pude las peripecias pues estaba agotado.

Eulogio me recordó que lo nuestro parecían ser los naufragios, temí preguntarle si lo había descubierto en la caja de zapatos y por si respondía afirmativamente. El resto del día y cada hora llamaba al comando de rescate por si había novedad, la probabilidad de hallar a los hombres con vida había desaparecido. Se trataba de considerar el movimiento de mareas y salir al encuentro de los cuerpos antes de iniciarse la fuga hacia el océano, rastrear cada ensenada en un radio de varios kilómetros e impedir que los cuerpos quedaran muchos días contra las rocas.

Esa historia se interrumpe, quiero decir que entré sin pretenderlo en el penúltimo acto y cuando el final está decidido. Hice de comparsa y salí sin incorrecciones, el naufragio que continúa me incumbe menos a cada hora, algún día sabré si llegó el *deus ex machina* de la Virgen del Mar y se produjo el milagro de la muerte. Ni la posibilidad tuve de mirar las escenas anteriores, igual que con la historia de la caja de zapatos nunca sé si se me está permitido ver nada. Una fuerza incita a creer como si debiera recuperar una fe que nunca tuve, fe en el naufragio y el dolor rechazado de mi doble, fe para tener que creerlo y lo que mi reacción tiende a desestimar.

Demasiadas agresiones para entenderlas, el porcentaje de credulidad flaquea en lo recordado y en lo que imagino escribir me asalta el temor de creerme mis versiones. Lo aceptable cuando las certitudes se evaporan, el ejercicio de ajuste memorioso se convierte en monstruo marino que comienza a desobedecerme, marca el ritmo, el camino y lo padezco en el desarreglo. Supuse que el episodio del naufragio me daría de narices con el dolor y resulté insensible a lo que no sea la influencia de aquello, nuevamente topé con equívocos, malentendidos inéditos de recapitulación y el Viejo Océano jugándome otra mala pasada.

Durante el día estuve tenso mientras dos historias demandaban mi atención, la inmediata que me tuvo por ocasional protagonista y vivida como escenificación de leyenda de la costa gallega; otra que -considerada en su conjunto y leída como adiviné en la caja de zapatos- tiene la apariencia de una invención erosionando certidumbres que confirman mi pasado. A lo largo del día busqué conciliar los contrarios, apelé a mis deberes profesionales y la tarea de formar una familia, hice un esfuerzo por reconocirme un hombre feliz y logré serlo a condición de distraer las dos entidades que me rondaban exigiendo atención.

Recién en el amanecer y pensando en la escritura a venir puedo conciliar esos mundos coexistiendo en el universo a inventar del cuaderno, naturalezas latentes ante los cuales es un esfuerzo mantenerlas en vida contingente. Lo sucedido hoy fue señal y demostración del artilugio que apelaré mañana al

recuerdo de una barca reventada en las rocas. Se produjo la falla en el sistema de trabajo, otros episodios buscan en la meditación que ronda el viaje a Escritura competir con el contenido de la caja de zapatos, cuestionar al Socio inestimable que hallé en un recodo de lo real. Topé con trazas de su pasaje y él se evade de la caligrafía, es un fugitivo refugiándose en escondites de la caja de zapatos legada por los muertos. A veces creo haberlo identificado y resulta que se oculta detrás de un paso de frontera, por momentos lo confundo con personajes de menos valía.

El enigma Gallarate me tiende celadas para distraerme, inventa un naufragio en medio de mi tarea de persecución hasta adoctrinarme de que las verdades están en una quilla partida. Ocurre aquí adentro y de ello debo convencerme aún más; afuera faltan referencias que puedan confirmar al menos un detalle, no son suspenso ni tensión la motivación principal, es el miedo, el olor del miedo en mi cuello y axilas lo que me impulsa a seguir adelante, intentar detenerme y regresar. Ellos y la silueta de lo no vivido allá o lo vivido por un doble mío que decidió permanecer en Montevideo y que me fuera asignado. Es mi Enemigo Jurado, tengo que salirle al paso escribiendo de su estrategia dentro de algunos días.

Cuanto más escriba al respecto más me mato y debe ser por ello que postergo el momento, cuanto más escriba –hasta ser escrita, escritura y texto resultante- seré consciente de estar avanzando hacia mi destrucción.

Temo pensar en exceso y regresan demonios confirmando la pérdida de la felicidad ilusoria. Lo vivido en las últimas horas fue una advertencia, alguien me alerta, oye: sucedió algo doloroso y estimemos que la barca destrozada es invención de la escritura de otro. Un naufragio verdadero con falsa alarma y si así lo pasé mal afectándome tanto en lo cercano, debo prepararme a enfrentar otros accidentes. En la destrucción hay componentes de hipnotismo, me escudo creyendo tener fuerza para detenerme a tiempo, tachar momentos cuya lectura incomoda y tomármelo a broma, suponer que lo sucedido es más verdad que el capítulo montevideano.

La barcarola podría ser imaginaria: Montevideo existe y es necesario un lugar. Si apruebo su inexistencia dejo de existir, si existo tal vez soñé para mí una memoria donde nunca hay nadie. Próxima al destino de ausentes en medio de la ruta, lugar transoceánico que nadie sabe cómo se denomina, tiene iglesias románicas y hay buenos salvajes entre sus padres antropófagos e idólatras.

Me rescata la disciplina de las mañanas, miro salir el sol y desaparecer las estrellas, compruebo las leyes celestes cumplirse y lo depositado en la caja de zapatos asume la incertidumbre de ser y refutar una invención, incluyendo la muerte accidental necesaria de mi amigo. Cesé de pensar y creer, que se detenga la hipótesis de la segunda escritura mía para asegurarme que existo y soy éste el real otro del personaje que quedó allá. Escritura es un rodeo hacia el



nombre que me está aguardando, el último destino es la convicción sin picaporte. ¿Qué haré mañana cuando me despierte y el sueño haya sido el rumor persistente de la misma palabra repitiéndose?

## XXIV

El primer día tuve la sensación incómoda de haber llegado a un país desconocido, tentado de llevar una libreta para registrar discrepancias entre la evidencia y lo aparente, confiarme únicamente en primeras impresiones. Estoy convencido de que si llevo a mis paisanos de Pontevedra la cinta de video con tomas de Uruguay los ganaría la decepción; estarían dispuestos a escucharme hasta el final -por el contrario- si en cada frase les empujara el rosario de una maravilla, falsedades que insinuaran la pertinencia de enrolarse en una aventura parecida. Reacciono como viajero inmóvil, necesito imaginarme escribiendo lo sucedido con continuidad y estoy inmovilizado para contarlo. Anestesia local: guardo la conciencia siendo insensible al dolor; sólo es útil contar lo increíble, las circunstancias tienen la persistencia de lo real como para dar por tierra con mi teoría. Necesito la tenacidad de un escribano dispuesto a inventariar lo visto y sumar objetos retenidos para marchar a remate. Habría que establecer una cronología comparada donde a cada proceso correspondiera un minuto y descartar el siguiente, un fichero describiendo los personajes que iban asomando.

Fueron días intensos, me pregunto si logré salir de la ciudad y escapar a tiempo, si el territorio mantenía textura de recuerdos o era yo reinventándolos. Ordenar es buen método

para sobrellevar la crisis presionando la memoria, descompongo recuerdos en su jerarquía original y los dejo clavados como insectos en un orden que me convenza. Los recuerdos son escenas sucediéndose en continuidad y una melaza atrasando el avanzar de la escritura. En pocos días finalizarán las vacaciones, me anda faltando tiempo y sobrando desesperación. La medusa se desliza en los filamentos, estoy decidido a que este asunto me acompañe a Pontevedra y que una vez allí deje de pensar poniéndome a escribir. Sin suponer moraleja ni verdad o mentira y menos finalidad, el único sentido se agotará en el hacer manual artesanal. La utopía obsesiva es la isla Escritura.

A la satisfacción instalada -sin que pudiera reprocharse nada a la agencia de turismo y menos a la empresa encargada de contrataciones- se sumaba otra sensación inquietante. El conjunto estaba "demasiado bien" organizado, además de prestaciones al cliente parecía que alguna corporación anónima decidió vigilarme; como sucedería con los repatriados y aunque mi situación fuera de tránsito calibrado, era insensato que un montevideano regresara, gesto ambiguo como la vuelta de los pompeyanos para descubrir seres queridos petrificados por la lava. Estaba al tanto de situaciones y otras las imaginaba, podía comprenderse la obsesión por el regreso aunque la instalación debiera pagarse a precio incierto. Igual que tantos en idéntica situación argüía que mi caso era excepcional sin encajar en categorías manejadas por teóricos sociales.

La sensación de vigilancia venía por el gesto de rescatar el pasado sospechado en cada regreso, recorrido por el campo de batalla donde además del arqueo identificando muertos se olía la violencia unilateral del combate. La destrucción en el descontrol de un edificio, cambio de nombre de una plaza barrial, conciencia de ser un moribundo contemplando ruinas de la que fuera nuestra escuela primaria y se rechaza que la niñez quedó fijada en muros destruidos por la escuadrilla del tiempo que transcurre. Advertencia disimulada a que la gente se asomara al pasado, ellos querían conocer el designio elegido para volver sobre mis pasos, cuál era la forma del olvido opacando la memoria.

En aquellos días me fue difícil recordar, por falta de costumbre adoptaba la reacción de quienes suponen que algo perdieran en la ruta. La máquina funcionaba en descontrol y sin progresos resentida por el desuso, tiemblo al evocarme recordando en aquellos días. Necesito encierro y sol, silencio y el golpe de una puerta entornada diciendo que la vida continúa, puedo detenerme a voluntad e ir al baño. Masticar una galleta salada y aburrirme cuando la corriente tropieza con algún obstáculo.

A nadie le había anunciado mi llegada y algo aguardaba haciendo que los obstáculos fueran resueltos de la mejor manera, evitara estorbos, pudiera adivinar lo sucedido en lo buscado desencajando con lo perdido; en aquella ocasión mis radares sensoriales tenían agilidad para localizar lugares secretos reservados. Estaba en mi ciudad, enorme juguete

asfaltado que durante veinte años existió de memoria y sumando noticias disueltas, suspendida de tres o cuatro episodios unificados entre infancia y juventud: único Tiempo disipado en la vida. Era la perspectiva plural de Montevideo, paisajes fundiéndose sin fijar una imagen, sucesión donde el orden original se estancó ignorando el suceder cronológico. Estaba en la ciudad mágica, pueblo fantasma de película de pistoleros, abandonada de no ser por la demostración de lo visto en el trayecto saliendo del aeropuerto y datos percibidos desde la ventana del departamento que da sobre la costa.

¿Me hubiera extrañado encontrar calles vacías y parques con animales hambrientos? Admitida la contundencia se me aparecía en la percepción como materia onírica. Recién llegado descubrí que el sueño de los años pasados era de otra naturaleza y la verdad que exigía mi razón estaba lejos: en el cuerpo de Carmen y la expresión de mis pacientes, el gris de Pontevedra y olor a mar. Curvas sabidas del camino que lleva a la casa de campo entre la niebla, escuchando cencerros siendo campanadas de barcas de pesca, ondulaciones del terreno como si la creación del planeta se hubiera enfriado tres horas antes; y la intermediación de los sentidos -lo presentido y escuchado, lo adivinado dentro de lo dejado de lado- tuviera otra contundencia que apariencias y playa con bañistas.

Inquieta observar eso de frente y suponer que la felicidad es simple. El niño a mi lado me devolvía la certeza, sabía que se había apoderado sin que supiera cómo de parte de mi

sueño. Su presencia probaba la coexistencia de dos momentos, me aguardaba sin dar saltos de alegría al verme frente al paisaje y tampoco se ponía insistente haciéndome preguntas; comportándose como un segundo de a bordo con poder de tranquilizar al capitán, administrando emociones y esperando hacer el aporte dando señal del amotinamiento. Tenía su edad cuando comencé a saber de mi existencia, que era alguien y rumiaba un pasado, por momentos era un desconocido cualquiera menos mi hijo, había gestos en su conducta que reconocía como propios, yo mismo cuando descubrí las divinidades de Malvín.

Sin melancolía podía contemplar al que fui treinta años después sin estar en el mismo lugar. Marché lejos y regresaba, a la salida de la madurez se declaraba la dudosa felicidad de recordarme viéndome reencarnado. ¿Podría tener Eulogio la memoria que olvidé utilizar? Como consuelo supongo que sin él jamás hubiera zafado a la celada montevideana. Fue un juego de coincidencias sin secuelas, es un niño normal que me mira con ternura, comprensión retenida y sonrío, cuenta que tiene sueños que le resultan extraños, historias que le encantaban y comienza a olvidar. En mi residencia de vacaciones pensando con proa hacia Escritura permanezco a la deriva y puedo anclar allí donde lo determinan las palabras.

A comprobar la sensación de espera contribuyó la muchacha de la inmobiliaria. Saludó con corrección profesional, agregó datos referidos a nuestra situación y que ignoro cómo

conocía; sabía más sobre mí que la información manejada para cerrar el trato a la distancia, supuse que se comunicó con Carmen y preferí callarme. El departamento tampoco tenía la apariencia de los que se alquilan por temporada a extranjeros y cambian de huéspedes cada pocos meses. El ambiente transmitía una calidez de casa familiar, elementos reconocibles que al menos fueron visto una vez en la vida y había olvidado.

Creí haber estado allí antes.

-Bienvenido a casa, dijo al despedirse.

Entendí lo siguiente: aquí nada grave ocurrió doctor, la ciudad está como cuando usted decidió marcharse y acaso mejorada. A los viejos amigos los movilizó la vida, lo que pudo escuchar en el exterior durante estos años es rumor de falsedad para divertirnos, pero qué le voy a estar contando si lo comprobará en los próximos días.

Apenas se despidió y cuando cerré la puerta sonó el teléfono, en coordinación como si buscaran no dejarme solo ni un momento. Carmen desconocía el número, nadie estaba al tanto de nuestra llegada y menos que yo estaría a esa hora en ese lugar.

Suponiendo llamada equivocada me desentendí y comencé a acomodar el equipaje, los responsables de la llamada insistían, del otro lado sabían que alguien habitaba el departamento vacío desde hace un par de horas y estábamos ahí.

-Tiene que ser para nosotros, dijo Eulogio cuando el sonido comenzaba a ser molesto.

Me acerqué a la mesa, descolgué el tubo y pregunté.

- ¿Diga?

Nadie contestó. Alguien decidió callar y tampoco escuché el clic cortando la comunicación, dejó el silencio desafiando la mirada y que tomara la iniciativa hasta claudicar el forcejeo de resistencia. Pasado un tiempo prudencial repetí "diga" tres veces, podría ser enlace tardío, la moneda trabada del teléfono público, uno buscando confirmar si era mi voz la que quería escuchar.

Esa coincidencia fue el primero de una secuencia de hechos extraños sucedidos durante la estadía, que se detuvo cuando cayó en mis manos la caja de zapatos. Cambió el signo de los incidentes, se inició la serie paralela y distinta como si hechos idénticos se juzgaran desde perspectivas disímiles: consulta de tres médicos, triple diagnóstico relativo a una misma enfermedad en un solo paciente y en quien los síntomas idénticos anunciaran tres maneras de morir. Así me pareció del departamento de tres ambientes, la llamada confirmaba que estaba habitado y nosotros pudimos haber dormido allí la noche pasado.

Algo similar ocurrió en la primera salida cuando decidimos dar una vuelta por las inmediaciones, acostumbrarnos al barrio. La hora era especial para ir a la calle, los bares sin clientes que trabajan, entrando en la siesta de los viejos, parejas jóvenes y rentistas ociosos recuperaban la calma de



verano agobiante donde lo único predecible es una brisa. Cuando bajábamos la puerta del ascensor se abrió en uno de los pisos intermedios, las planchas metálicas se separaron y nos vimos antes una pareja que saludó igual que se hace con los vecinos conocidos desde la mudanza y cruzados cada día. Seguro que nos confundieron, advertidos de la rotación de clientes del piso superior se alegraron de ver a un padre con su hijo y no un asiático, una vedette de cabaret, un jugador de basketball pelirrojo y de más de dos metros.

Cavia tiene la luz que puede escapar del tramado de árboles y algo de cosa interrumpida que la hace una calle tan bonita. Esa digresión en nada afecta a las copas verdes y sombra resultante, los autos descapotables manejados por mujeres rubias con pañuelos de seda a lunares en la cabeza y lentes oscuros, el olor de jardines regados donde se confunden rosales, plantas de hortensias y azucenas que había perdido de vista. Con Eulogio caminamos unas cuadras, salimos de la idea de barrio recoleto a la extensión de la costa observada a nivel de mar, con murallones y la arena de la playa Pocitos.

Lo inmediato fue recuperar la tibieza del único punto del mundo donde los rayos del sol caen así, con esa distancia precisa y graduación. Si Montevideo podía ser una ilusión, era el vértice entre infinitos que hacen las rectas y esferas, trayectoria donde Ícaro retorna a la penumbra humana, quedando en la loma del Cerro y azucenas autodidactas saturando macetas. Allí se reproducen canes vagabundos y sueñan muchachas que subrayan con tinta verde versos de

Neruda, ferias vecinales entre cajones de naranjas, mujeres maquilladas con túnicas azules que las venden a la unidad y el peso, un lugar donde perdura una forma y no otra de que incida la luz y se apague la conciencia.

Algunas tardecitas ese punto desaparece y se siente que está en el conjunto de puntos exteriores al sistema; pero existe, es imprescindible al sistema como una de las notas escritas por Bach –aunque a su lado tenga indicado sostenido y un sistema declarando su ser con matiz- que de trasgredirse provoca desarmonía local. Montevideo debería escribirse con signo bemol delante de la M mayúscula. La nota, la palabra y el movimiento a medida que se afina la vista reproducen en su interior el universo. Cuando las lentes se agrandan y duplican distancias focales, ese nombre de diez letras, que da jaqueca a diagramadores de Atlas cuando la hacen naufragar sobre el Río de la Plata, procesa en su interior energía suficiente, tierra rica en minerales y raíces raquílicas y el agua de manantial costero para florecer lo suficiente.

A esa hora la tibieza soporífera incluso en la sombra y algún golpe de viento me impregnaban la desazón del lugar; antes que nada es la razón y la forma como llegan las tempestades solares a una zona del mundo. Toda mi vida creí que era un buen lugar para enamorarse de las vecinas, tararear boleros mexicanos bajo la ducha y contemplar zarpar los transatlánticos con destino a Génova. Un lugar para que se escondieran maleantes argentinos perseguidos, caminar abrazado con muchachas que pudieron ser vecinas bajo

lluvias de otoño. Jamás imaginé que pudiera ser lugar predestinado a un plan, que trascendiera las intenciones de abrir una sucursal bancaria, tal como lo consigna la caja de zapatos. Recordando algo de lo visto, entiendo que me inmiscuí en un proyecto que prescindía de mí y me incluyó a partir de la compra del billete de avión. ¿Había esquivas de secta telepática en ese afán repentino por viajar a Montevideo?

Algo que en su momento me pasó inadvertido, debió suceder para fijar la decisión de traslado con mucho de búsqueda, correo de las mentes sin sello ni franqueo, tráfico discreto de mensajes extrañísimos. El sentido de la historia que me acosa pareciendo indiscutible entró en crisis sin que me percatara; estaba hecho añicos y yo, dotado de mente científica caí en lo único que me estaba prohibido: alejarme de principios racionales. El primer día comprendí la serie de acontecimientos de los últimos meses, el origen de las intuitivas certezas de mi hijo. La entrevista con Barone que tal vez conocía la verdad sobre mi situación y el silencio, la conversación posterior con el loco Lugo y la irrupción de hongos inteligentes en el grabado.

El sistema de seguridad entró en emergencia, otro y cuyos signos eran absurdos se estaba constituyendo preparando la mente para pruebas cuestionando recuerdos, dinamitándolos como las pipas de Malvín. El azar que decidió incluirme no podía detenerme por el inocuo factor de unos años de alejamiento, millas de separación segmentadas por un vuelo

de avión. Puede ser percibido como exceso de orgullo, pero faltaba mi voz y la melodía; con paciencia de música sacra, se las ingenió para provocar variaciones hasta que me hiciera presente decidiendo mi registro, integrándome a una coral polifónica que venía desde tiempo atrás para cantarla y escribirla de memoria.

Una nota dibujada en un antiquísimo sistema de notación, desciframiento polémico que una vez mirada bajo una lente potente, probara que ese golpe de inspiración y chorro de tinta en el lugar preciso contenía el universo en su totalidad.

## XXV

Debíamos estar los otros y quedamos solos, soliloquios sin réplicas, vocalizar interior que nadie escucha repitiendo la farsa del cacareo secuela. Nada sucedía de excepcional, lo único a contar era la inmovilidad, el relato estaba atrofiado por instinto luego de armar un engranaje de la quietud perpetua. Sabiendo improbable el movimiento fuimos seres hipnotizados, que en la ilusión drogada se suponen actores de actos soberbios mientras los están despedazando. Hasta el sueño era impuesto y contaba lo sucedido adentro del cerebro tratando de escribir vaticinando la derrota. Era imperioso narrar historias insensatas anteriores, nada de avance y emoción. Casi ni escritura y de leer lo que pudiera de ser posible sin nadie cerca, sin molestar a nadie y que nadie moleste. La soledad era permanecer en una esquina cualquiera de mi ciudad recuperada que envejeció más que yo tan adicto al alcaloide de mis interrogantes.

La vida ocurrida en Galicia le sucedió a otro hombre, la soñé en catalepsia y llegué a creer que era inventada. Había vivido enviando lejos mi cabeza evitando conversar sobre lo que sucedía al abrir la puerta de mi casa, era la vida paralela tramada para soportar años de encierro entre cuatro muros. Creía volver y salí de la celda irreal de la cual no guardaba recuerdo alguno, supuse la solidaridad a la distancia cuando

la verdad estaba embebida de soledad, negándome a ver vivir a la gente cercana, afanándome por saberme a resguardo en la región de mis padres. ¿Qué sucedería si aceptara que lo pensado era inventado, menos que apuntes que me ayudaran a pasar un invierno de fiebres y vómitos en una vivienda prestada?

La inocencia existe de creer que la lectura legitima y existen límites donde se establece la dupla verdad falsedad, es ridículo considerar ese poder de la palabra y refuto esa hipótesis. La verdad está inducida en los amaneceres, esa insistencia con repeticiones llevo a creérmela determinado a escribirla. Quedé allá estancado y durante años soñé con ese momento de reencuentro con la patria; en vez de disfrutarlo llorando de emoción, diciéndome que fue valioso me dio por pensar si los colegas habían operado a la señora Quiñones del duodeno. Su ingreso estaba previsto para ayer a la noche, ella es viuda, la atiendo desde hace años y le habría caído fatal esta deserción a último momento de mi parte.

Lo que más me dolió fue la insensibilidad del momento con falta de empatía; perdía y apenas recuperando deseaba administrar sentimientos, se me ocurría no pertenecer a ninguna parte, busqué la carta compaginando varias culturas y era igual que tener una pila de fascículos coleccionables. Cualquier gesto medianamente formal era devuelto con una tontería, ningún enclave afectivo me aguardaba y debía reestablecer conexiones en un circuito que prescindió de mí. Era la tarea relativa a la dicha pasada, arreglar conexiones

telefónicas que estaban podridas e inservibles, hacerlo con el agua corriente, red de conectores, cañerías de gas. Arriba, la escenografía a salvo del desgaste y reemplazos se mantenía en buen estado y seguiría operando algunos años más con la representación.

El tramado subterráneo se pudrió, nadie revolvió la tierra, el deterioro avanzaba y era imposible el arreglo. Habiendo recorrido los géneros nobles estábamos en la última fase de tinglado decrepito y con telones repintados de mala manera, preguntándome si la intriga de las persecuciones estaría en el submundo de las cloacas. Estaba lejos de saber que perseguiría una sombra escondida en otros túneles, empiezo a darle la razón a quienes sostienen que uno empieza a escribir para saber que no está loco. Lo creo sin asimilarlo a mi caso, a pesar de que lo que comenzó siendo apuntes es soporte orgánico queriendo salir de la cabeza, cuaderno de arena de Malvín. Me favorece: si medito sobre lo vivido es una pesadilla, si lo escribo y mediante un conducto se instala en el entendimiento con fuerza de hecho verdadero, resulta un respiro para esta actitud que consume energía.

Lo dicho hasta aquí es a mis ojos cierto y debería serlo lo que viene, quiero dejar esta constancia declarada ante la eventualidad de que suceda lo imprevisto. Con el correr de los días el tiempo de la luz se abrevia. El día batalla con el cálculo de la escritura, cada jornada comienza más temprano, en la última semana gané una hora. Me parece estar soñando; entonces soñando a punto de despertar descubría el

desasosiego de haber faltado veinte años del lugar donde nací. Lo intuí en el aura inherente al momento previo a acciones que nunca se concretan. Montevideo era la ciudad amago de minutos anteriores a la catástrofe, un estado a punto de y al borde preciso. Cuando algo ocurre solemos quedar sin capacidad de reacción, un cuento donde se narra que están por ocurrir hechos fantásticos y el cuento es esa espera. Nunca llega la pesadilla de fuego, la frustra otra explicación del futuro prodigio que empantana la acción. Un enfermo sobre el cual se agregan síntomas terribles sin terminar de morir, otra noche pasada en juegos esotéricos. Adivinanzas, predicciones, anuncios, presente saturado de futuro donde lo esencial es intuir lo que viene con fuerza que consiga cambiarnos la vida. Lo probable es impalpable y esa sensación la recobré regresando.

En Galicia me habitué a considerar la vida en secuencia, un devenir sin interrupciones, cada día debe pasar algo para bien y para mal capaz de aniquilar la inercia en tanto la vida se acompasa a mi contemporaneidad. En la Suiza de América Guillermo Tell se conforma con sacarle punta a la flecha, mientras la manzana se pudre sobre la cabeza del hijo adorado. A causa del referido ángulo de incidencia de luz ocurren variaciones metabólicas, algunas mañanas tengo claro el lugar donde me despierto y el pensamiento discurre con pericia de nadador, otras creo despertar en Montevideo. Las ideas se estancan, fatiga llegar al final de las frases, los



días allá los viví entre falsa calma y percepción de saberme vigilado. Es preferible que intente reconstruir algunos hechos.



Si tomo como punto cero de la etapa la llamada telefónica al llegar, el segundo incidente se produjo esa misma tarde. Recuerdo que estábamos en la costa, le comentaba a Eulogio lo cambiado que estaba el paisaje y él me decía que era similar a los balnearios que visitamos sobre el norte español. Durante la conversación la variedad de colores estimulaba y la brisa era agradable, se paseaban muchachas que llevaban de paseo perros de raza con largos lazos. Casi descubiertos por completo en la arena los cuerpos daban cuenta de una cercanía intensa, los autos pasaban a velocidad pausada en ambos sentidos y en los semáforos algunos bocinaban en vano para acelerar el cambio de luces. De un lado a otro cruzaba gente, otros cuerpos se estiraban sobre la balaustrada, pasaban ciclistas y patinadores del cemento, ancianos trotando el maratón de la supervivencia.

El espectáculo encomiaba una manera de vivir carente de estridencias contrariando mi especulación sentimental. Había pensado demasiado y era yo comenzando el reingreso por el lugar menos comprometido, cometiendo el error de ser turista en mi ciudad y hubiera deseado una confrontación sin final con resaca. Grandes carteles anunciaban la terminación de

obras públicas para llevar las heces más lejos mar adentro. En algunos espacios quedaban residuos de campañas políticas como si las elecciones hubieran seguido cauces naturales. La única marca de autoridad a la vista era una sensación opresiva y dos marineros vestidos de blanco, caminando en sentido contrario por la orilla del agua yendo hacia un punto aglutinante o disolvente.

Nos sentamos cinco minutos en el murallón, yo había sido feliz en esas inmediaciones hacía veinte años. ¿Pasaron en verdad tantos años? ¿Yo estaba allí? Y de ser así: ¿cómo era posible sentir un vacío visceral? Para los demás ese momento y nuestro viaje era inexistente. Caminamos y llegamos hasta donde estaba El Galeón, había cerrado como si los lugares de la amnesia comenzaran a irse a pique. Confirmando esa suposición un cartel anunciaba algo, cambio de propietario, firma, rubro o la demolición; ante ese reclamo de las cosas que mudan me subió a la boca, desde otro órgano más viscoso que el estómago, el sabor del ron con coca cola bebido cuando joven. Algo podía llegar al corazón de indio, como si la materia del metabolismo dependiera de circunvalaciones entre recuerdos, era un film entre gente medio desnuda y otra mayor vestida de manera impecable despreciando la ostentación del cuerpo.

Amainamos la marcha, estaba dispuesto a propinarle a Eulogio la educación sentimental freudiana y roussoniana sin evitarle los gustos masticados que me acompañaron desde la

infancia. Entre la variedad autóctona creí que la situación era propicia para la iniciación al misterio del fainá.

-Ya vas a probar lo que es bueno, le dije.

Quería que mi hijo, a quien le hablé poco de mi pasado comenzara a conocer la ciudad y quererla, aunque dudaba que llegara a creer que tenía la suerte de pasar una temporada en el mejor de los mundos posibles. Montevideo es postal de predisposición, estaba inclinado a recuperar lo que me pertenecía por derecho y herencia: la casa menguante cuyo interior estaría esperando el día de mi llegada. Nada malo podía pasarnos allí aunque el cosmos se autodestruyera, teníamos un antídoto de inmunidad contra los roedores de la historia, éramos limpios de conciencia y nos creíamos inteligentes, sin errores de conducta en el itinerario recorrido no merecíamos el dolor colectivo y el ingenuo que pensaba así era mi yo. Entidad intermedia entre el país que fuera dicho, me estaba destinada la fatalidad y consistencia del tumor inoperable, comenzando a deshacerse sin que lo viera en los exámenes detallados cuando salí de viaje. Luego se trató de aguardar la llegada de la destrucción y el estruendo distante, cuestionar escéptico cualquier mala noticia venida desde allá.

Estaba en estas parrafadas sin palabras cuando la voz de mi hijo me interpeló.

-Mira papá, ahí están los hombres.

No había reparado en su presencia y menos que eran los mismos de una situación anterior que me pasó por alto.

Eulogio captó mi despiste de ese presente alejado de mis recuerdos, él estaba descubriendo mientras yo especulaba en asociaciones forzadas.

-En una de las mesas del fondo, siguió. No te des vuelta papá, hay los dos hombres, uno lleva un polo Lacoste verde y el segundo una chaqueta azul. Están tomando cerveza, son los mismos del Golf gris metalizado que nos sigue desde que salimos del piso, pensé que te habías dado cuenta. Tal vez son ellos los confundidos, tiene que ser eso o de lo contrario cómo explicar la coincidencia en pocas horas.

Los sabores de comida dentro del paladar viraron a un agridulce, podría tratarse de otra casualidad de las tantas y ese mal sabor en la boca se volvió idea. Era el detenido al que exigen que busque el delito, la Ley y el Tribunal que le costará prisión perpetua; por el miedo de pesadilla fue ostensible mi gesto de buscar al camarero para mirar a los hombres.

Mal día para el miedo, la vida subterránea seguía acechando en la ciudad y asimilable al monstruo autóctono inventaba astucias de acecho depredador. Igual que el conejo que pretende salvarse disfrazado de liebre, busqué en mi conciencia para saber si me quedaba pendiente un delito que estaba dispuesto a confesar. Mi nombre figuraba en agendas requisadas y hacía años me buscaron porque había salido del país. Los tiempos cambian, las estaciones se sucedieron, algunos perfiles fueron desentendidos por el tiempo y ellos seguían la tarea, llegué en secreto con ilusión de libertad y me estaban aguardando.

Era pueril preocuparme basado en dos principios, parecía inconcebible el seguimiento después de tantos años, menos que lo hiciera un poder actuando en clandestinidad perdurando por fuerzas del cinismo. Si alguien nos seguía y la intuición de Eulogio era acertada lo comprobaría en un par de días; luego, era pieza clave para algo sucedido en la ciudad durante mi ausencia, mi ignorancia fue el paréntesis que procuraba colmar con supuestos, formando parte de algo misterioso que me incluía. Suponerme el sujeto seguido de un operativo advertido por un niño fue el indicio del sentido de mi presencia, previendo la existencia de una misión segunda que se ocultaba en nuestro viaje.

-Seguro nos confundieran, le dije a Eulogio.

Quise despreocuparme por lo incontrolable, arrepentido por haberlo llevado conmigo olfateaba el peligro que desconsideré en el plan, temía que por mi culpa pudiera ocurrirle algo y lo necesitaba a mi lado. Lo que allí debería ocurrirme debía suceder con su presencia, sabía que él tenía otros ojos de la herencia materna para observar una situación ante la cual yo estaba ciego. Mi hijo era intuición y la sospecha que a mi me faltaban, mirada de gallego eterno y fantasioso capaz de distinguir lo esencial en la tramoya espectral, allí él sería lazarillo guía de lo invisible, como lo hizo con los hombres del auto gris cuando decidió acompañarme pues algo sospechaba, probando el don para sublimar la realidad mutante.

Regresamos a casa temprano y esperando el sueño miramos en la televisión un partido de fútbol entre Progreso y Cerro. Hablamos veinte minutos con Carmen y los chicos, les contamos un viaje sin contratiempos de valijas ni aeropuertos. El sueño tardó poco en llegar como si procurara devorar las horas de diferencia que habíamos volado.

De madrugada me despertó el teléfono, sin hacer ruido llegué hasta el living y sabiendo lo que ocurriría descolgué el tubo. Nada del otro lado, lo puse a un costado aguardando una reacción hasta que después de varios minutos escuché el clic cortando la comunicación antes del tono de línea libre. Lo dejé descolgado para desanimar la insistencia y fui al baño, me mojé la cara y volví al dormitorio.

Estaba en la cama cuando mi hijo me habló.

-Son ellos, estoy seguro. Buenas noches papá.

-Dormite, le contesté.

Obligado a vencerme el pensamiento con somníferos sabía que nada sería igual y me dormí excitado por la curiosidad. La vuelta en esa fechas, llamadas insidiosas y hombres descubiertos por mi hijo eran huellas en arena mojada de una playa desierta. Fogatas titilando en la costa, huesos parietales en la última losa de un sepulcro escondido, indicios de una historia contándose en silencio.

Estos razonamientos de novela inglesa afectándonos recién comienzo a comprenderlos, en su momento eran sucesos atribuibles al poder indiscriminado, manifestaciones de potencias rondando malignamente. Mi historia con ambas

ciudades lo confirma, de uno y otro lado mi vida ocurrió en sitios permeables a lo desconocido si se acepta la eventualidad de lo fantástico. Ocurridos de doble naturaleza sin meditar que comencé a considerar por lo sucedido en esas horas; de no ser así jamás lo hubiera hecho. Nací en un enclave propenso a confusiones donde la gente descrea y está afiebrada de realidad que anhela modificar, vivo en una tierra donde la incomprensión se incrusta en lo concreto, los fantasmas de muertos humanos y la naturaleza de otras criaturas navegan la niebla que es respiración con efectos alucinantes en los vivos.

Oscilo en esa continuidad de oscuridad con crepúsculo, entre recuerdo con interferencias y necesidad del territorio cierto en Escritura que busco con afiebrada impaciencia. Necesitaría otro golpe similar al desastre de la barca de pescadores, cuando me aproximó a los hechos considerando escribir pierdo pie siendo desagradable marchar a tientas sobre fondo viscoso y tarde para regresar. Pensando en la escritura esa inestabilidad tiene sentido y el devenir se hace inverosímil pero argumento al fin. Si dejara de hacerlo para refugiarme en las certezas de lo real, si consintiera una tregua del combate aunque fuera veinticuatro horas mintiéndome que estoy en vacaciones, el asunto terminaría mal. Eulogio lo dijo la primera noche, son ellos los que parecían seguirme a todas partes.

Me figuro que apenas cierro el cuaderno mental quienes ellos sean recuperan mis últimos pensamientos, verificando si

continúo extraviado en la nebulosa de explicarme a mí mismo  
y la tontería de redescubrir lo sabido.



## XXVI

En estos días la relación de mi conciencia con los hechos es diferente, recuerdo que viví aquello en movimiento vertiginoso y no pretendo repetir esa aceleración. Si algo hay de verdad en lo que me cuento y adivino venir se trata de un sinsentido; menos deseo correr detrás de situaciones que me excluyeron exceptuando este interludio de reposo.

Pasado el primer día remonté la paranoia de deducir un sistema de casualidades y sospechar la vigilancia, suponer un complot de persecución en toda persona extraña. Eulogio es un niño intuitivo y miró mucha televisión que es su manera de pensar sin ser interrumpido.

Debía mantener el plan, había viajado para organizar el reencuentro de acuerdo a lo que era sin estar preparado a que un agente secreto pudiera condicionar mi vuelta. Como esos enfermos saliendo de una operación en la que manipularon una parte medular de su cerebro, creo necesitar una recuperación gradual. Aprendizaje de la memoria, sensibilidad exacerbada y el sistema motriz de mi cuerpo lanzado a una trama inédita, volver a adiestrar músculos solicitados, adecuar la alimentación al organismo agredido y un período de rehabilitación. Quería soslayar un tratamiento brutal para enmascarar el rescate de años irre recuperables. A pesar de los esfuerzos por alterar la situación buscaba la certitud como

garantía de errores a evitar, ubicarme en una situación entre trampas emotivas de memoria y asombro por los descubrimientos. Evitando el empacho de uno y otro bando, atragantamiento con emociones difíciles de deglutir al iniciar la avalancha de reencuentros.

Con ello encadenaba el recelo a los veinte años pasados. Desconfianza del prisionero que sale libre y recupera el sentido de la libertad, miedo a morir en una galería con entrada paga de espejos proyectando reflejos deformantes, temor al entorno y otras reacciones por no experimentar sentimientos nobles acumulados en dos décadas de desaparición. Sentirme distinto del que recordaba y que la diferencia fuera insoportable, pensaba sobre la inutilidad de ahogarme en prejuicios inherentes al despliegue de elucubraciones. El miedo era mi doble del modelo en la caja de zapatos Gallarate.

El proceso de reconocimiento consistía en procurarme una actitud de alerta donde pudiera viéndome rondando por la ciudad. Anotar la lista de reencuentros con quienes me precipité y a quienes desestimé interponiendo la excusa de la readaptación a los lugares, recuperando un tanteo espacial y la relación del cuerpo con nuevas circunstancias. Quería oír uruguayo y hablarlo durante el día, habituarme a olores, palpar texturas de muros de calles en pendiente, permitir a la retina enviar información hacia archivos perdidos y que la ciudad comenzara a proponer diferencias.

Recordar es desechar la realidad en bloque y friccionar lo inexistente con el momento que se vive, desde lejos construí otra ciudad equivalente e imaginada. Cada tanto agregaba un edificio al Parque de los Aliados, el museo replicante de curiosidades, otro puerto duplicado para barcos errantes, cambiaba sin razón plazas de lugar y disposición porque ese día me resultaba cómodo, hice de la invención variante agradable del olvido. De a poco diluí el pasado, mi memoria se fijó habitando una ciudad maqueta llamada Montevideo, hermosa como el proceso de sustitución, extraña como el salvavidas que una mañana encontré en la playa con las letras MONTEVIDEO y que -sin considerar si alguna vez existió un buque de línea con ese nombre- con fuerza lo lancé olas adentro hasta perderlo de vista.

Pasado algún tiempo de ese episodio ocurrió algo gracioso. Carmen y yo estábamos en una reunión de amigos, en determinado momento la conversación derivó al tema de los viajes, seguramente coincidíamos con los invitados en la admiración de Roma y así de displicentes hilábamos la complicidad entre conocimientos agenciados en viajes de largos fines de semana. Si era Roma supongamos, nos entusiasmaba el recuerdo de cantinas en calles del Trastévere, la ratificación sobre la ubicación de una fuente con tritones y discutibles virtudes de la hotelería local.

En eso estábamos como quien avanza en un juego de salón, cuando alguien me descolocó al preguntarme a boca de jarro sobre Montevideo; podía esperar cualquier cosa de una velada

ligera llena de traslados mundanos, todo menos eso. Traté de ganar tiempo, puede que haya encendido un pitillo luego de llenar mi copa de vino como hubiera hecho un testigo ante la erupción del Vesubio vista desde los mercados de fruta de Pompeya. Obligado a traducir en relato social lo que fueron sensaciones me hallé desamparado de un puñadito de recuerdos infantiles, algunos de los cuales evoqué estas mañanas.

Estaban las fidelidades de entonces pero la gente nunca aguarda revelaciones intrascendentes, de la ciudad lejana destilaban tópicos íntimos y deducibles sólo por otro montevideano en mal de terruño. Montevideo jamás tuvo partitura para seguir a rajatabla, así que me quedaba la improvisación y me lancé transfigurando la mampostería guardada en la maqueta de la memoria. Dijera lo que dijera terminarían creyéndome, sin oriundos a la vista dispuestos a censurar la desviación del camino real para denunciarme por atentado a la nostalgia hice creer mi Montevideo. En el medio inventé un río de aguas transparentes con peces rojos y enormes anguilas, patos de plumas grasas y tornasoladas, puentes de un segmento copiado del río Amarillo y otros de trazado colonial que nada le envidaban al Ponte Vecchio de la Toscana. Erigí en el puerto la casa natal de Isidore Ducasse, detallando pormenores de una arquitectura monstruosa: a la entrada hay una vitrina con los primeros manuscritos de los Cantos de Maldoror y el perdido prólogo de las Poesías, fotos de la novia, compañeros de clase y profesores de latín en Pau,

una lámpara de combustible líquido y un piano vertical con un gato rubio embalsamado. Con la silueta de una tía lejana fabriqué una suerte de Callas perdida en la ignorancia, cantando la Norma de Bellini. Dispuse cisnes negros recitando a María Eugenia en estanques tibios y podridos de la artificialidad grosera del parque Rodó, junto a castillos de juguete y glorietas que ensayan oberturas de Wagner y fanfarrias del Walhala. De los soldados amaestrados que irrumpieron en la Universidad en los años duros, hice blandengues esbeltos fieles a la patria, húsares cabalgando por arterias centrales de la ciudad montados en corceles briosos, blancos y azabaches que no bosteaban en todo el recorrido, abrí túneles inmensos que atravesaban la entraña de cadenas montañosas engarzadas con los Andes, tejí pajareras gigantes para retener ejemplares alados multicolores venidos del corazón de la jungla americana... y así en un vértigo etílico hasta el desmayo de imágenes.

Luego de haber verbalizado deseo y frustración aunque más no fuera una sola vez esa irrealidad de la cual no estaba seguro, al llegar por primera vez a la plaza Independencia me vinieron ganas de lagrimear. La novedad en el lugar era una suciedad creciente en las rinconadas, la mole abortada del palacio de justicia humana a medio construir que nunca dictaría sentencia, la excavación del mausoleo subterráneo como si la contribución de los altos mandos para el porvenir fuera una tumba, homenaje hundido y custodiado que nadie visita por temor a quedar atrapado. Estando en esa situación

de invitación a la palabra debía apechugar con ese viaje sentimental, la inmensa escalinata del mármol negro del mausoleo tiene algo de invitación de descenso a nuestro infierno, temía encontrar espectros de mis amigos muertos contándome su versión del pasaje, clamando por la vida y reprochándome el estar vivo evocando horas compartidas. Pretendiendo ser gloria y conmemoración al padre de la patria y sus cenizas repatriadas, el mausoleo era el alejamiento de los muertos por los constructores de la anomalía, queriendo hacer un círculo de fijación tallaron en el subsuelo una caja negra para conservar letanías de suplicados.

Permanecí sin moverme prefiriendo la superficie de las cosas escuchando murmullos inteligibles provenientes de las profundidades, los verdaderos infiernos eran otros, lo que se oculta en la tierra con violencia termina reflatado de manera desagradable. Como médico ante una situación enfermiza debería comenzar por un reconocimiento objetivo y sistemático, distribuir calles de manera ordenada, hacer un catastro meticuloso sin caer en el error de dar algo por sabido, ni olvidar la duda que se haría metódica. ¿Estaba dispuesto a recobrar la verdad, después de tantos años me aferraría a coartadas imaginadas hasta negar sucesos de la historia? Se daba por descontada la existencia de la ciudad real por la evidencia de que está todo lo que se supone debe tener una ciudad, desconfiaba que se hubiera extraviado una parte de lo indefinido que ignoraba cómo descubrir, localizar, tal vez inventar.

La ausencia fue ignorancia, el misterio lo debería explicar la inverosímil situación de la ciudad. Desde su fundación es un proyecto a medio hacer asumiendo la vocación a ser conquistado por castellanos y portugueses, ingleses y porteños, caballos y quimeras, poetisas y amnésicos por fermentación. Simboliza lo que nunca llegamos a descubrir, es imposible saquearla porque no tiene nada, cualquier sometimiento terminaría por el hastío de los invasores aguardando la reacción y explicación del puerto. Era argumento escaso para justificar tanta obcecación y quizá lo mejor para elucidar esas cuestiones esté retenido en las motivaciones que me llevaron al regreso.

Nada es y todo sostiene un aire de predestinación e inminencia como estado natural, avanza un contagio insinuando que lo importante falta por suceder y puede ser mañana mismo. En un lugar, que en otra lengua de la que se habla quiere decir el río de los pájaros pintados y mancha de Hokusai: el universo puede ser autenticado en cinco trazos de pincel mojado en tinta negra sobre papel de arroz.

Esa concesión al exotismo tendría que habernos dado palacios de cristal con mandarines sabios y sanguinarios, almacenes de sándalo con kilómetros de sedas estampadas, fronteras lejanísimas codiciadas por ambiciosos maharajaes convencidos de ser divinidades encarnadas y elefantes blancos para cazar al tigre de bengala adornados con artificios de liturgia. Elementos capaces de hacernos figurar en un Atlas del Mundo Conjetural y que constituye uno de los tesoros

mejor guardados del Gran Khan, la única pieza que justifica las iniquidades necesarias para ejercer el poder. Nunca existíamos antes de nada: Montevideo debería ser una ciudad carente de finalidad y estar dispuesta a sucumbir. A falta de leyenda relacionada con avatares humanos de las primeras divinidades, oponerle la propuesta de un destino de grandeza y aniquilación, si no decidimos la invención al menos urdir el final inexorable con elegancia.

Cuando estaba allá la reflexión pasaba por otros cauces, como el rechazo a los objetos amados quedé sujeto a la ciudad y lo sucedido me comprometía para siempre. Los regresos llevan a tierras alejadas y M sonaba lejana, tenía el palpito de extrañamiento ante mi vida, la imposición de recobrar rincones evitando dejar sin materialidad a los recuerdos. De perder consistencia me quedaba sin historia clínica resignado al olvido; extravío de la memoria, su negación aunque fuera demostrada la contundencia de ciertos objetos, luchaba contra el hipnotismo amnésico, buscaba conciliar datos del mundo sensible con lo imaginado por años de alejamiento.

El proceso marcaba la destrucción de lo que llegué a creerme, en tiempo récord aprendí la sistemática demolición de palacios infinitos y puentes coloniales, el paseo flanqueado de leones egipcios de piedra negra, el horizonte trazado en una red de montañas donde las maravillas están del otro lado. Regresar suponía adoptar sueños, la eventualidad de modificaciones y la realidad contradecía registros



conservados. El viaje hizo escala en una dimensión intermedia; podría atribuirlo al cansancio y necesitaba aclararlo, el pozo, salir del pozo después de años juntando recuerdos, contar cuentos pasados, repetirlos sintiendo que saltaron de la evocación a un magma voraz. Conquistando la lucidez de entender el presente y seguir viviendo un trecho más.

## XXVII

Es incómodo admitirlo, allá era diferente. Olvidé objetivos perseguidos, mis emociones eran caóticas y se repetían situaciones como si estuvieran escritas en un viejo libro. Con mi hijo caminábamos por calles bordeando un bosque encantado y la primera tarea fue preocuparme por su bienestar. Era egoísta lo que estaba viviendo, el niño lo entendía, hacía pocas preguntas dejándome recobrar el sabor del cortado y recostarme en mostradores, disfrutar los compatriotas cuando hablan y ríen pidiendo disculpas. Me entretuve delante de panaderías de fachada antigua donde atienden muchachas con túnicas blancas, permanecí minutos mirando taxis en las paradas como si fuera la botadura de un barco de pasajeros con tres mástiles. Estuve atento por si llegaba a cruzarme con algún conocido a liberarme de casualidades y contar lo vivido durante esos años.

Así como las historias pueden llegar a confundirse y desde que se involucra la vida suelen tener precisión milimétrica, comencé a respirar de manera distinta, estando en un sueño realizado necesitaba ayuda. Era suficiente la representación montada y la duda decía que transitaba de solemnidad al ridículo. La llegada furtiva con la ilusión de que un secreto me aguardara podía explicarse; al menos de permitir que se visualice como patraña, caricatura de cualquier regreso

empezando con Ulises en harapos. Sin Mister James cerca y a la inversa de ese isleño volvedor, encontré frente a frente los pretendientes reunidos dispuestos a sustituirme. Esos amantes mezquinos de Montevideo estaban dispersos en islas dentro de las islas, laberintos dentro de laberintos, tapices con imágenes de tejedoras y relatos dentro de los cuentos con finalidad de entretener confundiendo dejando pasar el tiempo.

Luego de la soledad debía recobrar la palabra hilando la trama para integrarme a ella. Fui personaje satélite cuya función consistía en dilatar la línea argumental, designar roles secundarios y luego colarme enmascarado incidiendo en la continuidad según mi conveniencia. Debía avanzar la historia de los próximos días con poca cosa de la que aferrarme, más bien nada o hilos podridos por el tiempo pasado y restaurar la anécdota anterior, suponiendo que el sitio permaneció en hibernación aguardando el regreso.

Sucedieron episodios sin esperarme y mi ilusión comenzaba a sustentarse en una mentira, de esas que necesitan estrategia, acciones para existir y un capitulado aceptable.

Lo haría otro día, lo pensaré mañana, recuerdo y escritura se acercan, estoy calmo aplazando la hora.

En aquel momento recuperé la noción de lugares míos; presentía que del otro lado de la plaza Independencia seguían estando mis calles de antes, mi casa de antes, alguien fijado en el tiempo que pudiera reconocerme, recordar mi aspecto de niño si es que no habían muerto los vecinos. Los recuerdos fieles comienzan a tener apariencia de invenciones, la

escritura proyectada escapa de entre mis manos y busca el respiro de una pausa de realidad: cortar el césped con la maquina, ir a pescar, entrar al supermercado, leer la prensa para conocer qué sucede en el mundo. Este será mi rincón hasta la muerte, nunca más regresaré a mi ciudad natal.

Esta mañana la considero espejo de aquella y podría reproducir los pasos del segundo día en Montevideo. Cada hora restituía una coloratura de la memoria original, que a la distancia resultaba cercada por geniecillos domésticos, sin anécdotas que fueran más lejos de los afanes del abuelo por ser propietario de una casa. Los testimonios de los dioses antiguos eran recibos de almacén, diplomas del compromiso militar de los mayores, postales de la primera guerra mundial. Mi memoria del país cabía en una caja de cartón guardada adentro del cajón de la cómoda y luego por mis padres se llenaba de la tierra en donde decidí vivir. ¿Qué es La Patria alumno Fulano? La tierra donde uno nace, el sitio que de poderlo hacer elegiría para morir, un territorio en el camino. La memoria es botánica nutriente del árbol genealógico confundándose con la crónica escriturada de una parcela. Lo ignoro y supongo que en mi caso las tres vertientes en vez de converger bifurcan. Mi patria era el gusto de una sopa de pulpo, la medalla de Alfonso XIII de imitación, abuelo muriendo tuberculoso en el hospital de Pontevedra de comienzo de siglo, en la misma planta reciclada donde utilizo instrumental accionado por energía atómica. El dolor de tribus petrificadas entre amnesia del tiempo y cerámicas

precolombinas desenterradas en un cerro de la cordillera, lío sin solución pesándome cuando me supongo ligero.

Mis hijos mayores lo superaron, ese virus de pertenencia a una épica anterior se incrustó en el alma del pequeño. A veces me despierto de madrugada creyendo estar durmiendo en un camastro de campaña, en la zona tercera de un enorme barco en medio del océano entre ronquidos y ruido de calderas; ese insomne soy yo sin saber si estoy despierto o vivo una pesadilla. Mi patria es un viaje por mar donde siempre faltan tres días para llegar al puerto que ninguno de los pasajeros visitó antes, escuchó nombrar ni aparece en el billete de la compañía. Mi ciudad de partida tiene nombre de barco inventado, trasatlántico sin pasajeros iluminado con farolitos chinos en noches calmas ecuatoriales presintiendo tormenta, de una luna llena que no sale por ninguna parte. Nombre de destroyer de guerra ruso japonesa salido de Port Arthur camuflado en pesquero malayo, yendo recto a la trama del marino Hiroshé Chusa, navegando en misión de espionaje por rutas donde van y regresan botes con compatriotas siniestrados, extenuantes travesías sabiendo que nunca cruzarán en sentido contrario proas del rescate.

Me agrada la certeza de la costa, la sed de auscultar el horizonte a la espera de barcos pasando de largo cual bancos de toninas, recorrer muelles al mediodía mientras la actividad cesa y lo visto parece un error en el montaje de la realidad. Jamás seremos un pueblo que integremos la desaparición de marinos, estamos siempre llegando sin saber qué rumbo

tomar y si es cierto. Esos náufragos desmayados por tanto esfuerzo inútil somos nosotros, los que cuando despiertan contemplan el mar que arrebató el pasado sin comprender las causas del desastre; menos la vida, para probarles el sinsentido si tienen coraje de intentarlo otra vez; algún atardecer olvidamos la espera del naufragio, la memoria del percance y quedamos descalzos en la orilla del mundo.

Hipnotizados por cascos herrumbrosos asomando en la costa, dejados por chimeneas negras de donde escapa el canto de sirenas, con la mirada de marinos en cubierta fumando, escrutando horizontes desencantados cuando se alcanzan y ninguna tierra se asocia al reposo.

## XXVIII

Durante la estadía uruguaya los hechos arreciaron de manera exponencial, una mañana al despertarme miré por la ventana, la calle tenía la luminosidad del sol filtrando por intersticios de nubes amenazantes. El brillo se concentraba sobre un portal de madera en la vereda de enfrente, desaparecía para instalarse en los paraíso y era deslizado por el capó de un automóvil de los años sesenta. Preparé el desayuno y me recosté contra el marco de la ventana a esperar que comenzara a llover, ansioso por detectar el antes del reacomodo en el tiempo, la mudanza de San Pedro decía mi abuela. La secuencia siguiente la conocía: cañones en la costa, oscurecimiento intimidante, una sombra obligando a encender luces en plena mañana preludiando gotas en picada lateral, gotones calientes reventando contra cristales y deshaciéndose en el asfalto se hundían en la arena dejando un hueco de criatura crustácea en retirada.

La intensidad sostenida hasta la lluvia y yo mirando detrás de los cristales, saboreando un café. Mi hijo se acerca, por primera vez desde que llegamos a la ciudad siento afecto paternal que incluye a mis mayores, confuso orgullo por un pasado que nunca comencé a contarle me reprocho, como si fuera a darle un secreto bien guardado sobre la vida.

-Montevideo es un lugar donde llueve así en verano, le dije y recordé mis lluvias.

El niño miró, como si la lluvia la estuviera comparando con las que escuchó antes sin prestarles atención.

-Es lindo, me pone triste. Hoy prefiero quedarme en casa para escribirle a mamá y mis hermanos. Ve a caminar, solo también estarás mejor, hará buen tiempo hasta el regreso y esta pudiera ser la última lluvia en tu ciudad de nacimiento.

Era verdad lo dicho, yo sin saberlo y era lo que estaba pensando. La lluvia es inolvidable en la costa cuando puede contemplársela desde balcones confundida con despojos de olas rompiendo en rocas cúbicas que asaltan las murallas; para caminar es complicado, el agua empujada por ráfagas de viento hace vana cualquier concentración que omita el aguacero. Sabiéndolo bajé a la calle y fui a la parada de ómnibus, justo cuando llegaba un 121 bastante vacío, subí, olía a naftalina de ropas invernales y humedad concentrada.

Conocía la estrategia del clima, a lo máximo llovería de día dando la ilusión y luego volveríamos a lo rutinario. La ciudad en verano con aletargamiento, territorio acariciado por un sol oculto encima de la tormenta y un bus me llevaría a segmentos de mi historia. El 121 era la más perfecta de las naves del tiempo, así fueron Bulevar y Canelones, luego Rivera atravesada, la circunvalación al Obelisco enfilando al Cordón y al Centro urbano. Pensé que podía haberme bajado en una de las paradas, recomenzar una de las historias



interrumpidas dejándome ir con la correntada de trayectos renunciados por razones que olvidé.

Hojas estrujadas de diarios viejos y sólo hojas fueran los años pasados. Esa melancolía ocurría por efecto de la lluvia de verano y después de pasar la plaza de los bomberos decidí caminar en la imaginación. Descendí del autobús corriendo casi, me metí debajo de un alero publicitario como si viniera de salvarme de morir ahogado por una correntada y respiré sediento de aire. Los autos se amontonaron en un semáforo descompuesto, seguía faltando un agente para ordenar el tráfico, las vecinas y mujeres obligadas a salir estaban irritadas; sentí zapatos empujando el acelerador y caños de escape ronroneando esa impertinencia de reclamar la pérdida de tiempo. Era una bienvenida sonora indigna y me resigné a lo que viniera como si la máquina imaginativa se hubiera atascado atorándome con aire lleno de residuos.

La lluvia me protegía empapando gases malolientes antes que llegaran a los pulmones, eran arrastraba para dejarme respirar a mis anchas, abría camino a otros olores y llegó el aroma de azucenas todavía en la planta, cuidadas por la abuela de un amigo de infancia. Llegó el olor a grasa fundiendo en sartenes puestos al fuego en tardes de lluvia, cocinas con hornallas a keroseno y bombas manuales para impulsar los gases y Primus con boquillas tapadas que lanzaban un fuego azul metálico de ángeles chamuscándose. Olor de infancia imponiéndose a la fragancia de la ciudad sin las primeras pasiones, estaba cubierto por un ataque de

evocación sabiendo que eran cebos de una trampa, el artificio elegido para seguir adelante.

Debía aprovechar –como dijo Eulogio- la ocasión de ver llover sobre Montevideo, caminé unas cuadras acompañado por perfumes faltantes, lo hacía concentrado y distraído, recordando y descubriendo. Cubriendo cada signo teñido de deterioro con excusa de malísimos tiempos pasados, asimilando y camuflado. Nada pudo haber sido tan grave al punto de destrozar la memoria; aceptando la fantasmagoría estaba en un sueño, engañado por efectos que tiene la lluvia sobre los sentidos. Faltaba la prueba decisiva de ensayar si me reconocerían, saber qué cosa era yo para ellos, en qué me transformé y si podría identificarme a mí mismo. La gente pasaba a mi lado indiferente y apresurada, denigrando la tormenta. Deseando que el cielo abriera de una buena vez; yo que de lo poco que sé es que la lluvia en Montevideo es la que mejor conozco, sabía que teníamos por delante varias horas de agua.

Me suponía fuera, me dije que nada tenía relación conmigo, ningún vínculo inmediato, la soledad y el silencio me estaba destinado, miré el reloj buscando un amparo improvisado. A esa hora considerando la diferencia de paralelos estaría en consulta, corriendo de una sala a otra en mi universo de pacientes, enfermeras y colegas. Una escapada rápida para un cafetito de máquina y llamar a casa.

En esa situación estaba bajo agua sin impartir órdenes clínicas, caminado con todo el tiempo del mundo para mí, lo

íntimo insistía cuando en la esquina de Andes y San José sentí la interjección menos esperada.

- ¡Un espectro internacional recorre Tontovideo...!

La apelación común en otra vida entre nosotros, de otra vida y para que me hubiera asombrado la coincidencia supe que me estaba dirigida, era para mí la voz y el deseo de que fuera así. Casualidad del deambular lugares comunes petrificados, en el segundo distado entre vozarrón y el darme vuelta, como dicen sucede con los ahogados antes de morir, un resorte se destrabó en mi memoria y viejos engranajes comenzaron a funcionar, apurando la luz saliendo del archivo en la pantalla del ordenador.

Antes de comenzar el giro sabía que del otro lado del grito estaría la estampa del flaco Montes de Oca, desde la voz rearmé detalles de fisonomía e información inconfundible: barba densa hasta insinuar en pómulos hundidos la historia clínica y podría diagnosticar a ciegas el mal que terminaría por matarlo. Fue por ello que cuando me volví lo miré como al pescador bíblico de fresco renacentista rodeado de serafines, delincuente bueno de película argentina que pasó una infancia difícil y piensa en la viejita mientras purga su pena en el presidio del último sur.

- ¿Qué hacés aquí? me dijo.

Llovía y yo emocionado mirando la película argentina donde el flaco le pedía perdón a su santa madrecita por apostar la quincena a los caballos; el encuentro sucedió hace tanto que parece de otra existencia donde yo era el mismo. La luz o su

memoria penetra por los postigos ahuyentando escenas que son animalitos asustados retrocediendo. Es extraño conciliar aquel que fui en el reencuentro con Monte de Oca y el que está buscando Escritura, avistarla dentro de una semana cuando vuelva a casa.

Algo anuncia que debo regresar a los fundamentos del amanecer. Nadie escribe lo que piensa sino lo que puede, se erige una decepción insalvable entre lo imaginado y el orden con que se alinean las palabras. El universo tiende a una feria de atracciones distrayendo de lo esencial, las palabras a considerar son tantas que toda elección es la equivocada anotando la versión paralela.

Pasado el reencuentro Montes de Oca dejaba de ser un espectro, abandonábamos la intolerable evidencia de ser dos como si se tratara de presentarme ante mi doble o viera un yo que permaneció en Montevideo los años de ausencia. Marchando todo el tiempo sin que nadie se percatara del deseo de permanecer, errante y velando el misterio de la ciudad, atento a que los dos cuerpos se acomodaran en la única piel y una misma memoria. Había programado regresar como polizone, un encuentro casual en tiempo tormentoso me restituía la conciencia de una individualidad invisible.

Vivía esos instantes de emoción cursi capaces de hacerme olvidar la pena de haber faltado por años, tragedias presentidas, el deslizamiento en la pendiente melancólica hacia el final de la indiferencia ajena. Estaba afectado porque el encuentro abría la clave del enigma y avance hacia la

restauración de una identidad bicéfala hecha pedazos. Con suerte podría iniciar lo que fui a buscar justificando el viaje, obviando objetivos triviales de nostalgia con pulsión relativa a los orígenes. Ello hubiera sido personal egoísta, entendí ser responsable de una misión de objetivos evasivos y vital donde mi presencia era impostergable; algo que ocurrió en mi ausencia de lo que otro yo vagabundo estaba informado, tenía que encontrarlo sin falta y su paradero era un misterio guardado por espectros activos.

Vengo de despedir a la familia, se van a la playa para aprovechar el sol, yo decidí quedarme impidiendo que huyan algunas imágenes y así avanzar hasta resolver la entrevista con Montes de Oca. Algo distinto ocurrió en el resto del día, lo tengo tan presente que sería una lástima esperar hasta mañana. Debo aprovechar la concentración si bien la hora conspira contra mi propósito, es delicado aquí viviendo en un día espléndido evocar la lluvia, como si después de aquello fuera dificultosa la aceptación de días gratos. Anoto en la cabeza lo pasado, aunque pudiera suponer que vuelve a suceder resultan diferentes. Nada sería igual; si esto fuera Escritura es limitada, apenas garabatos.

Claro que con el flaco caímos en tópicos de afectos y decidimos tomar algo celebrando el encuentro. Lo mismo con variantes, asoma la primera euforia y a los minutos estábamos en una conversación descosida resintiendo la falta de costumbre, pérdida de sobreentendidos y trabas de nuestras situaciones personales respectivas. Montevideo

había decidido exonerarme de la tregua y ubicarme en mi lugar. Es curiosa la transformación operada en el transcurso de estas mañanas, la laxitud del cirujano en receso comienza a adquirir tonalidades de inquietud y ello a partir del encuentro con el flaco en el plano de la evocación.

La ciudad seguía aunque hubiera inventado la coartada de llegar a las calles de la infancia, lo apremiante era recuperar la trayectoria de amigos aunque temiera preguntar por lo sucedido y terminara en decepción. Estaba confundido y apurando síntesis injustas; por haber estado ahí el flaco confundió las pistas, desarticuló contactos, era una cadena molecular que se deshace y pasa a integrar otros elementos. Existía en paralelo a la forma violenta una manera de deshacerse así, tampoco deseaba caer en el absurdo de lamentos ni darles el lujo -si era cierto que me vigilaban- y reafirmar la rabia, era inconcebible la vida con planes para el futuro.

Dividiría mi existencia entre un ir hacia adelante y recordar, reduciría a un tercio los planes, marcharía a media máquina porque uno de los motores funcionaba en reserva al extremo de plantear una paridad de fuerzas anunciando la inacción. Podía quedarme en ese ventanal el resto de mi vida contando el pasado desde que tengo conciencia de una historia, un cuerpo y una constancia de memoria. Ello de producirse le daría al cuerpo un sentido delimitado y algo inexistente en el retorno luego de las vacaciones.

Terminaría en pocos días, luego de poner en orden mis pesadillas abandonaré la disciplina matinal y será el recuerdo del mes éste cuando recordé pensando por escrito. El radio llamado y los servicios de urgencia serán mi tabla de salvación; desde aquí distingo los faros de la noche, intuyo la cercanía de la costa y me falta salvar la zona del temporal que golpeará fuerte hasta abatirme dejándome sin sentido. El placer mudó y el porvenir será un mal momento, un trago amargo, fui de los que asumen más que actos sus explicaciones y tienen admiración por los irresponsables.

Me parece oírlo al flaco Montes de Oca.

"De la mayoría de los amigos por un lado y otro sabrás lo sucedido, esto es chico y escasean las posibilidades de zafar del circuito. Tampoco me preocupé por llevar un fichero de los destinos individuales, prefiero dejarlo a la casualidad de los encuentros salvo pocas situaciones excepcionales. Vos eras en los tiempos rudos inimaginable... te hacía lejos... distante de todo... Después de diez años a Pedro lo encontré en la televisión, casi no lo reconocí, fue el día que los soltaron, los hicieron caminar desde la garita a la ruta, fueron llegando hasta los periodistas de a uno y en pequeños grupos. A Pedro la cámara lo atrapó con el teleobjetivo a unos cien metros de donde lo estaban esperando, se captaba el sonido directo de la escena, fue extraño escuchar entre gritos superpuestos el nombre repetido como si fuera necesario afirmar la identidad para testar la vida, verlo avanzar como sobreviviente de una catástrofe, porque la cámara lo siguió a él. Alguien en el

equipo técnico lo eligió, sería el aspecto de retorno que hipnotizó al cameraman, yo estaba en casa viéndolo avanzar mirando algo mío sin entenderlo del todo. A veces nos vemos, charlamos un poco dejando asuntos sin aclarar. Un día eso cambiará y no estoy preparado."

Quedé callado como si viéramos a Pedro en la televisión a las ocho en punto de la tarde, primero con la foto de la cédula vieja y luego con la cara de procesado con audio de marcha militar. Las historias de mi juventud estaban asociadas a destinos cruzados, a la distancia se las podía entender y era utópica la reconstrucción aproximada del modelo. ¿Me había confundido en mi primera caminata bajo la lluvia?

Mi deseo sufrió ante la primera confrontación con lo real, el aroma urbano perfumaba lo faltante. Bienaventurados los viejos porque de ellos será el reino de los muertos y los niños sin memoria. Se nos permitió seguir viviendo impedidos de felicidad tangible; sentirla como posibilidad y evitamos preguntar sobre nosotros temiendo caer en tópicos de postal.

- ¿Te quedás unos días por acá?, me dijo considerándome como sombra de paso por una fábrica textil desmantelada.

-Unas semanas. Después vuelvo a Pontevedra... la distancia, la familia, bien sabés... tampoco quise empezar a preguntar cómo estaba la cosa por si acaso la tentación del regreso.

-Gallego.... que alegrón carajo.



Salí por el atajo que consideré pertinente y fallé tratando de sostener ese tono de débil euforia, cometiendo el error de formular la pregunta.

-Pero cuéntame, ¿cómo va Gustavo?

-Ya capto, pensé que estabas al tanto.

- ¿Al tanto de qué?

-La suprema ironía de la existencia. Ni cana ni exilio pero muerto así nomás, en un accidente.

Ahora que aprendí a vivir con esa realidad puedo aceptarlo como otro dato del cosmos. En su momento cuando Montes de Oca lo dijo quedé vacío e incrédulo, olvidando mi profesión que me coteja con la muerte. De lo ocurrido en el sur americano mi cabeza estaba desacostumbrada a suponer una serie causa efecto en relación a los años duros, había olvidado la vigilancia de otros atajos de la existencia. Seguían activándose de continuo trampas, fisuras estadísticas, episodios imbéciles sumándose y hechos fortuitos que destrozan.

Coincidente con la lluvia el azar me deparó la figura rasputiniana del flaco Montes de Oca, mensajero de la noticia más dolorosa que podía esperar: Gustavo muerto en un accidente de la ruta. Desde ese momento asumí la tarea de conocer causas y circunstancias de lo sucedido buscando confirmación de algo inadmisible. La ignorada muerte del amigo irrumpía en una economía primitiva y egoísta de afectos, comprendía trabajosamente la razón por la cual por años desconfié de efectos del regreso. Con un trazo brutal

pasé de sensaciones ilocalizables a una muerte concreta, violenta focalización.

Creía que al regreso me sacudiría normal, con el recuerdo y balance de años devorando buenas intenciones del país; ello pasaba a segundo plano. Eran casilleros vacíos golpeándose en un camión ante la insensatez del accidente y por lo poco que sabía, ajeno a la Gran Historia que me filmé lejos.

Estaba confundido, era perturbador como el naufragio de la lancha de pescadores, rabia y resignación circulando hasta saber el destino de los cuerpos destrozados.

-Nunca supe los pormenores del choque, dicen que fue un impacto terrible. Me enteré a los varios días, si sé algo más que el olvido forzado fue porque me llamó la madre de Gustavo. La mujer estaba mal, quería desprenderse de varias cosas del hijo, de libros y publicaciones que a ella le traían recuerdos duros. Como pasaba por ser alguien de confianza dijo que me dejaba las manos libres para las transacciones, de eso pasaron años y me acordaré mientras viva. Es lo que me viene a la cabeza al verte después de una eternidad, hice lo que pude con los materiales; a pesar de que no eran buenos tiempos por la plata, estado de ánimo ni andar por la calle con bolsas de libros había técnicas de supervivencia, moviéndose aquí y allá el asunto pudo arreglarse. En esas idas y venidas me tocó visitar a la pobre mujer que después de la muerte del hijo quedó mal de la cabeza. Tengo eso muy fijado, fue bravo el último día de negociaciones cuando fui a buscar la colección de "Cuadernos de Marcha". Esa tarde traté de despedirme de

manera coherente y si podía intentar comprenderla; ella comenzó su versión con desvaríos, teorías sobre el destino de su hijo alcanzado por conspiraciones, episodios irracionales como si estuviera mal sin vuelta de hoja y buscara acelerar el proceso. Seguía viviendo por el lado del Prado en la misma casona cerca de avenida Larrañaga, del boliche de los yuyos.

Resultó tan rápida mi obsesión por lo extraño que de lo contado por el flaco Montes de Oca sólo podría prestar atención a la desgracia de mi amigo. Durante la estadía me pasaron cosas raras, volví a verlo y a otra gente del círculo de la juventud, salí siempre con mi hijo y luego del segundo día paró de llover.

Si exceptúo ese detalle asociado a la muerte, puede decirse que viví el regreso con alegría y me comporté con Eulogio como padre ejemplar en días donde consolidamos una complicidad sólida. Hubo sitio para todo, me emocioné con fragmentos de vida hallados a mi paso narrados de manera emotiva y me indigné con tristes episodios. Acaparé libros que la dictadura obligó a guardar en cajones y músicas que creía reconocer, como si el dios Momo se hubiera infiltrado en todo el calendario. A veces las tarareo mientras me lavo después de operar y cuando voy en auto a la consulta de Vigo, canciones que siendo más no logro explicar a los colegas, con lo lindo que tiene esto de retener voces y melodías debo abandonarlo.

Tampoco vivo aquí estas mañanas bien e incómodo, sereno y medio desesperado, tranquilo e inquieto para inventar un

relato de viaje ni evocar la vertiente turística de mi estadía. Vine para conocer la manera en que me involucré en la trama incomprensible, clandestinidad ficticia, argumento extraño en expectativas de allá y que consumía las horas al día y días precisos. Tengo necesidad de rendir cuenta considerando lo precedente y que lo otro difuso e invisible de Montevideo decretó dudoso e hipotético. Sobre estas notas del amanecer en la competencia sin reglamento marchó en pelotón y lejos del puntero, confusa carrera de postas llevándome de llamadas equivocadas a la persistencia de la lluvia, de la aparición de Montes de Oca sin nada de casual a los "Cuadernos de Marcha" y el número 1 dedicado a Rodó. En el tramo final de la expedición la casona cerca de Larrañaga aguardaba para librar un último secreto.

## XXIX

Aquellos sucesos y esta meditación terminan por parecerse, intentar ocultar con la fuerza lo que parece aletargarnos ante la probabilidad de su existencia. Temía el requisitorio inocente de mi hijo y un encuentro que pudiera conectarme con otra desgracia. Siento la insistente presión de la escritura llegando sin conseguir dominar la nervadura como era mi intención, el conjunto se me fue de entre las manos y el tema necesita nutrirse de noticias subalternas. Está bien así e ignoro si la actividad es preámbulo, postergación, angustia o aniquilamiento, lo sabido es oscilando entre sentido e inteligencia. Debo emprender este camino, admito que podrían haber sido otros sin ser el mío, es único incluso con sus accidentes. Cualquier otro itinerario para llegar al final está excluido y el fin es el propósito donde se unen orígenes dispares, el destino es mi viaje, Siendo casi mediodía medito y luego pienso que escribo.

Afuera hace un tiempo espléndido entre la ambivalencia de luz, la memoria de mis amigos muertos y el recuerdo que requiere protección maternal de la noche. El sol evapora la lluvia, su intensidad se acerca a una tormenta imaginada más que a la urdimbre del pasado. En cuanto cierre el paréntesis comenzarán los preparativos del almuerzo en familia, la ansiedad que me acorralaba hace unos días se diluye y hasta

aquí llegan mis responsabilidades. Por más bonito que se presente el día la familia me acosa de cuestiones y surge otra emergencia a cada hora. A pesar de la prescindencia que me rodea sé que mañana caminaré la calle Larrañaga. La isla Escritura es el segundo viaje que halló el sentido inmóvil del viaje original, iré a buscar el zaguán con aroma a dalias en el punto ideal de floración y jazmines del país pudriéndose.

Pasé una mala noche, el inconsciente que trabajó a destajo estos meses, recordando y proyectando - repitiendo escenas que quieren salvarse del olvido pasando a Escritura- maliciaba que llegaríamos a, puente estratégico de la secuencia. Lo inefable ocurre cuando se llega a escribir lo desconocido que presiento, seres y acciones trabajadas por el olvido; algo insistió en interrumpir distrayéndome de la memoria, alejándome de la imaginación y eso aconseja que vaya desprendiéndome. La fuerza me asedió con sueños delirantes e imágenes incidiendo en el proyecto de la vigilia. Era un guerrero y lo parecía, hombrecillo uniformado grabado gris marchando por construcciones inconcebibles, montando o descendiendo escaleras conduciendo a ninguna parte. Lugar inexistente similar a la isla Escritura. En el sueño el sentimiento que prevalecía era estar en un circuito por voluntad, si regresaba a un punto antes pisado ello me convencía de estar huyendo; sobrecargándome por lo inútil del esfuerzo escuchaba voces dándome consejos referidos al olvido. La memoria era inexistente estando perdido y recordarlo puede ser un error; esta noche me desperté

seguido y consultaba el reloj despertador comprobando si era la hora presentada. La última vez que desperté salí de la cama y me levanté, es posible que me encuentre dormido todavía. Estoy soñando que pude por fin dejar de dormir y venir hasta aquí a meditar sobre la carga requerida ahora que se aproxima la hora de zarpar y comienza el viaje a Escritura.

Cualquier objeción puede administrarse dejando que fluyan confusiones y teorizar sobre el estado de la conciencia que es cómodo. La noche del período que comprende horas de meditación matinal tiene relación con la expectativa depositada en cada mañana. Esa secuencia del sueño fue la boya luminosa anunciándome zona peligrosa, siendo noche cerrada distingo por el camino serpenteando la ladera costera el reflejo de faros de vehículos regresando de las discotecas; tienen esas luces de regularidad erguidas en saliente algo de sendero ensartado y balizas para orientarme cuando me lance mar adentro.

La duración del viaje hoy será equivalente a la fiesta de disfraces a bordo cuando se cruza el ecuador, comienzo a salir de corrientes amenazantes dirigiéndome al mar que desconozco. Las pasadas fueron horas de navegación prevenidas hasta habituarme a las aguas profundas, recorre mi cuerpo un estado de alarma y el sueño evocado es un buen ejemplo. El magnetismo de mi radar distinguió un objeto acercándose a toda velocidad, número incalculable de millas diarias, nudos por hora y recuerdos por minutos, igual que en las viejas películas dentro de submarinos en el Pacífico,

mientras se detienen las máquinas y la voz para evitar ser localizados por captadores enemigos enviando bombas de profundidad.

Me asigno un derecho de improvisación, siento que marchó con rumbo aproximativo sin alterar el itinerario ni dar un golpe de timón. Soy un barco de vela, el skipper que intenta gobernarlo y el viento soplando a la destrucción. La primera página puede retrasar ex profeso mi intención.

Lo intuitivo forma parte de los hechos dándoles sentido y sin esta intermediación la secuencia tendería al ridículo. Desconozco la naturaleza de las acciones del drama, me cuento el cuento para conocer y sin auxilio de mi memoria tal como lo voy descubriendo en el cotejo. Aquello que repetidas veces me pregunto es si en la meditación no atribuyo a las pesadillas el espesor de episodios pasados, con el peligro de sabotearles la condición de imágenes oníricas. Sigue siendo de madrugada, debo dejar de mirar por la ventana cada vez que creo cerrada una oración para confirmar que los autos siguen bajando de la ladera hasta alcanzar la planicie de la ruta costera. Fijo la vista en un círculo imaginario donde se tocará la punta del Pelikan con la resistencia del papel y en ese punto invisible comienzan a emanar figuras de otra pesadilla.



### XXX

Lo primero recuperado en la retina es una plaza y en el centro la estatua ecuestre de Aparicio Saravia, por encima de los árboles una mole de edificios altísimos de materiales despojados y ocres torres rectangulares de fortaleza lejana que pueden ocultar sacrificios rituales. Siendo el aroma de un parque asaltado por el verano, luego la hora crepuscular y yo caminando entre árboles sosteniendo bóvedas verdes de las copas. En la barriada hay animales echados a la sombra de puertas altas entreabiertas y llamador, los perros están con la lengua afuera recién llegados de inspeccionar la ciudad distante a ras de suelo. Hay ancianos que después de la siesta salen a los portales, último escalón de la existencia para sentir si el calor comenzó y al respirar el aire circular se saben todavía con vida. Detrás de persianas entreabiertas y cortinas de telas de denso tramado se escuchan diálogos de teleteatros, los niños regresan de hacer mandados en almacenes del barrio como el de mis padres y que quedan en la otra cuadra. Me dejo llevar por la intuición de lo olvidado, encontraré la casa, reconoceré la verja despintada y el portoncito de hierro chirriando cuando se lo abre.

Guiado por ese ruido lo abro y bordeo un corredor junto a la pared poniendo en alerta máxima las facultades del reconocimiento. La pared está cubierta por vegetación de

hojas invasoras que dejaron escasa potencia a las flores menudas, arriba se sostiene una viña de uva brasilera y que hace de cúpula improvisada; llega desde las alturas un olor ácido, nadie se preocupó de cortarla a tiempo y unos racimos explotados contra el cemento están llenos de hormigas chapaleando un néctar viscoso de descomposición. Bajo esa sombra hecha de sombras se está bien y hace casi el límite del aire fresco. La mala hierba invadió los canteros deformándolos, el hormigón está reventado en un costado por la presión de alguna raíz que busca abrirse paso hasta la superficie.

La puerta está abierta y entro. En cuanto piso el primer escalón cesa un ruido de mecedora de mimbre, miro la escalera empinada que hace veinte años llevaba al cuarto de Gustavo y si escucho mis pasos resonando en alguna parte faltan otros ruidos de la casa, el alboroto de la cocina a las once de la mañana. No era familia numerosa y la formaban personajes altos en color, había un tío abuelo italiano que se peleaba contra todo; el tiempo, el reuma, el frutero de la feria, los planes africanos del Duce, los caracoles de las plantas, los vecinos del fondo y el mundo que queríamos instaurar.

-Usted nunca subía esa escalera sin antes darme un beso. Pase, esta sigue siendo su casa... lo estaba esperando desde hace años.

Esa voz llegaba del comedor de la casa y el eco venía de lejos, de una habitación llamada adolescencia. Avancé a tientas y llegué al espacio en penumbras.

- ¿Le siguen gustando los merengues?

-Ah, sí. Que buena memoria... hace años le perdí el gusto a las buenas cosas de la vida. Igual se lo agradezco, puede dejarlos por ahí, prometo que los probaré. Pase y por favor no encienda la luz... estoy afectada por una infección que tiene perplejo al oculista. Cualquier reflejo por débil que sea me duele como agujas en el corazón de los ojos.

-Son tantos años Luisa...

-Demasiados, pero ya lo ve... aquí estamos los dos y por alguna razón.

La recordaba como una mujer madura, hermosa y habitada de entusiasmo contagioso; era esa mañana voz sobreviviente, un ser temeroso del sol y alma abatida. Supuse que por pudor temía que la viera en el estado actual, el cuerpo deteriorado del que la voz era elocuente. Me senté en una de las sillas del mismo juego de seis para cenas impensables, la habitación tenía una sola puerta de dos alas con postigos y vidrios tapados, cortinas de organdí quebradizo aferradas con chinches. La única claridad una vez entornada las hojas de entrada, sin el auxilio de la lámpara provenía de una virgencita fluorescente de milagro de parroquia y curandera de barrio. Iluminado como estaba por débiles lumbres del pasado, podía adivinar detrás de esa ausencia de luz la idéntica distribución de bargueños y cómodas separados por polvillo del tiempo transcurrido.

A un costado y recostada a la pared pintada a la cal, con frisos rosados marcando el tercer metro de la altura hacia el

techo, la mesita guardando en su interior la tecnología de la máquina de coser Singer del gran pedal de hierro repujado. En otras paredes y apenas distinguidas, diseminadas como hace más de veinte años retratos de la parentela muerta, fotografías de casas de piedra enclavadas en paisajes agrestes del Piamonte, familiares ordenados alrededor de un ancestro seco, chiquito, fuerte sentado en una silla de madera y detrás de las manos su empuñadura de bastón campesino. Legiones de tíos, cuñados, primos, parientes enterrados, leves memorias que persistían en el nombre de algún sobrino político e hijos terceros de primos carnales. Generaciones disueltas, existencias olvidadas, cuerpos idos buscados hasta dejar sorprendida la foto de familia en la que nadie sabe quién es quién.

Ese pequeño mundo olvidado del cual sobrevivía una voz apenas perceptible, estaba también allí departiendo a oscuras en la habitación; yo era el cieguito sin a quien le estaba prohibido mirar, como si el mundo hubiera desplegado una tupida membrana impidiéndome recuperar miradas de la infancia.

El nexó era la voz de Luisa.

-Hace años que espero. Alguien, tarde o temprano debería venir para que la historia tome movimiento. En lo profundo del alma me alegra que sea usted, aunque lo hacía muy lejos.

Montevideo se sumergió en el octavo mar imaginado y yo me guiaba por la bitácora mental conduciéndome sin errores de ruta ni pérdida de tiempo. Estaba en otro de los estrechos

vitales, puntos del derrotero donde latitud y longitud armonizaban de forma perfecta, indicando el camino a seguir por la ruta del mar indicado por las estrellas.

-Son muchos años para mantener la ilusión de que alguien me estaría esperando. Estoy aquí de casualidad, le dije.

- ¿Sabe una cosa? Estoy creyendo que nuestra ciudad vivió y padeció un complot... le pido reserva sobre mis elucubraciones. ¿Me entiende? Cortina de humo para que ignoráramos lo que estaba ocurriendo, una mascarada. Si usted está aquí es porque sabe que Gustavo murió de manera violenta... cálese toda pregunta que tenga pensado hacerme, no quisiera contestarle las respuestas que ignoro aunque llevo años pensándolas... tampoco trate de darme ánimos ni prometa una visita para dentro de quince días, cartas que jamás llegaré a leer, menos a contestar con propósitos coherentes, ni se confíe deduciendo información de acuerdo a los tonos de mi voz. Estoy hablando con toda mi fuerza, exigiendo a pensamientos y garganta para ser clara y definitiva, entendida al punto de prescindir de toda repetición.

Escuchaba mientras mis ojos se acostumbraban a la penumbra para protegerme. Las palabras de Luisa crecían en intensidad, sumándose en espesor de resplandor con precisión del sentido y pronunciadas con una materia sonora cartilaginosa. No había reconsideración ni tiempo para indagaciones ingenuas; estaba allí quizá para conocer la historia que sería contada una sola vez y de la cual toda evocación a venir dependía de mi memoria.

La mecedora, el ensamble del mimbre trabajado y el cuerpo sufriente de Luisa recomenzó un movimiento de réquiem, marcha fúnebre de lentos acordes prolongados. En esa atmósfera habría copas de licor y botellones polvorientos de auténtico cristal de Murano traídos por bisabuelos pensando en dotes americanas. Podía escuchar el silencio avergonzado del juego de cubiertos que Luisa guardaba en un estuche forrado de terciopelo verde; lo sacaría en la cena que festejaría el final de nuestras carreras universitarias, para la que nunca se bordaron servilletas con iniciales góticas.

-Su amigo Montes de Oca, que en paz descansa, se portó muy bien ayudándome a desprenderme de algunas cosas de Gustavo, unos meses antes del infarto. Usted ni se imagina lo arduo que resulta hoy día vender libros y papeles... En la gestión me sentí liberada de algunos rencores y el muchacho no ganó ni un peso, que Dios lo tenga en su gloria. Con lo que guardo en la cabeza alcanza para recordar a mi querido hijo, el resto estará por ahí. Me quedé con algo que no quiero ver más ni me atreví a quemar y ahora entiendo le estaba destinado. Allí puede haber algo que expliqué lo sucedido con Gustavo, preferí olvidar las circunstancias preservando la esencia del recuerdo. En su momento se lo pude dar a Montes de Oca pero creía, estaba convencida que alguien más cercano a mi hijo vendría a buscarla, ni usted ni yo sabíamos que sería usted. A mi hijo le hubiera parecido bien que el contenido de la caja de zapatos quedara en sus manos.

Escuchaba descubriendo al tiempo que participaba en una ceremonia concretada con años de atraso, emprendí un largo viaje persiguiendo certitudes y al final tenía más dudas que al comienzo. Mi dilema era menor, por un error de distancia y reparto imaginé ser protagonista de la crónica del regreso. Una vez en los lugares de la acción pasaba a ser un comparsa que ingresó a escena sin haber estado en los ensayos, inseguro de la letra, de quién es quién en la historia e ignorante de la continuidad del argumento.

Lo único relevante era la muerte brutal del amigo y las apariciones que consideré proyecciones psicológicas. Mi papel nunca consistió en buscar a ciegas fosas camufladas en cuarteles del interior del país, entrevistarme con jueces militares, imputar expedientes adulterados; yo trataba de hurgar intersticios menospreciados de la realidad esa de la que estaba desacostumbrado. Escuchar la versión de otros muertos, como si a mi ciudad infantil de calma pueblerina el sacudón de la violencia le hubiera asomado la ruina sepultada con trazas de una civilización inconcebible.

La misa era el silencio, el miedo coro de oficiantes contando letanías exorcizando de una vez el ángel ónix del olvido. Luisa, si es que vivía todavía cuando hablaba era ignorante y se asumía médium de mensajes. Su tarea trascendiendo el saber consistía en guardar un encanto que me estaba comunicando, alivianándose hasta dejarse morir agonizando en el esfuerzo de regresar sin otro dolor que el recuerdo de Gustavo.

-Le dejé la caja encima de la mesa, me dijo. En el medio, donde cuando ustedes eran jóvenes les servía pasteles de hojaldre rellenos de dulce de membrillo. Es poca cosa por lo que aparente... una libreta y hojas sueltas, rollos de fotos a la espera y apuntes, le pido que lo consulte cuando esté lejos. A mi nada puede hacerme daño, lo digo por usted... un presentimiento de anciana... tómelo como un lindo souvenir. Me gustaría poder darle otra cosa pero ya ve... ni la cena prometida pude ofrecerle. Nos debatíamos tanto y por nada... resulta tan absurda la realidad... cualquier otra cosa es preferible a la certeza, cualquier mentira o prodigio... sólo la muerte es irrefutable. Buen viaje de regreso y que dios lo bendiga.

-A usted también Luisa. No sabe cuánto lo lamento, quiero que sepa que me despido con el dolor de que usted me impide decirle lo triste que estoy.

-Usted tiene la vida por delante, mi único hijo murió de la manera más injusta. Soy una sombra terminada que tuvo que esforzarse para ser reconocida por la voz, no pierda tiempo, váyase lejos... tampoco piense que puede enfermarse y desconfíe de lo que pueda ver estos días. Es la ilusión de una ciudad espectral revivida por unos días de verano. Vuelva a su familia como cuando era niño y lo llevaban a las curanderas a sacarle el mal de ojo; a creer en la verdad de los aparecidos, fantasmas temerosos de la luz como yo que soy lo único que le estará permitido recuperar. Regrese a Galicia, sea feliz y olvide esta conversación. La caja de zapatos es para usted,



haga con ella lo que quiera, puede considerar quemarla sin conocer su contenido. Gracias por los merengues.

El sonido de mecedora fue incrementando alcanzando el ritmo monocorde de canto religioso del Oriente ignorado, hasta convencerme de que era innecesaria otra palabra. Me levanté y a ciegas estiré la mano derecha sobre el centro de la mesa oval. La caja estaba fría como un reptil redondo y dormido; hasta hoy después de haberla consultado, sabiendo que está cerca del cajón del escritorio nada impide recordar aquella sensación inicial de estar en contacto con un objeto aberrante, materia híbrida distinta de las conocidas en la experiencia humana.

Ladrón novato emocionado por el robo de una insignificancia que lo excita salí del círculo de sombras alevosas y objetos que presentía en su escondite ciego. Evité el contacto y construí un camino en la penumbra a la que me había habituado hasta comprobar que las formas adquirirían consistencia. En contraste, afuera anochecía y el mundo me invitaba a la opacidad propia de Montevideo en el crepúsculo, recubierta de un bordó como nunca volví a ver en cuadro alguno ni entre los más furiosos impresionistas.

Retomé la ruta marcada por la ambigüedad de árboles y bombillas encendidas en zaguanes sombríos; permanecía la voz de Luisa adecuada al espíritu de una muerta, era la voz venida del pasado y otro paraje odioso de identificar. Resulté predador del pasado con una caja de enigmas y la promesa de algo. El contenido era una incógnita pudiendo revelar

misterios que desconocía, estar llena de negativos, garabatos que nada significaban; que a Gustavo le hubiera dado vergüenza exponer a ojos ajenos, boletas de librerías, posavasos con marcas de cerveza, cartas breves, poemas a medio hacer, confesiones íntimas.

La misión estaba cumplida y podía marcharme al otro día si quería. El encuentro con Luisa me dio la respuesta de lo que volví a buscar informándome que nada tenía que hacer ahí, lo mirado visto estaba, las deudas emotivas prescribieron con más tiempo que el peor de los crímenes. La gente seguiría viviendo, sin olvidar unos y otros empecinados en imponer cierto olvido de sainete. Imposible llevar consuelo a mis amigos ausentes y menos me estaba destinado recibirlo.

Era otro que el que partió hace años salvo la voz de Luisa el día aquel se borró de la memoria excepto esta mañana. Ella se impone hasta fijar el orden prioritario de lo ocurrido después del día ese y el vuelo con Iberia, de la lectura y el mes de treinta y tres días allá vivido. El viaje era una voz de mujer que alguien había grabado pensando en mí, puedo recordar episodios y chisporroteos previos a la escena que reaparece, el itinerario llevando hasta la revelación de Luisa, el trayecto de ir en espiral sintiendo atracción y rechazo de un punto a otro hasta modelar un solo recuerdo.

La presencia de mi hijo me obligaba a la conciencia de las obligaciones, fijarme un programa de actividades. Fue una suerte que él estuviera conmigo durante la estadía, de no

haber sido así esa noche habría roto la promesa hecha a Luisa bajo el hipnotismo de su voz y hubiera abierto la caja de zapatos Gallarate para descubrir su contenido. Si ello hubiera ocurrido en Montevideo me habría descontrolado derivando a una situación sin retorno ni salida, llegando a la desesperación límite de la cual la isla Escritura es inocente reflejo. Había metido mi cabeza en indagaciones desaforadas, provocando encuentros y tentando réplicas que terminarían por devorarme.

Mi hijo y la persistencia del eco de la voz me inducían a dejar intactos los documentos durante la estadía, fue una decisión afortunada aunque siga pensando que me tienta Montevideo, confrontando datos e informaciones cuya intriga me seguirán hasta el final de la aventura, después incluso de este amanecer poniendo fin a la treintena; mientras recapacito sobre un pasado mágico, lo real que aguardo en Pontevedra y excluyo de raíz otro regreso al sur por aprensión al tercer encuentro.

## XXXI

Empieza a clarear y dejaron de circular autos con faros encendidos, desde el fondo de la noche surgen las siluetas apacibles del poblado vecino y sobre la línea del horizonte evolucionan formas que son barcas de pescadores. Distingo la casa estrafalaria del holandés desafiando el vacío del acantilado dándole la cara al oleaje de futuras tempestades y lo imprevisto que venga desde el mar. Llega la luz recordándome lo que me faltó en el encuentro con Luisa, la claridad para que me sienta excitado sabiéndome en la resolución del asunto. Se acerca la hora en que la memoria dejará el sitio a los sueños de otro, que pudo haber sido Gustavo o alguien muy querido por mi amigo al punto de aceptarle guardar los documentos.

Llevo pensadas unas cuantas páginas escritas, las últimas horas confirman mi imposibilidad de salir del presente y dar marcha atrás; me lo comento a mí mismo, falsa posología de liberación y catarsis personal útil para tomarlo como entrenamiento para lo que viene. La lectura es más terrible que la escritura como lo exploré entre cumplimiento de promesa y desmemoria. Estando todavía en Montevideo pasé inquieto un par de días y después, sabiendo que nada podría hacer metí la caja de cartón en el fondo de la valija.

Persistió durante la estadía la molestia por conocer la verdad en relación a los amigos desaparecidos. Jamás imaginé que allí había un documento que todo lo altera y pensé que eran borradores protocolare cuyo examen podría posponer. Con esa convicción regresé al hogar, así permaneció la cuestión un buen tiempo hasta que un fuerte constipado me obligó a suspender la consulta quincenal en Vigo y debí quedarme una mañana solo en casa. Un estado febril intenso era lo menos recomendable para predisponer al descubrimiento; sin lograr concentrarme en nada relativo a la profesión llegó -mientras mi cuerpo alcanzaba la cota de los cuarenta grados-, el recuerdo de la voz de Luisa y de ella fui conducido hasta la promesa en referencia a la mentada caja. Era seguro la fiebre luminosa que avanzaba sin que el tratamiento pudiera detenerlo y era yo mismo metiéndome a fondo en una alucinación. Sudaba en abundancia, tenía estertores asociados a enfermedades misioneras, continuaba alucinado en la indagatoria.

En cada negativo y nota revisado reconocí murmullos que me concernían, situaciones que pudieron suceder delante mismo de mis ojos y yo nunca logré ver. Fue propicio que la primera visión la procesara en estado afiebrado, lo descubierto y sentido en dicho trance podía atribuírselo al deterioro de mi cuerpo, la flojera de la cabeza donde las escenas evolucionando huían del límite apalabrada con la realidad. Vivía la experiencia del avance de un delirio a la vez que comprendía la oscuridad de Luisa, el sentido de la vaga

promesa en el tiempo a la que me obligó y acepté sin resistencia. La fiebre comenzada con pequeñas molestias y escasos grados de temperatura me vació durante dos días hasta alcanzar una crisis importante. Esas horas fuera de mí y dentro de allá me desentendí del cuerpo y lo dejé luchando con los humores infecciosos; por su lado, mi mente perturbada revivía en delirios obsesivos –sin permitirme diferenciarlos del sueño- detalles de escenas escalofriantes por excéntricas, donde me imaginaba corriendo y sin alcanzarlos a varios personajes fantasmas impidiéndoles en vano que continuaran su conspiración. Pasado el desarreglo corporal, cuando agotado recuperaba hábitos y había atravesado una experiencia única, equidistante entre la lectura bajo potentes alucinógenos y lo que a mi mente, ella misma e independiente de la voluntad hizo con los materiales que fueron apareciendo, comencé a entrever un mandato, irrumpió una secuela insospechada. La orden secreta de que debía escribir la historia sugerida para comenzar a entender.

Al salir de la crisis me hice la idea de haber padecido un drama íntimo de características inconfesables incluso a mi familia. Era dentro mío, en confrontación conmigo que debía solucionar el entredicho y cuyos términos fueron explícitos durante la consulta de documentos heredados. Asumí que muchas circunstancias escaparon a mi percepción durante el retorno al pasado, tarde para una pesquisa a la búsqueda de confirmaciones era preferible sospechar la existencia de hechos imposibles de verificar, Si la caja de zapatos contiene

aunque más no sea parte de la verdad mi viaje a Montevideo fue alucinación, pesadilla invasora como la sufrida los días del ataque viral. La lectura afiebrada me inculcó la orden de escribir, necesitaba restituir la verdad de mi propia vida excluyendo la del yo que siguió caminando la ciudad del Cerro durante mi ausencia, un plasma mío residual que impregnó soportes sensibles de películas que se titulan Agfa y Kodak, Ilford, Fujifilm. Tal como lo entreví en negativos sucesivos esperando el cuarto oscuro del laboratorio que lo revelara sobre papel sensible, guillotinando el encuadre: si e Fontenla suspendido exponía su pose en positivo significaba que comenzaba a morir.

Hasta este agosto evité otra consideración de lo ocurrido aunque fuera superficial, necesitaba la puesta a punto personal y que diera la cuestión por resuelta. La progresiva aclimatación previa al delirio consciente, conciliación entre proyectos y memoria. Aceptar la tentación amnésica, el desafío a encontrar la forma de distanciarme sin perder el control; tentar otra lectura crítica luego de expurgar temores inventados durante las horas de fiebre, sonreír lejos de calenturas y separar lo vivido de lo visto. Estas mañanas recapacité en desorden para leer mejor, lo hice porque deseaba que finalizar la novela secreta cuando terminen las vacaciones, retomar despacio nuestro ritmo normal, programar excursiones a destinos menos inquietantes como Arezzo y Praga transfigurada.

Los madrugones, con excusa de dejar la traza por escrito fueron iniciación a la lectura suponiendo enfrentar recuerdos determinantes, balance forzoso por razón de cambio de firma, descarga de lastre en temporal, determinación para salvar el barco y la tripulación. Hoy logré pasar de la oscuridad a la claridad, estoy liviano y pronto para revisar los papeles en cuestión sin temor al torbellino. Pasadas varias semanas de embotamiento necesito mar y comer pescado con vino blanco, nadar una hora sin detenerme, llenar el cuerpo de sol, admitir que mis problemas me aguardan en la clínica y mi vida está ligada a esta tierra que amo tanto. Después de muchos días tengo hambre de un tazón de café con leche, pan tostado con manteca y siento el primer apetito voraz del enfermo saliendo de convalecencia, desamarrando tres semanas en coma artificial.



## XXXII

Me levanté tarde y siento el cuerpo como si me hubieran dado una paliza, tengo prisa por liquidar el asunto. El resto del mes de la estadía hice lo usual estando en Montevideo; con Eulogio lo pasamos bien de bien y atribuí a mi paranoia dadas las circunstancias emotivas el asunto de la vigilancia. En ese entreacto podía permitirlo todo menos la pérdida de la alegría del reencuentro estando por encima de la angustia y el dolor por lo ocurrido. Hice trampas para tentar un regreso improbable, de manera informal visité cofrades auscultando la situación laboral, inventé planes sobre una clínica privada y visité la casona que reunía condiciones ideales; averigüé precio de departamentos para instalarme con mi familia, el enganche posible en cursos con colegios permeables a la aceptación de mis hijos. Supe que el otro había hecho eso mismo por él y como si estuviera guardándome la plaza aunque nunca logré cruzarlo en la vía pública. En plena conciencia lo hacía con dos intenciones: la alegría en cuyo esplendor fue creíble la vuelta y también convencerme de que sólo regresaría en pensamiento. Mi vida estaba lejos, ligada por la sangre a la tierra de mis mayores por fuerzas telúricas ingobernables.

Siempre se cometen errores, confié demasiado en la administración del tiempo y los días se vinieron encima. Hablé

varias veces para casa, cada mañana el mundo seguía funcionando y nos pedía regresar. Hubo otras escuchas telefónicas, se repitieron llamadas equivocadas a deshoras y terminé por restarle importancia. Lo más extraño fue la conducta de Eulogio, participando de mis actividades insistía en regresar a la costa en el sector menos turístico y pedía que le contara cómo era pescar en la zona. Se pasaba horas mirando el mar, como si vivir en Montevideo fuera una manera distinta de contemplar el mar y aplazando la llegada de algo inconcebible emergiendo del horizonte.

Participé en reencuentros disfrutándolos enormemente, filosofé con conocidos envejecidos sobre el paso de los años y produje hipótesis del retorno que eran inevitables. Algunos comentaron que creyeron haberme visto una vez desde lejos, pero fue sin duda un error; sutilmente y considerando la pena subyacente marqué una red de indagaciones preciosa. Al entrever mis reticencias, Montevideo era la ciudad ocultando secretos para evitar decepcionarme y suponiendo que era indigno de conocerlos; siempre en las entrevistas faltaba información, otro detalle y la respuesta sin dar, una consulta que ninguno parecía escuchar, contradicciones de versiones, noticias ambiguas que nadie estaba dispuesto a rectificar ni a desmentir en bloque.

Entre lo que pensaba y lo dicho por otros además del afecto, se estableció una cadena de contacto alternando ocultación con revelación, contemplado a la distancia era despiste de implicancia. Es lo que quiero suponer demarcando lo ocurrido

con amigos y pensamientos, rever la situación sería agrandar la confusión que tengo, retenerla precisamente cuando quiere alejarse sin rencor.

Es preferible la Ciencia aceptando los hechos y de aquí en más adoptar lo dejado por escrito; el más rotundo e inmodificable fue que mis mejores amigos fallecieron y los otros que cruzaba en los diferentes círculos me decían lo mismo: "hace tanto tiempo..." Si Luisa tan implicada en la desgracia prefirió darme la caja de cartón como respuesta, fue porque perdió toda esperanza. Ella comprometió sus fuerzas finales a la tarea de hacer sobrevivir la memoria del hijo arrebatándolo al egoísmo de la muerte. No hay nada que recurra mejor al antídoto del olvido que los tiempos violentos y que nadie crea que el combate terminó, después de la muerte poco importan los tiempos que advienen. Al pasar de los días la atmósfera de la ciudad me persuadió de que había un nudo atando mi entendimiento y si en verdad me estaba deparado descifrar su enigma lo haría lejos de Montevideo. Recuerdo que intensifiqué ciertas búsquedas y puedo recitar los argumentos utilizados para hacerlo; en mis rebobinados matinales ese asunto parece lejano y hace tiempo que resisto a la verdad acomodándome al sedimento fraccionado.

Evoqué mi larga preparación antes viajar a la isla Escritura y la purificación requerida para alcanzar el aura del misterio durante la travesía; se trata del último golpe de vista a la caja de zapatos en la hora que viene, que luego olvidaré para ser

coherente con su contenido. Luisa tenía razón, la voz de Luisa la tenía.

Lejos de aquello me siento seguro aunque regresa el temor de la conspiración secreta y ser descubierto en mi refugio enfrente al océano. Desde aquí es agradable e inquietante saber que nada se interpone entre mi cuerpo y la ciudad lejana a pesar de que la historia pueda cambiar de humor. La lectura es un error necesario, acaso la diferencia sea la temperatura que manda mi cuerpo entre una y otra revisión, primera y última porque las otras nunca cuentan. Abandoné la ilusión de indagación intensa y a fuerza de frustración me convencí que faltaban allá murmullos para seguir viviendo mi primera muerte... ya que comencé a escribir mentalmente lo seguiré haciendo de otra forma dentro de tres días y puede que no. Escritura es una isla en constante movimiento y el parsimonioso proceso de la mano irá dibujando una a una las letras de la carta geográfica. Es posible que gane un tiempo neutral hasta caer en otras invenciones y puede que llegado el momento renuncie al gesto sin pasar al acto. Pasado mañana comenzaré el olvidado oficio de copia y transcripción haciendo visible la obra a medias que quiero suponer ordené estas mañanas en mis pensamientos. Cuando una historia resulta difícil de cerrar es conveniente la humildad del copista, aunque falten el Dios antropomorfo que justifique preservar el texto y el tiempo por delante.

Hasta qué punto puedo sentirme responsable de cada oración que transcriba es algo que ignoro, ello si es que llego

al papel. Tengo una conciencia profesional que me llevará a ser fiel a lo vivido y a lo visto en negativo en la caja de zapatos; navegar entre arrecifes de objetos y escritura, memoria confiscada e imaginación del segundo marino puede salvar obstáculos imprevisibles, escribir por pulsión y desconfianza a la versión del otro.

En el cuerpo llega el final de mi peregrinaje y comienza la geografía de Escritura donde los muertos tendrán responsabilidad y bastante para decir; se es autor mientras se piensa pensando en escribir, la escritura es gesto sumando palabras de difuntos y supone algo intimidante; deseo preservar la disciplina de estas semanas frente al mar del final de la tierra y preámbulo del otro territorio que es el mío. Lo que tenía que decir pensando está resuelto, desde pasado mañana otras serán las voces y los hechos hablarán por sí mismos aunque siga sin entenderlos. Se consumen la indagación, el buceo en mi conciencia, fronteras de memoria y sótano del olvido, lo que debía precisar era este rumbo incierto a la isla Escritura sin llegar al destino.

## XXXIII

Soy ahora el capítulo cero de introducción y para el resto de mi vida puede que me entretenga siguiendo rastros del que quedó en tierra Oriental, ese otro tan mío cuya aventura en negativo descubrí con mis ojos tocados por la duplicidad. El relato que sigue será versión bastarda de lo pensado en Puerto de Corrubedo e influido por lo que hallé en la caja de zapatos que Luisa me encomendó, la empresa ulterior es escribir escuchando el silencio y sublimando la ausencia para salvar nuestra imaginación compartida.

Mañana cerraremos la casa de verano y regresaremos a Pontevedra si Dios quiere, entreveo allá lejos las inconfundibles torres de Escritura y es curioso: a la distancia tienen forma de molino de viento, como si dos poliedros irregulares se hubieran superpuesto. Geometría bárbara de cubos grises dispuestos en el paisaje por un encantador inconcebible, idénticos casi a las pipas aquellas de cemento de la playa Malvín que arena serán en las eternas dunas de Amnesia. Mi amada playa prenatal donde rompen las olas de las aguas amnióticas.

Juan Carlos Mondragón



